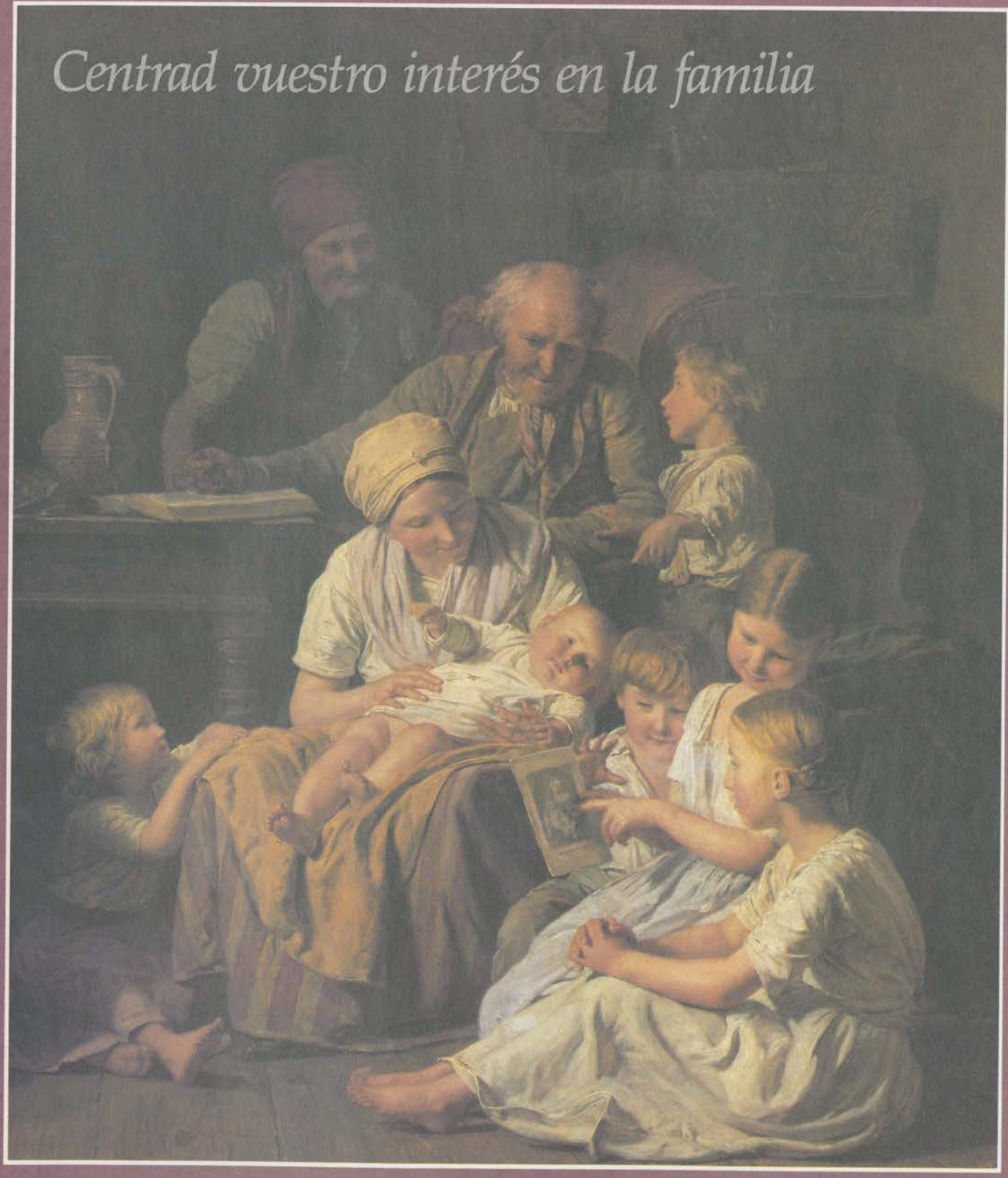
Centrad vuestro interés en la familia



Liahona

La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días

Octubre de 1985
Año 31
Número 5

Liahona

Octubre de 1985
Año 31
Número 5

Publicación oficial de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días,
en el idioma español, que contiene artículos extraídos de las revistas *Ensign*, *New Era* y *Friend*

La Primera Presidencia:
Spencer W. Kimball
Marion G. Romney
Gordon B. Hinckley

Quórum de los Doce:
Ezra Taft Benson, Howard W. Hunter,
Thomas S. Monson, Boyd K. Packer,
Marvin J. Ashton, L. Tom Perry,
David B. Haight, James E. Faust,
Neal A. Maxwell, Russell M. Nelson,
Dallin H. Oaks

Asesores: Carlos E. Asay, Rex D. Pinegar,
George P. Lee, James M. Paramore

Editor de Revistas de la Iglesia:
Carlos E. Asay

Director de Revistas de la Iglesia:
Ronald L. Knighton

Revistas Internacionales:
Editor gerente: Larry Hiller
Editor ayudante: David Mitchell
Sección para los niños: Diane Brinkkmann
Preparación artística: C. Kimball Bott

Artículos de interés general

1 Mensaje de la Primera Presidencia: El ambiente de nuestros hogares, *presidente Gordon B. Hinckley*
6 Elder Dallin H. Oaks: en las huellas de los otros Apóstoles, *Don L. Searle*
11 Luchando juntas: una conversación con la Presidencia General de la Sociedad de Socorro
14 El talento de César Aedo, *Don L. Searle*
16 El arte de ser padres: una cuestión del corazón, *Patricia T. Holland*
18 Cuando los hijos se rebelan, *Manual para las familias*
23 Una tarde en Mauí, *Kris Mackay*
27 Bolsillos llenos de piedras, *Larry Hiller*
33 Preguntas y respuestas: la oración sacramental, *Mark E. Hurst*
34 Preguntas y respuestas: el orden de la Santa Cena, *Kent E. Pulsipher*
35 Preguntas y respuestas: compañeros de misión, *Joe J. Christensen*
36 Estos son vuestros días, *élder Neal A. Maxwell*
39 Principios, *élder Boyd K. Packer*

Sección para los niños

1 La ganadora, *Margaret M. Robinson*
4 Isaac y Rebeca, *Relatos de las Escrituras*
6 Tiempo para compartir: ¡Feliz cumpleaños, Primaria!, *Pat Graham*
8 Para tu diversión

En la portada: Una familia. Cuadro del pintor vienés Ferdinand Georg Waldmüller (1793–1865). Propiedad de la Iglesia.

Liahona

Responsable de las pâginas locales:
Daphnis M. Loppe
Caspe 115, 1°, 3ª, esc. dcha
E-08013 Barcelona 13
Teléfono 93-231-9609 o bien 93-245-53-16

Victoria Clemente
C/Monte Catalobos 36, Urb Olivar de Mirabal
Boadilla del Monte (Madrid)
Teléfono 91-633-0514

Derechos reservados © 1985 by the Corporation of the President of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints, 50 East North Temple Street, Salt Lake City, Utah, 84150, EEUU

Para subscribirse:
Solicite su subscripción al representante de la Liahona en la rama donde resida, o a la Oficina Regional de Madrid: La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días, Sierra de Guadarrama s/n°, San Fernando de Henares (Madrid), España. El precio de la subscripción es de 720 pesetas anuales o 90 pesetas cada ejemplar.

Printed by Production Center Friedrichsdorf
Federal Republic of Germany

PB MA 0620 SP

Mensaje de la Primera Presidencia

El ambiente de nuestros hogares

Por el presidente Gordon B. Hinckley
Segundo Consejero en la Primera Presidencia

Qué cosa tan difícil, y hasta frustrante a veces, pero al mismo tiempo maravillosa y desafiante, es ser padre o madre de los niños que están naciendo y creciendo en esta época tan compleja. Todos cometemos errores, y la mayoría de nosotros cometemos muchos de ellos. Todos experimentamos congojas, y la mayoría hemos tenido una buena dosis de ellas. Pero también hemos experimentado gozo y alegría al observar el crecimiento de nuestros hijos desde la cuna hasta la madurez.

Confío en que algunos de vosotros habéis venido a esta reunión con la esperanza de recibir ayuda para los problemas difíciles que tengáis. Ya habéis recibido ayuda de aquellos que han dirigido la palabra. Le he rogado al Señor que me guíe para poder decir algo que os sea de provecho.

No es cosa fácil ser padre o madre. Muchos experimentan tanta frustración, tanta preocupación, tantos sueños y esperanzas hechos pedazos. Me doy cuenta, por supuesto, de que existen muchos hogares en los que la situación no es así; donde las cosas marchan bien, donde nunca se escuchan voces airadas, donde los padres son felices y tranquilos y los hijos son fieles y crecen sin ningún problema serio. Si gozáis de un hogar así, dad gracias; agradecedle al Señor esta maravillosa bendición.

Pero os aseguro que existen muchos de la otra clase, ya que he recibido cartas respecto a ellos, de padres y madres y de hijos e hijas. Es muy fácil decir que si hacemos esto o lo otro todo saldrá bien. Pero he conocido hombres y mujeres íntegros, personas fieles y honradas que se esfuerzan por cumplir con las enseñanzas de la Iglesia, quienes llegan a sufrir mucho por la conducta de sus hijos.

Tengo algunas de las respuestas para estos problemas, pero debo confesar que no las tengo todas. Nosotros mismos somos los causantes de muchos de los problemas que nos aquejan. En otros casos, éstos parecen suceder a pesar de todo lo que hagamos para evitarlos. Pienso en el caso particular de unas personas maravillosas que conozco. Los hijos mayores crecieron, se casaron en el templo y continuaron viviendo la clase de vida que complacía a sus padres. Pero también tenían un hijo menor, un joven inteligente y capaz. Las amistades que tenía mientras cursaba la escuela secundaria lo apartaron del camino correcto. Se dejó crecer el pelo y empezó a descuidar su apariencia. Hizo muchas otras cosas que causaron mucha tristeza a sus padres. Su padre estaba afligido; lo regañaba y amenazaba; lloraba, oraba y lo reprendía, pero no respondió. La madre también lloró y oró, pero controlaba sus emociones y nunca alzaba la voz. En repetidas ocasiones le expresaba su amor a aquel hijo. El muchacho se fue de casa. La madre le mantuvo el dormitorio ordenado, su cama lista, comida en el refrigerador y le dijo que cuando quisiera regresar a casa siempre sería bienvenido.

Pasaron los meses, mientras la angustia continuaba. El amor de su madre por fin empezó a penetrar su corazón. El joven comenzó a ir a dormir a casa de vez en cuando. Sin reprenderlo nunca, ella sonreía, bromeaba con él, le servía platillos deliciosos, lo abrazaba y le expresaba su amor. Después de cierto tiempo, el joven empezó a mostrar pulcritud en su persona, iba a casa con más frecuencia y llegó a darse cuenta de que no había otro lugar más cómodo, más seguro y feliz como el que antes había abandonado. Al fin pudo poner su vida en orden; sirvió una misión, un poco mayor de edad que la mayoría de los misioneros. Tuvo mucho éxito en la obra misional, regresó a su hogar, continuó sus estudios y empezó a destacarse. La última vez que lo vi, él y su madre, ambos bendecidos con una voz maravillosa, cantaron a dueto, mientras que algunos que conocían la historia de su vida derramaban lágrimas de gozo.

A los que me escucháis y tenéis hijos o hijas como este joven, quiero deciros que no os deis por vencidos. Nunca estarán perdidos mientras vosotros continuéis esforzándoos por ayudarlos. Recordad que el amor, más que cualquier otra cosa, es lo que los hará volver. No creo que los castigos lo logren, ni las reprimendas sin amor. Lo que al final los atraerá será la paciencia, las expresiones de amor y ese extraordinario poder que viene con la oración.

Con el propósito de ayudaros, quisiera sugerir cuatro elementos para fortalecer el ambiente de vuestros hogares. Mi sugerencia es que permitáis que vuestros hijos se críen en un hogar en donde reine (1) un espíritu de servicio, (2) una atmósfera de desarrollo, (3) la disciplina del amor y (4) el hábito de la oración.

El ambiente de nuestros hogares

Un espíritu de servicio

El egoísmo es un elemento destructivo y corrosivo en la vida de la mayoría de nosotros; es la causa de gran parte de la tensión entre padres e hijos y es causa de tensiones en padres bien intencionados, quienes a veces fomentan sentimientos egoístas en aquellos al darles todo lo que desean, a menudo cosas innecesarias y costosas.

El antídoto para el egoísmo es el servicio, el dar de nosotros mismos para ayudar tanto a aquellos que viven dentro de las paredes de nuestra casa como a las demás personas. Un niño que crece en un hogar en el cual el padre es egoísta es posible que desarrolle esas tendencias en su vida. Por otro lado, aquel niño que se da cuenta de que sus padres sacrifican comodidades para ayudar a los necesitados probablemente siga el mismo ejemplo cuando llegue a la madurez.

El niño que ve a su padre cumplir con un llamamiento en la Iglesia, sirviendo a Dios por medio del servicio a sus semejantes, es factible que actúe de manera similar cuando crezca. La niña que ve a su madre ayudar a los necesitados, ayudar a los pobres y prestar socorro a los afligidos, probablemente seguirá tal ejemplo en su vida adulta.

¿Os gustaría que vuestros hijos crecieran con un espíritu de altruismo? El ceder a todos sus deseos egoístas no lo logrará. Por el contrario, permitidles observar en sus propios hogares, y en las relaciones entre los miembros de la familia, la veracidad del gran principio que el Señor estableció: "Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará". (Marcos 8:35.)

Una atmósfera de desarrollo

Qué maravilloso e interesante es ver cómo las mentes jóvenes se ensanchan y se fortalecen. Yo soy una de esas personas que aprecian el tremendo potencial para el bien que tiene la televisión. Pero también soy de los que censuran la terrible pérdida de tiempo y oportunidad cuando en algunos hogares los niños miran hora tras hora aquello que ni los instruye ni los fortalece.

Cuando era niño vivíamos en una casa grande y vieja. Una de las habitaciones se llamaba "la biblioteca". Contaba con una mesa resistente y una buena lámpara, tres o cuatro sillones cómodos, que también tuviesen buena luz, y libros en estantes que llenaban las paredes. Había muchos volúmenes, los cuales mis padres habían adquirido en el transcurso de muchos años.

Nunca nos forzaron a leerlos, pero los ponían en lugares accesibles, en donde pudiéramos alcanzarlos cuando quisiéramos.

Siempre había silencio en aquel salón, ya que se daba por sentado que era un lugar para el estudio.

También había revistas —las revistas de la Iglesia y otras dos o tres revistas buenas. Había libros de historia y literatura, libros de temas técnicos, diccionarios, enciclopedias y un atlas mundial. La radio hizo su aparición cuando yo iba creciendo, pero en nuestro hogar prevalecía un ambiente propicio para el aprendizaje. No quiero que penséis que éramos grandes eruditos, pero sí se nos exponía a la buena literatura, a las grandes ideas de pensadores famosos, al lenguaje de hombres y mujeres de pensamientos profundos que se expresaban hermosamente.

En muchos de los hogares actuales no se cuentan con las posibilidades económicas para formar una biblioteca así. La mayoría de las familias se las arreglan en espacios bastante reducidos, pero con un poco de planeamiento se puede encontrar una esquina o lugar que pueda convertirse en el refugio de los ruidos del exterior, un lugar donde uno se pueda sentar a leer y meditar. Es algo maravilloso tener un escritorio o una mesa, por sencillos que sean, sobre los cuales podamos encontrar los libros canónicos de la Iglesia, algunos buenos libros, las revistas de la Iglesia y otras publicaciones dignas de nuestra lectura.

A temprana edad, exponed a vuestros hijos a los buenos libros. La madre que no les lee a sus hijos no sólo les perjudica a ellos sino también a sí misma. Requiere tiempo, lo sé; también requiere autodisciplina y la organización de los minutos y las horas de cada día. Nunca se convertirá en algo tedioso al ver a esas mentes jóvenes llegar a conocer a diferentes personajes, expresiones e ideas. La buena lectura se puede convertir en un hábito deseable, mucho más productivo, en cuanto a sus efectos a largo plazo, que muchas de las otras actividades en las que los niños pasan su tiempo. Se ha calculado que "el niño promedio del continente americano ha pasado aproximadamente 8.000 horas viendo televisión antes de entrar al jardín de infantes". Y gran parte de lo que miran es de dudoso valor moral.

Padres y madres, esforzaos por crear un ambiente de progreso en vuestros hogares. Permitid que vuestros hijos se vean expuestos al fruto de las mentes grandiosas, a ideas sublimes, a los principios eternos y a aquello que los edificará y motivará para bien.

El Señor ha dicho a su pueblo: "Buscad palabras de sabiduría de los mejores libros; buscad conocimiento, tanto por el estudio como por la fe". (D. y C. 88:118.) Deseo aconsejar a todos los padres que me estáis escuchando, que tratéis de crear, dentro de vuestros hogares, un ambiente propicio para el aprendizaje y el progreso que se derivará del mismo.

La disciplina del amor

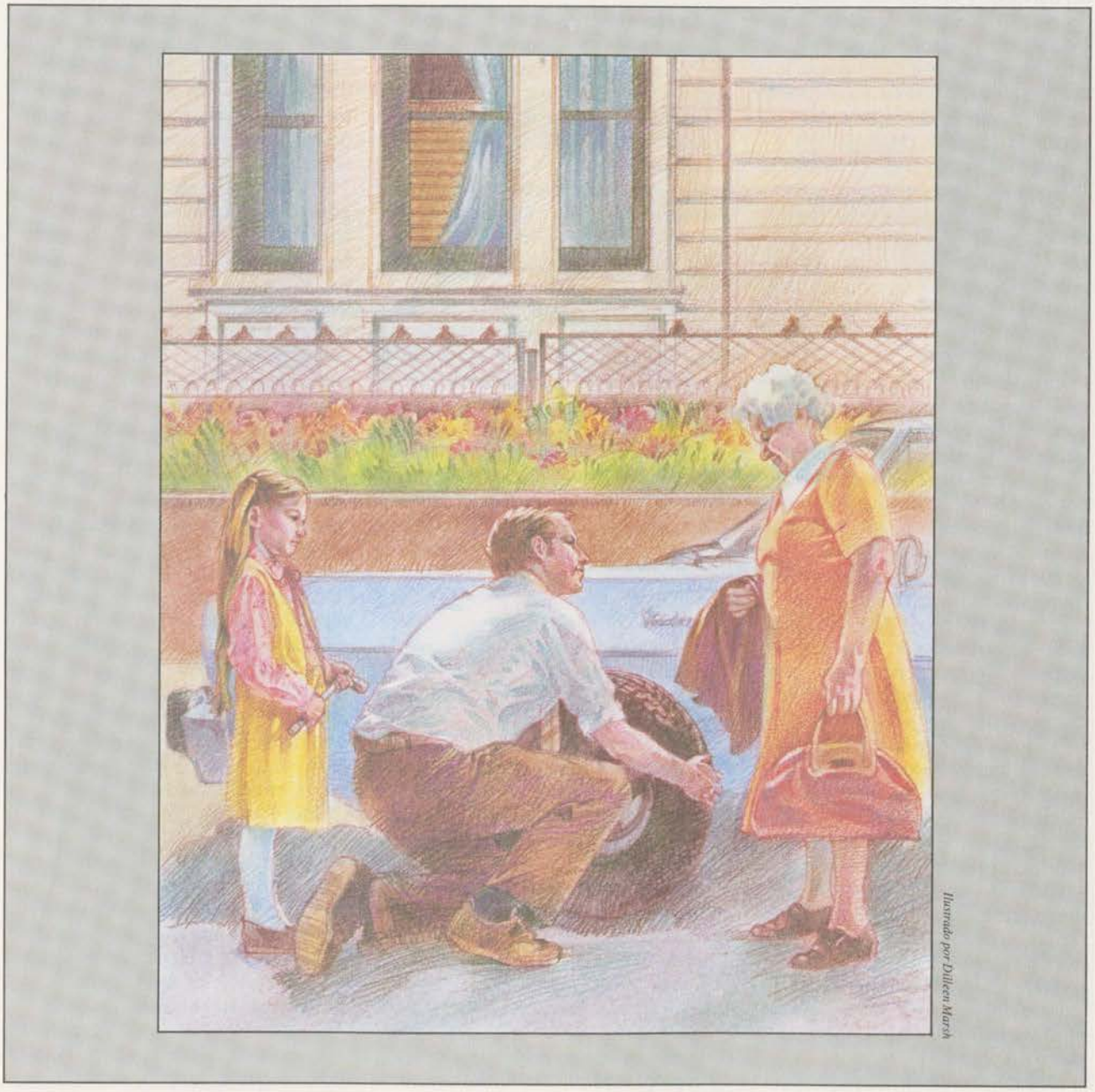
Es tan evidente que tanto lo grandiosamente bueno como lo terriblemente malo que se encuentra en el mundo hoy día es el resultado de los frutos dulces y amargos de la manera en que se criaron a los niños de ayer. Según la capacitación que demos a una nueva generación, así será el mundo del mañana. Si estáis preocupados por el futuro, prestad atención a la manera en que se están criando a los niños de hoy. En muchos aspectos, la dureza que caracteriza a gran parte de nuestra sociedad es el producto de la dureza

El ambiente de nuestros hogares

impuesta a los niños de ayer.

Cuando éramos pequeños, nos encantaba el barrio al cual asistíamos. Había en él gran variedad de personas, y creo que las conocíamos a todas. La gente raras veces se mudaba de casa en esos días. Creo que los amábamos a todos, con excepción de cierto hombre. Debo confesar que lo detestaba. Me he arrepentido de tal sentimiento desde hace mucho, pero al recordar aquellos días, vuelvo a experimentar la intensidad de ese sentimiento. Los hijos de este hombre eran nuestros amigos, pero yo lo consideraba a él como mi enemigo. ¿Cuál era la razón de ese sentimiento? Porque tenía un carácter horrible, al cual daba rienda suelta ante la más leve provocación; les gritaba y les pegaba a sus hijos en una forma que nunca he olvidado.

Quizás fue porque en el hogar donde me crié había un padre quien, como por arte de magia, sabía disciplinarnos sin recurrir al castigo físico, aunque no cabe duda de que había casos en que lo merecíamos. He visto los frutos del



Ilustrado por Dilleen Marsh

El ambiente de nuestros hogares

temperamento de nuestro vecino manifestarse en las vidas perturbadas de sus hijos.

No vacilo en afirmar que ningún hombre que profese ser un seguidor de Cristo, y ningún hombre que profese ser miembro de la Iglesia puede abusar de sus hijos sin ofender a Dios, quien es su Padre y repudiar las enseñanzas del Salvador y sus profetas. Jesucristo declaró: "Y cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, y que se le hundiese en lo profundo del mar". (Mateo 18:6.)

Brigham Young dijo: "Criad a vuestros hijos conforme al amor y el temor de Dios; examinad su disposición y su carácter y obrad de acuerdo con ellos; no os permitáis jamás corregirlos con enojo, y enseñadles a quereros y no a temeros". (Véase Gordon B. Hinckley, "Mirad a vuestros hijos", *Liahona*, febrero de 1979.)

La disciplina severa, la disciplina cruel, inevitablemente conduce no a la corrección, sino al resentimiento y la amargura. No cura nada; solamente agrava el problema. Es contraproducente. El Señor, al establecer el espíritu de gobierno en la Iglesia, también ha establecido un modelo del espíritu de gobierno en el hogar en las siguientes palabras de revelación:

"Ningún poder o influencia se puede ni se debe mantener en virtud del sacerdocio, sino por la persuasión, por longanimidad, benignidad, mansedumbre y por amor sincero;

"reprendiendo en la ocasión con severidad, cuando lo induzca el Espíritu Santo [y creo que sólo en ese caso]; y entonces demostrando mayor amor hacia el que has reprendido, no sea que te considere su enemigo;

"para que sepa que tu fidelidad es más fuerte que los lazos de la muerte." (D. y C. 121:41, 43–44.)

Pablo escribió a los efesios: "Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor". (Efesios 6:4.)

Cuando os enfrentéis a pequeños problemas, e inevitablemente lo haréis, controlaos. Recordad la sabiduría del antiguo proverbio: "La blanda respuesta quita la ira". (Proverbios 15:1.)

No existe en el mundo mejor disciplina que la disciplina del amor; tiene su propio aspecto mágico.

El hábito de la oración

Doblemente bendecido es el niño que, a pesar de ser demasiado pequeño para comprender las palabras, puede sentir el espíritu de oración cuando una amorosa madre o buen padre le ayudan por las noches a decir una oración antes de acostarse.

Es sumamente afortunado el niño o la niña, incluyendo los adolescentes, en cuyos hogares se lleva a cabo la oración familiar por la mañana y por la noche.

No conozco mejor manera de desarrollar un espíritu de agradecimiento en los niños que hacer que todos los miembros de la familia se arrodillen para agradecer al Señor sus bendiciones. Tal expresión de humildad desarrollará en el corazón de los niños el reconocimiento del hecho de que Dios es la fuente de todos los dones preciosos que poseemos.

No conozco una mejor forma de cultivar un deseo de hacer lo correcto que humildemente pedir perdón de Aquel cuyo derecho es el de perdonar, y pedir fortaleza para vencer nuestras debilidades.

Cuán maravilloso es orar al Señor por aquellos que están experimentando dolor o enfermedad, por los hambrientos y necesitados, por aquellos que están solos y temerosos, y por aquellos que se encuentran cautivos y afligidos. Cuando esas oraciones se hacen con sinceridad, se experimentará un mayor deseo de ayudar a los necesitados.

Además, aumentará el respeto por el obispo, por el presidente de estaca y por el Presidente de la Iglesia si los recordamos constantemente en nuestras oraciones familiares.

Es de vital importancia enseñarles a los niños a orar en lo que concierne a sus propias necesidades y los deseos justos de su corazón. A medida que los miembros de la familia se arrodillan juntos para orar al Todopoderoso y hablar con El acerca de sus necesidades, los niños desarrollarán una inclinación natural de volverse a Dios, como Padre y amigo, en épocas de necesidad y aflicción .

Permitid que la oración matutina y vespertina, tanto individual como familiar, se convierta en una práctica en la que vuestros hijos progresen mientras aún están pequeños. Será una bendición durante toda su vida. Ningún padre en la Iglesia puede darse el lujo de descuidar este aspecto tan importante.

Mis amados compañeros en el sagrado llamamiento de ser padres, estos son los cuatro elementos que quisiera sugeriros para ayudaros en vuestro esfuerzo por crear un buen ambiente en vuestros hogares: (1) Un espíritu de servicio, (2) una atmósfera propicia para el progreso, (3) la disciplina de amor divino, y (4) el hábito de la oración sagrada.

Que Dios os bendiga, mis queridos hermanos y hermanas.

Agradezco al Señor los muchos buenos padres de esta Iglesia que son ejemplos de honradez e integridad ante sus hijos y ante el mundo. Le doy gracias por su fe y su fidelidad. También le agradezco el gran deseo que tienen de criar a sus hijos en la luz y la verdad, como el Señor lo ha mandado. Ruego que las bendiciones del Señor coronen vuestros esfuerzos, y que algún día cada uno de vosotros pueda decir al igual que Juan de antaño: "No tengo yo mayor gozo que este, el oír que mis hijos andan en la verdad". (3 Juan 4.) ■

Ideas para los maestros orientadores

Quizás desee recalcar estos puntos en su visita de orientación familiar:

Existen cuatro elementos importantes que son vitales para crear un ambiente positivo en nuestros hogares:

1. Un espíritu de servicio entre los miembros de la familia y hacia nuestros semejantes.

El ambiente de nuestros hogares

2. Un ambiente propicio para el progreso y el desarrollo de los miembros de la familia.

3. La decisión paternal de emplear el amor como el principio dominante de la disciplina de la familia.

4. El hábito de llevar a cabo la oración familiar diaria, durante la cual la familia, unida, solicita la guía de nuestro Padre Celestial, así como el perdón por los errores cometidos.

Sugerencias para desarrollar el tema:

1. Exprese sus sentimientos y experiencias personales en cuanto a las cuatro pautas mencionadas anteriormente.

2. ¿Existen algunos versículos de las Escrituras o citas en este artículo que la familia podría leer en voz alta y analizar?

3. ¿Sería mejor este análisis después de conversar con el cabeza de la familia antes de la visita? ¿Hay algún mensaje del líder del quórum o del obispo sobre el tema de las relaciones familiares?

Élder Dallin H. Oaks

En las huellas de los otros Apóstoles

por Don L. Searle

Si hubiera habido una vacante en la Corte Suprema (Tribunal Supremo) de justicia de los Estados Unidos antes de abril de 1984, el candidato para llenar esa vacante probablemente hubiera sido el juez de la Corte Suprema de Utah, Dallin Harris Oaks. Ya se le había tomado en cuenta anteriormente para esa posición. Cuando el periodista encargado de cubrir los asuntos de la Corte Suprema para el diario *Washington Post* se enteró del nuevo llamamiento del élder Oaks como miembro del Consejo de los Doce de la Iglesia, le telefoneó para preguntarle si esto significaba que ya no podría ser candidato para ocupar una posición en el tribunal más alto del país.

—Sí —el élder Oaks contestó pacientemente—, es exactamente lo que significa.

—Pero la posición en la corte también es una profesión vitalicia; ¿no es acaso también una manera importante de servir?

—Claro que lo es —afirmó el élder Oaks—, pero no es más importante que el servicio que tendría la oportunidad de brindar ahora.

Para aquellos que pueden comprender la importancia de su llamamiento como Apóstol del Señor Jesucristo él agrega:

—Lo recibo gustoso. Estoy conmovido por el llamamiento y ansioso de poder servir.

Muchos de los que comprendieron el significado del llamamiento se apresuraron a telefonearle para expresarle su cariño. Varios de los Apóstoles llamaron para darle la bienvenida al quórum.

La manera tan afable y la actitud siempre benigna con la que trató a todas las personas que lo llamaron demuestra la clase de hombre que es. Todos recibieron el mismo trato, ya fuera otro miembro del Quórum de los Doce o la mejor amiga, ya anciana, de su madre.

Janet Calder, quien fue su secretaria mientras él era presidente de la Universidad Brigham Young desde 1971 a 1980, comenta que él siempre es amable con todas las personas, no importa quiénes sean. Es cortés, pero sincero. No es extrovertido, mas definitivamente entusiasta. Una vez, recuerda ella, él era el anfitrión de un grupo de visitantes. Durante la conversación hubo un momento de silencio después del cual se cambió de tema y se habló acerca de otros tipos de experiencias educativas. En respuesta a un comentario, el presidente de la Universidad dijo que él nunca había recibido capacitación para desarrollar una actitud mental positiva.

Dallin Oaks y June Dixon eran estudiantes en la Universidad de Brigham Young cuando se casaron en 1952.

—¡Y por favor no lo haga! —dijo uno de los visitantes—. Si su actitud mental fuera aún más positiva, sería usted insoportable.

La hermana Calder continúa diciendo:

—Es muy organizado. Le gusta mucho el trabajo.

Esto no se puede negar. El élder Oaks cita frecuentemente su lema: "Primero el trabajo y después el juego". Su familia bromea y opina que en realidad su lema es: "Primero el trabajo y nunca el juego". El explica:

—Yo no hago nada sólo por diversión. Simplemente me divierto haciendo lo que hago.

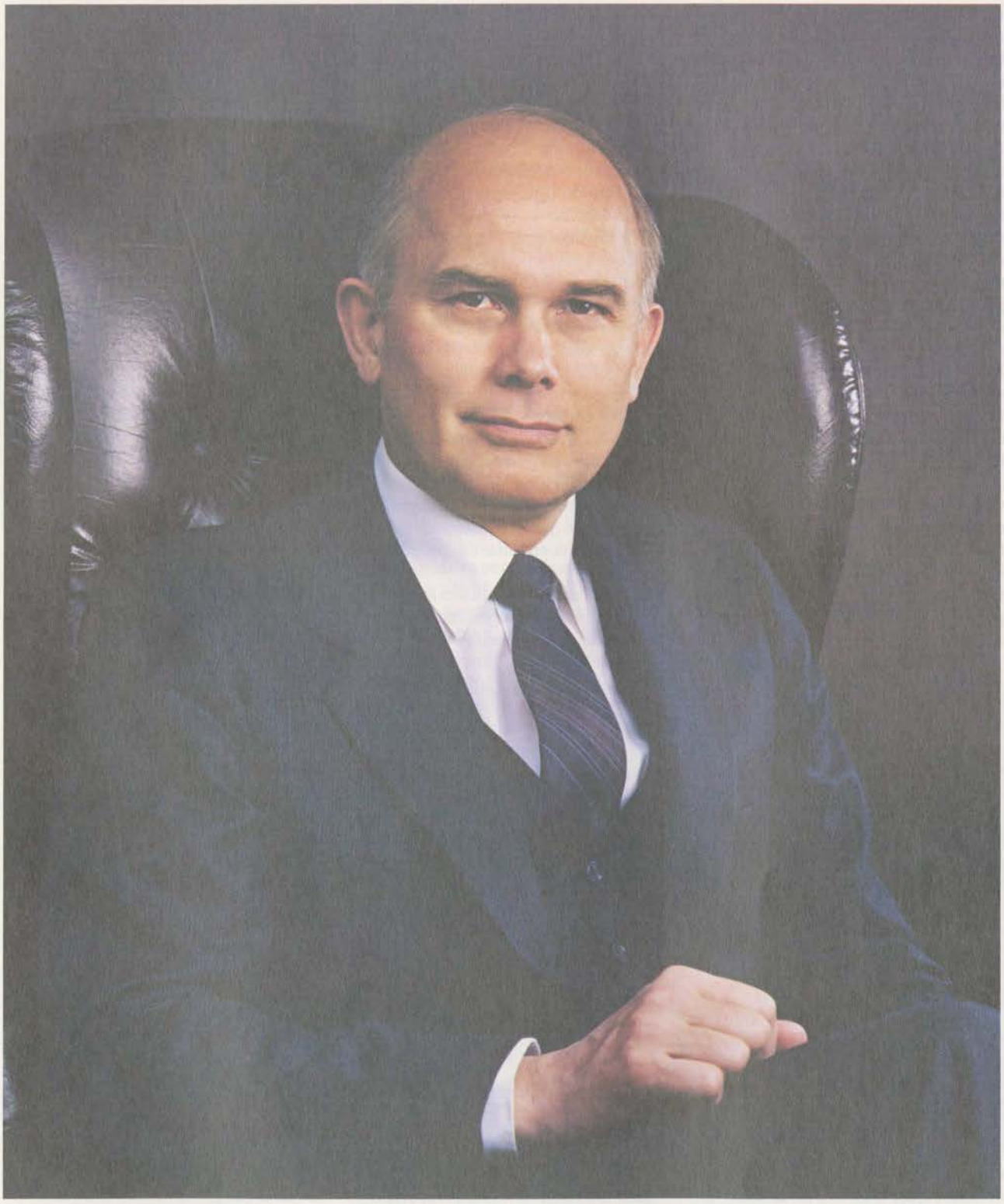
En una entrevista en 1981 él dijo:

—El tiempo es una mayordomía, y mi meta es simplemente no desperdiciar ni un solo momento.

El élder Oaks nació en Provo, Utah, el 12 de agosto de 1932 y creció trabajando. Tres o cuatro años después de la muerte de su padre, comenzó a trabajar para ayudar a su madre. Al morir el doctor Lloyd Oaks de tuberculosis, dejó viuda a la joven Stella y huérfanos a tres hijos: Dallin, de ocho años; Merrill, que actualmente es oftalmólogo en Provo, y Evelyn, que ahora es la señora de H. Ross Hammond, de Salt Lake City.

El élder Oaks recuerda a su madre y comenta:

—Fui bendecido al tener una madre



Fotos cortesía de Busath Photography.

extraordinaria. Sin duda fue una de las muchas mujeres nobles que han vivido en los últimos días.

La elogia constantemente y se refiere a ella como a una mujer de gran fe, una madre experta y una mujer con una habilidad ejecutiva innata. Muchos de los amigos de la familia estarían de acuerdo con tales elogios. Antes de morir en 1980, Stella Oaks fue conocida en Provo como un baluarte del bien, no solamente en la Iglesia sino también en la comunidad.

—Me dio muchas responsabilidades y libertad y además me alentó a trabajar —dice el élder Oaks. Desde los once o doce años, cuando comenzó a realizar trabajos remunerados por primera vez, ha estado empleado continuamente.

Su primer trabajo fue el de barrer el

taller de reparaciones de radios. Tuvo que aprender a probar los tubos electrónicos que encontraba en el suelo para saber cuáles servían y cuáles no. Esto le despertó la curiosidad por la radio. Se sumergió en su estudio con la intensidad que lo caracteriza. Antes de cumplir los dieciséis años había obtenido la licencia radiotelefónica de primera clase, la cual le autorizaba a operar el transmisor de una estación comercial de radio, así que consiguió un trabajo en esa especialidad. A los gerentes de las estaciones les gustaba emplear a un "hombre orquesta", es decir, un ingeniero que también fuera locutor. El élder Oaks recuerda riéndose que su voz aún no había cambiado. No obstante, poco después el cambio ocurrió y pudo comenzar a trabajar como locutor.

Fue durante su primer año en la universidad, mientras trabajaba como locutor de los partidos de baloncesto de las escuelas secundarias, que su esposa, June Dixon, lo conoció. Ella aún asistía a una escuela secundaria en el pueblo cercano de Spanish Fork cuando se la presentaron en un partido.

Se casaron el 24 de junio de 1952, mientras ambos estudiaban en la Universidad Brigham Young. La guerra de Corea estaba en su apogeo y él era miembro de la Guardia Nacional de Utah. Esperaba que de un momento a otro llamaran a su unidad al servicio activo. Aunque varias de las unidades similares fueron llamadas, la suya nunca fue activada. Durante ese tiempo y a causa de la guerra, se limitó el número de jóvenes que eran llamados como misioneros. Dallin no se encontraba entre ellos porque la cuota de misioneros de su barrio ya estaba completa. Su esposa comenta:

—Creo que él siempre anheló la oportunidad de ir a una misión. Pero tiempo después fue presidente de una misión de estaca en Chicago, y fue un presidente muy bueno.

Ella aprendió enseguida a reconocer su capacidad para el trabajo. Además de cursar las materias necesarias para obtener su título en la Universidad Brigham Young, trabajaba 30 horas a la semana en la estación de radio. Poco antes de su graduación obtuvo un segundo empleo como gerente de oficina para una compañía de mudanzas.

Luego de graduarse en contabilidad, asistió a la Facultad de Derecho de la Universidad de Chicago. (Ya para entonces la familia Oaks tenía dos hijas: Sharmon y Cheri.) Obtuvo un préstamo para proseguir con sus estudios y concentró todas sus energías en ellos. Se graduó con honores y fue el editor de la prestigiosa revista jurídica de la facultad durante su último año como estudiante. June Oaks dice:

—Cuando Dallin estaba en la facultad de derecho se iba de casa todos los días a las siete de la mañana, excepto los domingos, y no regresaba hasta las once de la noche.

Recuerda que él le decía:

—En la Facultad hay muchos que son más inteligentes que yo, pero ninguno trabaja más arduamente.

Ella recuerda que fue una época difícil; sin embargo, ella pudo evitar el error tan común de las esposas de muchos de los otros estudiantes, quienes les hacían la vida imposible simplemente porque ellas no eran felices. Comprendió que necesitaba ser autosuficiente y desarrollar sus propios intereses.

Su aplicación y erudición le abrieron a Dallin Oaks las puertas para ser, después de su graduación, empleado del presidente de la Corte Suprema de los Estados Unidos, Earl Warren. Un año después, al terminar su empleo, regresó a Chicago para practicar la abogacía en el ámbito privado.

Durante su último año en la facultad de derecho había nacido su hijo Lloyd. Dallin, el otro hijo varón, y su penúltima hija, TruAnn, nacieron también durante los años que la familia pasó en Chicago.

Estos años trajeron a Dallin oportunidades de gran crecimiento al servir en la Iglesia. Fue llamado para ser presidente de la misión de la estaca de Chicago en 1961. El ejercicio de su profesión lo obligaba a trabajar aun de noche y se preguntó como podría llevar a cabo su trabajo y al mismo tiempo cumplir con las responsabilidades de su llamamiento, recuerda la hermana Oaks, pero lo aceptó con mucha fe. Al dedicarse a su llamamiento, se le abrió el camino muchas veces para terminar más temprano sus quehaceres legales o lograr más de lo que había imaginado en el tiempo asignado.

En 1961 tuvo la oportunidad de convertirse en catedrático de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chicago. Aceptó el puesto por la satisfacción y el desafío que significaba para él.

En 1963 fue llamado como segundo consejero en la presidencia de la Estaca Chicago Sur. Sirvió con el presidente Lysle R. Cahoon y el primer consejero John Sonnenberg. Los tres fueron llamados después a servir como representantes regionales de los Doce. (El hermano Sonnenberg fue llamado al Primer Quórum de los Setenta en octubre de 1984.)

Dallin Oaks se hizo cargo de este llamamiento en la Iglesia con su ya característico vigor. El élder Sonnenberg recuerda que su compañero en la presidencia de la estaca reservaba los domingos para el Señor, y no en un "sentido académico"; era obvio que sus servicios y su estudio de las Escrituras eran parte de un sincero esfuerzo para aprender acerca de Dios.

Durante este tiempo el presidente Oaks tuvo que encargarse de muchas asignaciones a la vez. Una de ellas fue ser presidente del comité disciplinario de la Universidad de Chicago. Dicho comité resolvió los cargos en contra de los estudiantes que se involucraron en una manifestación de protesta que duró diecisiete días en el edificio administrativo de la universidad en febrero de 1969. Su acción disciplinaria fue tan justa y diplomática que se ganó la admiración de los estudiantes, de los compañeros catedráticos y de la comunidad.

Para 1970 ya era bien conocido en el medio profesional, ya que había servido como asistente al procurador estatal del condado de Cook, Illinois, durante el verano de 1964; como decano adjunto y decano interino de la facultad de derecho, y como catedrático visitante en la Facultad de Derecho de la Universidad de Michigan durante el verano de 1968. Fue muy elogiado por sus servicios como asesor legal del comité de la Carta de Derechos de la Convención Constitucional de Illinois de 1970. Durante un período en 1970 y 1971 fue director ejecutivo del Colegio Americano de Abogados.

En 1970, cuando el hermano Sonnenberg recibió el llamamiento para servir como presidente de la Estaca Chicago Sur escogió a Dallin Oaks como su primer consejero. Sin embargo, esta asociación no fue duradera. Con la perspicacia espiritual tan común en los presidentes de estaca, el hermano Sonnenberg recuerda:

—Cuando Ernest Wilkinson se jubiló como presidente de la Universidad

Brigham Young, supe instantáneamente que llamarían a Dallin Oaks para ocupar ese puesto. Mientras era presidente de la Universidad Brigham Young, Dallin Oaks fue reconocido por muchas cosas, pero su énfasis particular fue en la excelencia académica. También llegó a destacarse en el ámbito nacional por su oposición a la intervención del gobierno federal en la educación privada. En ese entonces se le consideraba como el portavoz de las universidades privadas. Durante tres años fue presidente de la Asociación Americana de Presidentes de Universidades Independientes.

El actual presidente de la Universidad Brigham Young, Jeffrey R. Holland, describe a su predecesor como a un hombre que tiene "una extraordinaria mezcla de cualidades y fortalezas", un hombre con "un juicio analítico estupendo", el cual "es realzado no solamente por su educación y práctica jurídica, sino —y aún más importante— por su instinto infalible".

Al dejar Dallin Oaks la presidencia de la Universidad Brigham Young, y aun después de tomar el juramento en la Suprema Corte de Utah el 1° de enero de 1981, le surgieron varias oportunidades de postularse para altos cargos públicos y ofertas para puestos notables a nivel federal. Decidió no aceptarlos porque: "No puedo pensar en ninguna otra cosa que desee hacer más en el ámbito público que ser juez".

Pero hay servicios que tienen una mayor prioridad. En 1971 una llamada telefónica del presidente Harold B. Lee —quien en ese entonces era Primer Consejero en la Primera Presidencia— lo llevó a la Universidad Brigham Young, lo cual cambió el curso de su vida. En la noche del 6 de abril de 1984 hubo otra llamada telefónica —esta vez del presidente Gordon B. Hinckley, Segundo Consejero en la Primera Presidencia. Dallin Oaks aceptó gustoso otro cambio de dirección en el curso de su vida.

—Así como uno no busca servir en la Iglesia, tampoco debe de rechazar un llamamiento —dice.

Su trabajo como jefe administrativo de una importante universidad pudo haber eclipsado momentáneamente la naturaleza espiritual del hombre. Pero sus colaboradores cercanos la podían ver. Rex Lee, Procurador General de los Estados Unidos y ex decano de la Facultad de Derecho J. Reuben Clark de la Universidad Brigham Young, comenta:

"Dallin es simplemente uno de los que caminan dependiendo constantemente del Espíritu del Señor". Opina que el presidente Oaks nunca se interesó mucho por "adquirir prestigio", y tampoco hace gala de sus habilidades formidables. "Es el clásico ejemplo de lo que es la humildad. No sabe lo que es ser engreído". Para los que lo escuchaban hablar en la Universidad Brigham Young, les era evidente el énfasis personal de Dallin Oaks en los principios del evangelio. Destacaba siempre el estrecho enlace entre la espiritualidad y el aprendizaje, con la necesaria preponderancia de la espiritualidad. Hablaba con frecuencia acerca de la moralidad, el arrepentimiento y la revelación. Otros de sus temas importantes eran la honradez y la integridad en todos los aspectos de la vida.

Su hija Sharmon (ahora la señora de Jack Ward) dice:

—Si quisiera personificar a mi padre en una palabra, esa palabra sería integridad. Siempre estuve segura de que nunca haría nada que no fuera irreprochable.

Recuerda que un día la regañó por tratar de quitar de una carta una estampilla sin matasello para volverla a utilizar.

Al mismo tiempo que su padre iniciaba la presidencia de la Universidad Brigham Young, Sharmon entró como alumna de primer año en el mismo plantel. Frecuentemente al ver su nombre en la lista los profesores le preguntaban:

—¿Eres pariente de . . . um . . .

Riéndose, nos dice que ninguno de los profesores solía terminar la pregunta.

Lloyd recuerda que los años en la Universidad Brigham Young fueron menos ocupados que los de Chicago. Su padre pasaba más tiempo en casa.

—Casi todos los sábados conseguíamos algunas lombrices y nos íbamos a pescar al Río Spanish Fork. Luego de un tiempo Lloyd (que más tarde se recibió de geólogo en la Universidad Brigham Young) se cansaba de pescar y se ponía a juntar o arrojar piedras, pero su padre continuaba pescando. June Oaks comenta que esto es muy característico:

—Si va a pescar, lo hace con la mis-

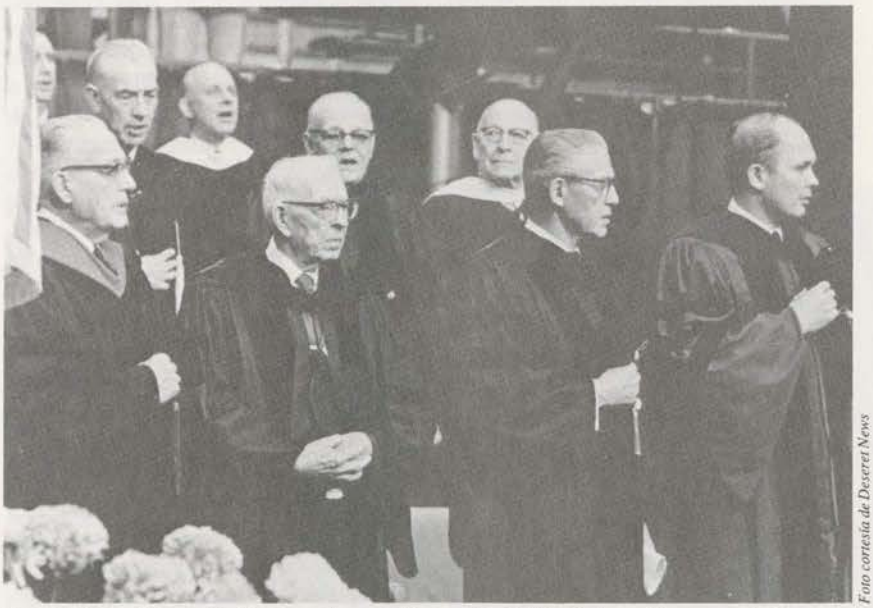


Foto cortesía de Deseret News

Esta histórica fotografía fue tomada en 1971 cuando Dallin Oaks se hizo cargo de la Universidad Brigham Young. Al frente y a la izquierda el presidente Harold B. Lee, quien entonces era el Primer Consejero en la Primera Presidencia; el Presidente de la Iglesia, Joseph Fielding Smith; el presidente N. Eldon Tanner, Segundo Consejero en la Primera Presidencia, y el élder Oaks. Segunda fila, de izquierda a derecha: el élder Mark E. Petersen, del Consejo de los Doce; el presidente Marion G. Romney, actualmente Primer Consejero en la Primera Presidencia y en ese entonces miembro del Consejo de los Doce; el élder LeGrand Richards, del Consejo de los Doce. Ultima fila, de izquierda a derecha: el élder Marion D. Hanks, ahora miembro de la Presidencia del Primer Quórum de los Setenta y entonces Ayudante al Consejo de los Doce, y el élder A. Theodore Tuttle, del Primer Quórum de los Setenta.

La familia posó para este retrato poco después de que el élder Oaks fue nombrado presidente de la Universidad Brigham Young. De pie y de izquierda a derecha: la hermana Oaks, Cheri, Sharmon y Lloyd. Al frente: Dallin D., el presidente Oaks y TruAnn.

ma intensidad que cuando se pone a trabajar en uno de sus expedientes.

A Lloyd, quien ahora estudia derecho en la Universidad del Norte de Illinois en De Kalb, no le sorprendió el llamamiento de su padre como Autoridad General. Dijo:

—Toda su vida ha vivido muy cerca del Espíritu.

Una noche Lloyd había pedido permiso para usar el auto, pues tenía una fiesta. Estaba a punto de salir en reversa por la entrada de autos cuando salió su padre y le pidió que no se fuera, ya que tenía la impresión de que no sería bueno que saliera esa noche. Después se enteraron de que un auto se había desbarrancado en el camino que Lloyd hubiera tomado. Consideraron que dicha impresión debió de haber sido una advertencia.

Sharmon también habla de la estrecha relación de su padre con el Espíritu. Recuerda que cuando regresaba tarde a casa durante la época en que cursaba la secundaria e iba al dormitorio de sus padres para darles las buenas noches, solía encontrar a su padre orando.

Para ella, tanto su padre como su madre fueron muy buenos ejemplos. Dice:

—Algo que valoramos mucho es que nuestros padres se amaban.

Tanto sus hijos como sus amigos opinan que es imposible explicar el éxito en la vida de Dallin Oaks sin hablar de June Oaks. Su esposo está de acuerdo. Dice:

—Ella simplemente sacó a luz lo mejor de mí mismo. Creo que nunca habría llegado a ningún lado sin ella. June ha evitado que me vuelva orgulloso y engreído.

Gusta a todas las personas que la conocen, agrega él, y es muy sencilla. Cuando él era presidente de la Universidad Brigham Young, ella hospedó al presidente y otros funcionarios de la Corte Suprema de la Unión Soviética, al ex presidente de los Estados Unidos Gerald R. Ford, a tres Presidentes de la Iglesia y a varias de las Autoridades Generales. "Siempre se desenvolvió con soltura con todos ellos y se sentía igualmente cómoda con los trabajadores que venían a trabajar en la casa".

El comenta con admiración que ella es la clase de madre que aprendió a tocar guitarra para poder acompañar a su hija Jenney, de ocho años, con el violín. Jenny estudia música clásica, pero a veces toca música folklórica para divertirse.

El élder Oaks dice que su esposa es la mejor amiga de sus hijas; no solamente una madre sino la mejor amiga.

June comenta que él siempre la ha apoyado sinceramente en sus actividades, ya sea en las académicas como en las de la Iglesia. La alentó para que se recibiera en sociología, aunque para ello tenía que ir a Provo con sus hijos pequeños y pasar allí parte de varios veranos y dejarlo a él en Chicago.

—El es educador y maestro cien por ciento —comenta ella. Dice que frecuentemente le da artículos que cree que debe leer o que le van a gustar. Lee constantemente: "Lee tres o cuatro periódicos diariamente", —de Washington, Salt Lake City y Provo por lo común— además de las revistas de la Iglesia, varias revistas jurídicas y una gran diversidad de otros tipos de libros y revistas. Tiene un metódico programa de lectura. Por la mañana, cuando su mente está más fresca, lee las cuestiones técnicas, y deja los temas más ligeros para más tarde. Su material de lectura siempre está a mano. "Si piensa que va a tener que esperar en algún semáforo, lleva algo para leer."

Tal vez el tipo de libros que lee cambie un poco debido a su nuevo llamamiento. Sin duda van a cambiar sus metas. En estos momentos, y a pesar de sus años de experiencia administrativa y servicio público, dice:

—Me parece que mis debilidades son mucho más importantes que mis fortalezas.

A pesar de que ha servido como Representante Regional durante seis años y medio y en una presidencia de estaca durante nueve años, hace notar que nunca ha servido como obispo ni presidente de misión ni presidente de un templo como otras Autoridades Generales lo han hecho. Tampoco ha tenido la experiencia que muchos de ellos han tenido de enseñar las Escrituras en el Sistema Educativo de la Iglesia.

—Hay tantas cosas en el aspecto eclesiástico y espiritual del reino que yo no he hecho que me siento deficiente en ese sentido.

¿Dónde comienza el trabajo de su nuevo llamamiento?

—Opino que comienza al seguir las huellas de los otros Apóstoles, haciendo lo que ellos han hecho. Estoy a su disposición.

Su amigo, el élder Sonnenberg, opina que el élder Oaks va a estar a la altura de su llamamiento, ya que "siempre y ante todo ha amado y servido al Señor y a su familia".

—Desde hace mucho tiempo me pareció que había sido escogido para tener grandes responsabilidades en el reino. ■

Luchando juntas

Una conversación con la Presidencia General de la Sociedad de Socorro

Pregunta: Hermana Winder, desde que recibió su llamamiento en abril de 1984, el edificio de la Sociedad de Socorro se ha convertido en la sede de tres organizaciones auxiliares —la Sociedad de Socorro, las Mujeres Jóvenes y la Primaria. ¿Qué simbolismo tiene este hecho?

Hermana Barbara W. Winder, presidenta: Para mí, simboliza nuestra unidad de propósito. Realmente estamos unidas en nuestra dedicación a una gran causa.

Por supuesto, el evangelio siempre nos ha unido. Las presidencias generales de las organizaciones auxiliares se reúnen una vez por semana, con el deseo común de fortalecer a todo niño, a toda jovencita, mujer y familia.

Pregunta: ¿Pueden percibir también esta unidad de propósito a nivel de barrio y estaca?

Hermana Winder: El espíritu de unidad y cooperación se ha dejado sentir. Podemos ver a las diferentes auxiliares cooperando y trabajando unidas para fortalecer a personas y familias, al mismo tiempo que son conscientes de sus responsabilidades y diferencias particulares.

Hermana Joanne B. Doxey, segunda consejera: Permítame mencionar un ejemplo. Por motivo de que trabajé en la Primaria durante muchos años antes de recibir mi llamamiento actual, puedo ver las ventajas de asignar a una maestra de la Primaria como maestra visitante en un hogar donde hay niños inactivos. Al visitar ese hogar cada mes, esta hermana podría establecer una relación armoniosa que podría beneficiar a toda la familia —tanto a los niños como a la madre.

Pregunta: ¿En qué forma puede la cooperación entre las líderes de las Mujeres Jóvenes y la Sociedad de Socorro facilitar la transición de las jovencitas que llegan a la edad de formar parte de la Sociedad de Socorro?

Hermana Joy F. Evans, primera consejera: Los líderes de las auxiliares en los barrios y estacas deben unir sus esfuerzos para lograr que esa transición sea significativa para las jovencitas, no solamente una entrada fortuita a la organización a la que sus madres pertenecen.

Esto es algo a lo que debemos dar suficiente consideración antes de que las jovencitas cumplan los dieciséis o diecisiete años. Debemos plantar la semilla a temprana edad en sus vidas. Al hablarles en cuanto a lo que el futuro les deparará, debemos hablarles acerca de la Sociedad de Socorro.

Hermana Winder: Exactamente; debe ser similar a la forma en que preparamos a nuestros hijos varones para que sirvan como misioneros. De vez en cuando se podría invitar a las Laureles a que participen en la reunión de Administración del Hogar con sus madres. O quizás puedan invitar a una sobresaliente joven adulta para que les hablara a las jovencitas acerca de la Sociedad de Socorro.

Hermana Doxey: Entonces cuando ingresen a la Sociedad de Socorro, debemos tener algo maravilloso y vital que ofrecerles.

Su participación inmediata es muy importante. Por ejemplo, las líderes de la Sociedad de Socorro podrían llamar a estas jovencitas como maestras visitantes.

Pregunta: Con respecto a las maestras visitantes, ¿qué perspectivas le gustaría compartir con las mujeres de la Iglesia?

Hermana Winder: Es de vital importancia que cada hermana tenga maestras visitantes —a fin de comunicarle que se le necesita y que alguien la ama y piensa en ella. Pero igualmente importante es la forma en que la maestra visitante progresa en la práctica de la caridad. Mediante su asignación como maestras visitantes, les brindamos la oportunidad de desarrollar el amor puro de Cristo, el que puede constituir la bendición más grande de sus vidas.

Hermana Evans: Recuerdo a la presidenta de la Sociedad de Socorro de un barrio a quien conocí en Irlanda. No tiene ni automóvil ni teléfono, así que, con mucha fe, toma su bicicleta y hace visitas, lo cual le da mucha felicidad y satisfacción.

Pregunta: Entre los miembros de la Iglesia encontramos a mujeres en una gran variedad de circunstancias. En su opinión, ¿cuál es el factor que las une?

Hermana Evans: Nuestra dedicación al evangelio. En todos los lugares a los cuales he viajado he visto mujeres maravillosas dedicadas al evangelio —mujeres que sienten gran gozo al poder servir en cualquier llamamiento y que desean saber más del evangelio.

Hermana Winder: En las pequeñas comunidades que visité en el norte del estado de Maine (Estados Unidos), encontré a mujeres trabajando juntas —casi para sobrevivir— en aquel clima extremadamente frío. Después, en las regiones más pobladas, pude ver mujeres que se enfrentaban a problemas distintos —las ocupaciones y deman-

Hermana Barbara W. Winder, sentada, Presidenta General de la Sociedad de Socorro, con Joy F. Evans (de pie, a la izquierda), Primera Consejera; Joanne B. Doxey, Segunda Consejera; Joan Spencer, Secretaria-Tesorera.

das de la vida urbana. Aún así, había un enlace común de dedicación, sin importar el ambiente físico en el que se encontraban.

Pregunta: Durante los primeros días después de la fundación de la Sociedad de Socorro, el servicio que las hermanas se daban las unas a las otras literalmente les salvaba la vida. En esta época, en la cual se podría decir que la situación no es tan crítica, ¿en qué forma podemos servirles a nuestras hermanas?

Hermana Winder: No estoy segura de que esta sea una época más fácil. Las presiones sociales y emocionales, así como económicas, que parecen ir en aumento, hacen de nuestra época una en la cual también hacen falta medidas que nos ayuden a sobrevivir.

Hermana Doxey: Recientemente estuve en el estado de Misisipí (Estados Unidos), en donde las hermanas viajan grandes distancias para reunirse y en donde el hacer las visitas de las maestras visitantes a menudo requiere un día entero. Ellas *necesitan* esa hermandad en un sentido muy real.

Hermana Winder: Una amiga mía en Salt Lake City sufre una enfermedad que la ha debilitado mucho. Se moviliza en una silla de ruedas y maneja un automóvil que ha sido especialmente equipado para que ella pueda hacer sus visitas como maestra visitante. Se dirige a recoger a su compañera, y luego van juntas al hogar de una hermana. Dicha hermana sale y se sienta en el auto con ellas mientras recibe el mensaje. Mi amiga es una persona tan alegre y amorosa que las vecinas a menudo se acercan a conversar con ella alrededor de su auto.

Hermana Evans: Son los sacrificios como éste los que derraman el Espíritu en gran manera. Naturalmente, no tenemos que estar en una situación aislada o de gran necesidad para que

Hermana Barbara W. Winder, Presidenta General de la Sociedad de Socorro

Hermana Joanne B. Doxey, Segunda Consejera

Hermana Joy F. Evans, Primera Consejera

Hermana Joan Spencer, Secretaria-Tesorera

Fotografías por Eldon Linschoten.

hagamos aquellos sacrificios que nos ayudan a gozar de la compañía constante del Espíritu. Conozco a varias mujeres que se encuentran en situaciones muy favorables que ponen todos sus esfuerzos en el servicio de sus semejantes.

Hermana Joan Spencer, secretaria: Recuerdo a una mujer próspera que vive en Arizona (Estados Unidos). Una jovencita a la que ella conocía se vio obligada a gastar el dinero que había ahorrado para cumplir una misión para ayudar a su madre, que se encontraba gravemente enferma. Empleó todo su dinero para pagar las cuentas del hospital. Pero esa maravillosa mujer costeó todos los gastos de la misión de la jovencita. Tanto ella como su esposo se dan cuenta de que, por motivo de que el Señor los ha bendecido tan abundantemente, tienen una obligación y la oportunidad de compartir lo que tienen con los demás.

Pregunta: Parece existir una actitud defensiva entre las hermanas que se encuentran en distintas situaciones, por ejemplo, las casadas contra las solteras, las que trabajan fuera del hogar contra las que no lo hacen. ¿Qué tienen en común las mujeres de la Iglesia?

Hermana Winder: Siempre me ha impresionado la actitud de las mujeres que vivieron durante los primeros años de la Iglesia. Se unían, unas con muchos medios económicos, otras con muy pocos, para ayudarse mutuamente. Juntas, hicieron frente a sus problemas. Nuestra fe en los principios del evangelio nos une. Y si estamos unidas, tendremos la fortaleza necesaria para salir victoriosos.

Hermana Doxey: Toda mujer es hija de Dios. "¿Estamos guardando los mandamientos? Estamos desarrollando la caridad?" La situación en que se encuentre una mujer es de menor importancia que estas preguntas básicas, las cuales todas compartimos.

Pregunta: La situación geográfica y las diferentes culturas son causa de una gran diversidad de mujeres. ¿Con cuánta flexibilidad cuentan los líderes locales para adaptar los cursos de estudio básicos a sus necesidades particulares?

Hermana Doxey: Siempre exhortamos a las hermanas líderes a que *adopten* la lección antes de que la *adapten*. Sin embargo, nos damos cuenta de que será necesario adaptar las lecciones a las necesidades de las hermanas en distintas culturas.

Hermana Evans: Es posible que surja una necesidad particular en algún barrio —alguna tragedia, o alguien que entrará en el templo por primera vez— la cual requiera que las hermanas líderes se valgan de información o material suplementario. En tales casos quizás sería útil un discurso de la conferencia general o un artículo de *Liahona*. La mayoría de las lecciones son lo suficientemente flexibles como para hacer este tipo de adaptaciones.

Pregunta: ¿Qué acogida han tenido en toda la Iglesia las lecciones de los cursos de estudio de la Sociedad de Socorro?

Hermana Evans: Nos han sorprendido las reacciones tan uniformemente positivas de las hermanas. A todas parecen gustarles mucho las lecciones. La habilidad de las maestras parece ser el factor decisivo en las variaciones de esta reacción general. Es importante que siempre seamos conscientes de la necesidad de mejorar nuestra habilidad para enseñar, por medio de nuestros programas de capacitación de maestros en funciones.

Hermana Doxey: Nuestros cursos de estudio han sido diseñados con el propósito de desarrollar una fe profunda en el Señor Jesucristo. Cada lección debe hacer hincapié en los principios del evangelio, los cuales nos guían a desarrollar esta fe. Y esto puede suceder en cualquier lección, ya sea Servicio Caritativo, Relaciones Sociales, Refinamiento Cultural, Educación para la Madre y Administración del Hogar, así como Vida Espiritual.

Hermana Winder: Esperamos que cada mujer comprenda el derecho y privilegio que tiene de ejercer su libre albedrío, así como la responsabilidad que acompaña a este derecho. Por supuesto, necesitamos conocimiento para tomar decisiones inteligentes. A medida que aprendemos a obedecer y a vivir de acuerdo con nuestras creencias, desarrollamos integridad, lo cual evita gran parte de la aflicción que sentimos. Cuando nos dedicamos de lleno al evangelio, nuestra vida logra un propósito y somos felices.

Pregunta: Nuestra hermandad actualmente incluye a hermanas en países en donde la necesidad es la regla y no la excepción. ¿Cuáles son nuestras responsabilidades hacia estas hermanas?

Hermana Winder: Sentimos una gran preocupación por aquellas hermanas que viven en lugares que carecen de algunas de las bendiciones que otros gozan. Sabemos que nuestros diezmos y ofrendas brindan resultados tangibles en la vida de aquellos que tienen necesidad —lo cual es un gran consuelo.

Hermana Doxey: En las montañas de Guatemala, los líderes del sacerdocio han enseñado a la gente mejores métodos de cultivar el maíz —la forma de rotar los cultivos y de mejorar el suelo. También están aprendiendo a cuidar de sí mismos y sus familias en una manera más eficaz mediante una alimentación nutritiva. Veo tales esfuerzos como una maravillosa oportunidad en la que la Sociedad de Socorro puede brindar su apoyo al sacerdocio en una causa noble.

Hermana Winder: Pienso también en la importante obra de la construcción de templos. Y por medio de nuestros diezmos y ofrendas podemos apoyar a la obra misional de la Iglesia. Necesitamos saber que realmente estamos haciendo algo para beneficiar a nuestros hermanos y hermanas en todo el mundo.

Pregunta: Lo que usted está describiendo, entonces, es un servicio ordenado, bajo la dirección del sacerdocio.

Hermana Doxey: Sí. El sistema está en su lugar; las herramientas están disponibles. Todo lo que necesitamos es emplear estas herramientas que el Señor ha proporcionado. Bajo la dirección del sacerdocio podemos beneficiar a nuestros semejantes. En calidad de mujeres, nuestro interés se extiende más allá de nosotras mismas y abarca todos los aspectos de la misión de la Iglesia. Nuestro interés incluye la obra misional, la genealogía y la obra en el templo.

Hermana Evans: Cuando viajé a Nueva Zelanda y Tahití, escuché a una hermana decir: "Nos estamos enseñando mutuamente a ser dignas de entrar en el templo". ¡Qué cosa tan maravillosa!

Hermana Winder: Nuestra meta es exhortar a toda mujer a progresar en su comprensión del evangelio, a luchar juntamente con sus hermanas y con el sacerdocio. La palabra *luchar* implica trabajo. No es algo fácil, pero brinda verdaderas recompensas — dedicación, hermandad y el gozo del evangelio. ■

El talento de César Aedo

por Don L. Searle

Se estira para alcanzar su máxima estatura, la cual no pasa de 1.5 m.; endereza sus delgados hombros, pone cara de malo y se convierte en el orgulloso y feroz Goliat, desafiando a los ejércitos hebreos. Un segundo después, se convierte en el joven David, que brinca ligeramente por las colinas con honda en mano.

Luego, con la misma rapidez, se convierte en un fatigado pionero, que estira su sumamente pesado carro a través de las planicies de Norteamérica. Los músculos contraídos de sus brazos y piernas con cada uno de sus pasos demuestran mucho esfuerzo.

No se pronuncia palabra, pero uno oye con el corazón y comprende su mensaje.

César Aedo es un mímico que se está dando a conocer rápidamente en Europa. Ex alumno del maestro francés Marcel Marceau, ha actuado en televisión en Alemania, Francia y Suiza, además de varios países de América Central y del Sur. En mayo de 1984 hizo su debut en los Estados Unidos y recientemente firmó un contrato con uno de los circos más famosos de Europa occidental, el Circo KNIE.

Tanto en el escenario como fuera de él, parece estar lleno de energía, espontaneidad e intensidad. Al escucharlo hablar de su propia vida, es fácil darse cuenta de que la intensidad que pone en sus actuaciones es típica de la dedicación con que emprende todo lo que considera importante en la vida.

El hermano Aedo es ex misionero, oriundo de Lima, Perú. Fue muy difícil para su padre, quien era sastre, proporcionar las necesidades básicas para su numerosa familia. Pero el pequeño César estaba muy ansioso por recibir una buena educación y obedecer el consejo del profeta de que todos los jóvenes deben cumplir con una misión. Sabía que requeriría sus propios esfuerzos si deseaba recibir esas bendiciones. Así que, como se contó en un relato que apareció en el manual de la Primaria de 1982, trabajó lavando y puliendo automóviles cerca de la escuela a la que asistía para costear sus estudios, y más tarde los gastos de la misión. La misión significaba tanto para él que no permitió que un ataque de apendicitis lo retrasara demasiado. Cinco días después de la intervención quirúrgica se encontraba de nuevo enseñando y buscando investigadores. "Tengo mucho que hacer; soy misionero", explicaba muy sobriamente.

Después de regresar de la misión, estudió sociología en la Universidad de Villareal, en Lima. Pero estaba enamorado del arte dramático, así que también se dedicó a aprenderlo. De hecho, sus estudios artísticos comenzaron mucho antes, cuando tenía seis años de edad. Fielmente asistía a las clases de instrucción religiosa en la iglesia a la cual pertenecía en ese entonces ya que después mostraban películas antiguas a los niños que asistían. Y a él le fascinaban las películas mudas de Buster Keaton, Charlie Chaplin y Harold Lloyd. Cuando César tenía nueve años, los misioneros llevaron el evangelio a su hogar. Para cuando tenía once años, participaba en las noches de talentos de la rama a la que asistía.

Después de estudiar en la Universidad de Villareal, el hermano Aedo tenía el deseo de ir a Europa para cursar estudios más avanzados en ciencias políticas. Trabajó como mímico en varios países de América Central y del Sur para reunir el dinero necesario para viajar a Europa. "Fui a Europa con mi talento, nada más", recuerda.

Por motivo de una serie de incidentes, los cuales él considera a su favor, no le fue posible ingresar en la universidad inmediatamente. A fines del año 1979 y a principios de 1980, pasó varias semanas visitando a su hermana en Ginebra, Suiza —el tiempo suficiente para descubrir que, en lugar de estudiar ciencias políticas, lo que deseaba era aprender mímica con el hombre a quien se considera como el maestro de maestros en este arte. El hermano Aedo sabía que por medio de su fe esto

llegaría a suceder, si perseveraba. De modo que regresó a París y fue lo suficientemente persistente como para llegar a entrevistarse con el famoso Marcel Marceau y convertirse en uno de sus alumnos.

Estudió tres años con el señor Marceau —no solamente la mímica, sino también arte dramático, danza clásica y moderna, acrobacia y esgrima. Fue uno de los pocos alumnos que pudo costear sus estudios por medio de funciones de fin de semana y de giras de verano. Actualmente estudia con el hombre que enseñó al maestro Marcel Marceau, Monsieur Etienne Decroux, de ochenta y seis años de edad. Además, continúa sus estudios de danza clásica.

La comedia es una parte vital de su arte. Uno de sus números característicos muestra a un viajero a quien no le es posible emprender su viaje porque no puede mover la pesada maleta. La valija cuelga del brazo del mímico, quien no la puede mover, a pesar del tremendo esfuerzo que su cuerpo parece indicar —hasta que por fin la abre, sólo para sacar de ella ¡un pañuelo!

El arte de César también tienen su lado serio. "Tengo mucha fe en Jesucristo", hace notar, añadiendo que en esta tierra recibimos talentos para ayudar a nuestros semejantes, como lo enseñó el Salvador. El hermano Aedo emplea su talento para ayudar en maneras muy obvias, tales como brindando alegría a los demás y, además, representando los aspectos de la vida que elevan el espíritu.

Le gusta dramatizar algunos de los relatos de las Escrituras. Típicamente, dramatiza por medio de una demostración. Primero, es el humilde y santo hermano que da su sacrificio a Dios, y después se convierte en el otro hermano, caracterizado por su orgullo, celos y crueldad. El observador puede sentir la humildad de Abel y la ira de Caín.

El arte de César Aedo también ha ayudado a sus semejantes en otras formas muy evidentes. Por medio de sus actuaciones, ha podido sostener a uno de sus hermanos en la misión en Canadá, y llevar a otros dos de sus hermanos a París para estudiar.

"He podido ayudar a toda mi familia. No quiero jactarme; le agradezco a Dios el haberme permitido hacer esto."

A los treinta años de edad, asiste al barrio de solteros en París. Pese a que toda su vida, hasta este momento, se ha dedicado al trabajo, al estudio y al servicio de sus semejantes, desea casarse y criar una familia.

"Ya viene", dice, refiriéndose a esta parte de su vida que aún no se ha realizado. ■

El arte de ser padres

Una cuestión del corazón

por Patricia T. Holland
Primera Consejera en la Presidencia General de las Mujeres Jóvenes

Hace poco le preguntaron a una niña de cuatro años de edad por qué estaba llorando su hermanito. Miró al bebé, pensó un momento y contestó: "Si tú no tuvieras cabello ni dientes y te temblaran las piernas, también llorarías".

Todos venimos al mundo llorando y un poco temblorosos. El más sublime de los milagros de la ciencia, así como la más grandiosa de todas las artes, es el hecho de que los padres tomen a un bebé recién nacido, el cual es solamente un envoltorio de potencialidades, y con amor lo guíen y ayuden a desarrollarse hasta llegar a ser un ser humano totalmente funcional.

Cuando el Señor creó a los padres, creó algo asombrosamente parecido a El. Nosotros, que hemos dado vida a nuestros hijos, tenemos el conocimiento innato de que éste es el más sublime de los llamamientos, el más sagrado de los cometidos, y es por eso que el más leve fracaso nos puede causar una angustia desesperante.

Pese a nuestras mejores intenciones y nuestros esfuerzos más diligentes, algunos de nosotros descubrimos que nuestros hijos no están creciendo de la manera que quisiéramos. A veces es muy difícil comunicarse con ellos. Quizás estén teniendo problemas en la escuela, se sientan emocionalmente angustiados, se rebelen abiertamente o sean extremadamente tímidos. Son muchas las causas por las que sus pasos aún sean un tanto vacilantes.

Y parecería que aun si nuestros hijos no están teniendo dificultades, una cierta inquietud nos hace preguntarnos cómo podemos alejarlos de sendas tan dolorosas. En momentos como ésos, acuden a nuestra mente preguntas tales como: "¿Lo estoy haciendo bien? ¿Llegarán a ser personas íntegras? ¿Debo pegarles o tratar de razonar con ellos? ¿Los debo controlar, o es mejor no hacerles caso?" La realidad logra que aun los mejores padres se sientan un poco inseguros.

Recientemente leí la siguiente anotación en mi diario, la cual escribí cuando era una madre joven y angustiada: "Ruego constantemente para no hacer algo que perjudique emocionalmente a mis hijos. Si llegara a lastimarlos de alguna forma, ruego que ellos sepan que no fue mi intención. Frecuentemente lloro en silencio por cosas que quizás haya dicho y hecho sin pensar y espero no repetir esas transgresiones. Ruego que no haya hecho nada que destruya mi sueño de lo que quiero que mis hijos lleguen a ser. Ansío ayuda y guía, especialmente cuando siento que les he fallado."

Bien, al releer esto después de todos estos años, considero que mis hijos se están desarrollando sorprendentemente bien a pesar de haber tenido una madre tan nerviosa. La razón por la que comparto esto es porque deseo comunicarles que soy una de ustedes, una madre que carga un atado de culpa por los errores del pasado, una confianza tambaleante por el presente y el temor de fracasos futuros. Pero más que nada, deseo que todo padre que lea estas palabras tenga esperanza.

Siendo que casi ninguno de nosotros es profesional en materia de desarrollo infantil, se imaginarán por qué me sentí tan complacida al escuchar esto de uno que lo es. Un catedrático en la Universidad Brigham Young me dijo en una ocasión:

—Pat, el ser padres no tiene casi nada que ver con la capacitación. Es todo cuestión del corazón.

Cuando le pedí que me lo explicara, dijo:

—Frecuentemente los padres consideran que la razón por la falta de comunicación con sus hijos es que no están suficientemente capacitados. La comunicación no es tanto un asunto de capacitación como lo es de actitud. Cuando nuestra actitud refleja mansedumbre, humildad, amor e interés en el bienestar de nuestros hijos, eso fomenta la comunicación. Nuestros hijos reconocen el esfuerzo de nuestra parte. Por otro lado, cuando somos impacientes, hostiles o rencorosos, no importa qué palabras utilicemos ni cómo tratemos de disfrazar nuestros sentimientos, el corazón perspicaz de nuestros hijos captará nuestra actitud negativa.

En el Libro de Mormón, Jacob dijo que debemos descender a las profundidades de la humildad y considerarnos insensatos ante Dios si queremos que El abra las puertas de los cielos. (Véase 2 Nefi 9:42.)

Esa humildad, junto con nuestra habilidad para admitir nuestros errores, parece ser un requisito fundamental tanto para recibir la ayuda divina como para obtener el respeto de nuestros hijos.

Mi hija es una jovencita con un gran talento musical. Por muchos años yo pensaba que este talento no se desarrollaría a menos que estuviera parada detrás de ella y supervisara sus prácticas como un capataz. Un día, cuando mi hija era adolescente, me di cuenta de que mi actitud, que en una ocasión había sido de provecho, ahora obviamente estaba dañando nuestra asociación. Atormentada por el temor de que ella no desarrollara el gran talento que Dios le había dado, así como por la realidad de una relación que empeoraba diariamente, decidí hacer lo que había visto que mi madre hacía cuando se encontraba ante un problema serio. Me fui a mi lugar secreto, donde oré fervientemente en busca de la única sabiduría que podría ayudarme a mantener abiertos los canales de comunicación, la clase de sabiduría y ayuda que se

recibe mediante lenguas angelicales. Al concluir, sabía lo que tenía que hacer.

Ya que faltaban sólo tres días para la Navidad, le di a Mary un regalo personal y una nota que decía: "Querida Mary: Siento mucho el conflicto que he causado al estar como un policía junto al piano. Debo de haberme visto ridícula— tú, yo y mis pistolas. Perdóname. Te estás convirtiendo rápidamente en una señorita. Tenía miedo de que no llegaras a tener suficiente confianza en tí misma y no te sintieras realizada como mujer si no desarrollabas tu talento. Te quiero mucho. Mamá"

Más tarde ese mismo día ella me buscó y en un tranquilo rincón de nuestro hogar me dijo:

—Mamá, sé que quieres lo mejor para mí, y eso lo he sabido toda mi vida. Pero si voy a tocar bien el piano, ¡la que tiene que practicar soy *yo*, no tú!

Entonces me abrazó y con los ojos llenos de lágrimas me dijo:

—Me he preguntado cómo podría enseñarte eso, y de alguna manera tú sola lo descubriste.

Años más tarde, al recordar Mary y yo ese incidente, me confió que mi buena voluntad para decir "lo siento; cometí un error; perdóname" le dio un gran sentimiento de autoestima porque le comunicó que era digna de una disculpa paternal, y que los hijos a veces tienen la razón. Me pregunto si es posible obtener una revelación personal sin considerarnos insensatos ante Dios. Me pregunto si el influenciar y enseñar a nuestros hijos requiere que nos parezcamos más a un niño. ¿No deberíamos compartir con ellos nuestros más profundos temores y dolores, así como nuestras mayores esperanzas y alegrías — en lugar de sermonearlos, dominarlos y reprenderlos una y otra vez?

Me gustaría concluir con una experiencia que ocurrió recientemente.

Durante tres días seguidos mi hijo Duffy, que tiene once años de edad y juega fútbol americano en el equipo escolar, salía de algún escondite en nuestra casa y me atacaba al estilo profesional. La última vez que lo hizo, en mi esfuerzo por evitar su ataque, me caí, tumbé una lámpara y me encontré con el codo derecho incrustado cerca de las cejas. Perdí toda la paciencia y lo regañé por tomarme como maniquí para sus ataques.

Ilustrado por Dilleen Marsh

Su respuesta me llegó al corazón cuando, llorando, me dijo:

—Pero mamá, tú eres la mejor amiga que un muchacho podría tener. Yo pensaba que esto te divertía tanto como a mí. Por mucho tiempo he estado pensando en lo que voy a decir en mi primera entrevista cuando reciba el trofeo como el mejor jugador. Cuando me pregunten cómo llegué a ser tan bueno les diré: "Practiqué con mi mamá".

Todo niño tiene que entrenar con su mamá y, en forma más importante, toda mamá tiene que entrenar con sus hijos. Esa es la manera que Dios les brinda tanto a los padres como a los hijos para lograr su salvación. Anteriormente mencioné que todos vinimos al mundo llorando. Considerando todos los humildes propósitos de esta vida, probablemente comprendamos que de vez en cuando continuaremos derramando algunas lágrimas. Sería de ayuda el tener siempre presente que éstos son hijos de Dios al igual que nuestros. Y por sobre todo, nos puede brindar un perfecto brillo de gloria el saber que cuando necesitamos ayuda podemos traspasar el velo para obtenerla.

Os testifico que Dios nunca nos abandonará en esta experiencia celestial, y que nosotros nunca debemos abandonar a nuestros hijos ni darnos por vencidos. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

Cuando los hijos se rebelan

Todos los padres deseamos que nuestros hijos crezcan siendo humildes y obedientes a las leyes de Dios, pero no todos ellos crecen de esta forma, y muchos padres tienen hijos rebeldes. Sabemos que a veces el amor y la preocupación por nuestros hijos no son suficientes para que nos obedezcan. Los hijos pueden rebelarse a pesar de que se les haya amado e instruido. Estos hijos deliberadamente desobedecen importantes reglas familiares o principios del evangelio, continúan comportándose de esa manera por mucho tiempo y generalmente no sienten pesar por sus malas acciones. Su comportamiento puede incluir el empleo excesivo de palabras obscenas, inmoralidad, el consumo de alcohol y drogas y la ausencia de la escuela. A menudo, esta rebeldía empieza con el hecho de no asistir a la iglesia.

Por motivo de que nuestros hijos son libres de tomar sus propias decisiones, a menudo lo hacen erróneamente. A pesar de que no podemos forzar a nadie a que haga lo bueno, podemos enseñarles mediante el precepto y el ejemplo y luego orar que sientan la influencia del Espíritu Santo y elijan lo correcto. El tener un hijo rebelde puede ser una experiencia frustrante y descorazonadora. Sin embargo, aunque no podemos *forzar* a nuestros hijos a que obedezcan, todavía hay mucho que podemos hacer.

El comportamiento rebelde es frecuentemente el resultado de una necesidad insatisfecha. Si en nuestro hogar no reina una atmósfera de amor y respeto, es posible que nuestros hijos no sientan el deseo de obedecer nuestras enseñanzas. Los hijos necesitan libertad para crecer, desarrollarse, tomar sus propias decisiones y aprender por medio del uso de esta libertad. Si los agobiamos con reglas o somos demasiado estrictos y exigentes, ellos podrán rebelarse simplemente para avergonzarnos. Por otro lado, si somos demasiado permisivos o no pasamos suficiente tiempo con ellos, pueden llegar a creer que no nos importan y entonces rebelarse para llamar nuestra atención.

Nuestros hijos también pueden rebelarse si ven que les damos un mal ejemplo. No podemos ser hipócritas —predicar una cosa y hacer lo contrario— y esperar que ellos sean obedientes. No podemos, por ejemplo, traer revistas o libros de dudoso valor moral a nuestros hogares, esconderlos mientras ellos están presentes o decirles que pueden leer sólo ciertas partes (lo cual podemos hacer porque ya hemos examinado esa literatura en su totalidad), y después esperar que ellos seleccionen sólo literatura apropiada.

Algunas veces los niños pequeños ponen a prueba su independencia desobedeciendo las reglas familiares. Es un error no hacer caso a este tipo de comportamiento. Existen muchas formas en las cuales nuestros hijos pueden adquirir ese sentimiento de independencia sin desobedecer las reglas familiares. Si de una manera firme, justa y consistente les ponemos límites mientras están aún pequeños, podemos ayudarles a evitar más tarde serios problemas de rebeldía.

A menudo los padres se culpan a sí mismos por el mal comportamiento de sus hijos. Si bien es cierto que esto puede ser o no verdad, (nuestros hijos reciben la influencia de muchas personas que no forman parte de la familia), no resuelve nada el culparse por los errores de los hijos. Ni tampoco es bueno sentir que los demás nos están culpando. Con frecuencia este sentimiento de fracaso nos mantiene alejados de las reuniones de la Iglesia o de otros lugares o personas que podrían brindarnos la ayuda que necesitamos. Es mejor reconocer que existe un problema y tratar de resolverlo.

Consideremos, entonces, algunas cosas que podemos hacer, en nuestra calidad de padres, para ayudar al hijo rebelde.

Quizás lo primero que deberíamos hacer es mirarnos a nosotros mismos tal y como somos. El élder Boyd K. Packer, del Consejo de los Doce, nos ha dado el siguiente consejo: "Padres, ¿podríamos considerar primeramente la parte más dolorosa de vuestro problema? Si vuestro deseo es el de volver a ganar a vuestro hijo o hija, ¿por qué no cesáis de tratar de cambiarlos sólo por un momento, y os concentráis en vosotros mismos? Los cambios deben comenzar con vosotros, no con vuestros hijos.

"No podéis continuar haciendo lo que estabais haciendo (*a pesar de que pensabais que era lo correcto*) y esperar transformar el comportamiento de vuestro hijo, cuando vuestra conducta fue una de las cosas que lo produjeron.

"Sois vosotros, no vuestros hijos, los que necesitáis atención inmediata.

"Padres, existe una ayuda sustancial para vosotros, si la aceptáis. . .

"Y si buscáis una cura que *ignora la fe y las doctrinas religiosas, la estáis buscando donde nunca la encontraréis*. . .

"Una vez que los padres adquieren el conocimiento de que hay un Dios y de que somos sus hijos, pueden afrontar problemas como éste y tener éxito.

"¿Decís que se requeriría un milagro? Bien, si eso es lo que se requiere, ¿por qué no?" (*Liahona*, mayo de 1971, págs 27–28; cursiva agregada).

Como padres, necesitamos observar nuestras acciones y llevar a cabo algunos cambios. Muy a menudo, un paso clave que los padres pueden dar es volver a establecer (o establecer por primera vez) una relación afectiva con el hijo o hija. Frecuentemente los hijos se rebelan porque se sienten solos, o creen que no tienen importancia ni valor para nadie. Se valen del mal comportamiento para atraer nuestra atención. En estos casos, el darles de nuestro tiempo y atención los ayudará a vencer estos sentimientos.

Se necesita tiempo y sacrificio para desarrollar una relación afectiva. Ne-

Por motivo de que nuestros hijos son libres de tomar sus propias decisiones, a menudo lo hacen erróneamente. A pesar de que no podemos forzar a nadie a que haga lo bueno, podemos enseñarles mediante el precepto y el ejemplo y luego orar que sientan la influencia del Espíritu Santo y elijan lo correcto.

Ilustrado por Mark Robison.

cesitamos hablar *con* (y no *a*) nuestros hijos y llevar a cabo diferentes actividades con ellos.

Una madre relata acerca del primer intento que hizo para hacer algo junto con su hija, quien tenía una actitud sumamente antagonista. Por algún tiempo la hija había hecho amistad con un grupo de jovencitas cuyo comportamiento —el ingerir licor, salir a fiestas hasta altas horas de la noche y ausentarse de la escuela— había sido causa de mucha contención en el hogar. Muy pronto, la única comunicación que la joven tenía con sus padres se limitaba a las acusaciones y condenaciones. La madre, dándose cuenta por fin de que los lazos que las unían se habían deteriorado demasiado, se propuso hacer algo al respecto.

La joven no estaba dispuesta a pasar nada de tiempo con su madre, pero accedió a que la llevara en el auto hasta la escuela todas las mañanas. Las primeras semanas fueron un tanto tirantes; sus conversaciones eran más bien preguntas con respuestas afirmativas o negativas. Pero a medida que fue pasando el tiempo y la hija se dio cuenta de que su madre no la criticaba ni condenaba, empezó a hablar con ella con más sinceridad, a compartir con ella su vida y sus sentimientos. Sus viajes matutinos a la escuela se convirtieron en oportunidades para conversar cómodamente, y la hija descubrió que su madre era una amiga fiel.

Un hijo rebelde necesita nuestro amor continuo. Aunque no estemos de acuerdo con sus acciones, podemos aceptarlo y amarlo, manteniéndolo dentro del círculo familiar, en donde podemos enseñarle y animarle.

El hecho de aceptar a un hijo rebelde no significa que le permitimos que nos utilice o que continúe por un camino que perjudicará a otras personas. Una hermana viuda cuyo hijo deseaba fumar en la casa le dijo lo siguiente: "Te quiero, pero en esta casa se obedecen las normas del evangelio". Cuando el hijo la amenazó con irse de casa, ella le dijo: "Siempre serás bienvenido, y siempre te amaremos, no importa dónde vivas. Pero mientras estés aquí, la regla de la casa sigue siendo la misma".

No debemos permitir que un hijo rebelde nos obligue a descuidar al resto de la familia. A pesar de que un hijo rebelde consume gran parte de nuestro tiempo y recursos, no podemos pasar por alto a los otros hijos. Debemos recordar que también tenemos una responsabilidad hacia aquellos que no son rebeldes ni se portan mal.

Es también muy importante ser considerados y tener unidad con nuestros cónyuges. Los padres no deben permitir que un hijo rebelde cause división entre ellos.

Hay esperanza de que el hijo cambie, pero necesitamos ser pacientes y receptivos para recibir ayuda. El élder Loren C. Dunn, del Primer Quórum de los Setenta, nos ha dado el siguiente consejo: "Existe otra clase de abandono . . . y me refiero a la tentación de los padres de perder la esperanza en sus hijos, especialmente cuando éstos parecen burlarse o hacer caso omiso de las leyes de la moralidad y conducta que sus padres favorecen y que gobiernan el hogar, y cuando los hijos parecen rebelarse en contra de cualquier esfuerzo que los padres hacen para corregir su comportamiento o mostrarles una manera mejor.

"La tragedia de nuestros días es que son demasiados los jóvenes que se apartan, algunos de ellos porque tienen problemas, y otros que causan problemas para la sociedad. Quizás sea difícil darnos cuenta de que nuestro Padre Celestial también se refiere a éstos como sus hijos e hijas.

"Padres, *no importa cuál sea la dificultad, ojalá que nunca abandonemos a nuestros hijos en algún camino obscuro y peligroso de esta vida, no importa lo que los haya empujado a llegar ahí*. Cuando lleguen al punto —y para algunos podrá ser un tiempo largo y doloroso— cuando lleguen al punto que nos necesiten, *ruego que no los vayamos a defraudar.*" (*Liahona*, "¿Pueden contar con nosotros?", mayo de 1971, págs 25–26).

Nunca perdamos la esperanza en nuestros hijos. Si les hemos enseñado principios correctos, si llevamos a cabo los cambios necesarios en nuestra vida y si siempre los amamos, muchos hijos rebeldes cambiarán su comportamiento. Es posible que el proceso requiera años, pero necesitamos mantener viva nuestra esperanza.

No tenemos que llevar solos la angustia de un hijo rebelde. Puede ser de gran alivio el compartir nuestro dolor con otra persona que no sea miembro de la familia. El obispo, los amigos íntimos, los consejeros profesionales u otros padres que hayan vivido experiencias similares pueden ser una gran fuente de apoyo. El Señor es nuestra mayor fuente de apoyo, y siempre podemos compartir nuestras inquietudes con El.

Nada causa tanta angustia a los padres rectos como un hijo rebelde. La intensidad con la que el hijo quebranta las reglas familiares y los mandamientos pueden llevar a los padres a una situación emocional insoportable. Pero no resuelve nada el dejarse agobiar por sentimientos de culpabilidad y de falta de dignidad. Por el contrario, podemos acudir al Señor. El puede bendecirnos con la paciencia para soportar tal comportamiento e inspirarnos para saber qué es lo que debemos hacer a fin de influir en un cambio. El Señor nos bendecirá en todos nuestros *esfuerzos*, y al final eso es todo lo que hará. Nuestros hijos seguirán siendo sus propios agentes; ni el Señor ni nosotros podemos forzarlos, pero sí podemos hacer todo lo posible por ayudarlos e influir en ellos.

"Yo creo que un hijo tiene el derecho de estar en lo correcto y el derecho de estar en error, y tener la seguridad de que sus padres estarán con él a través de esas pruebas." (*Christian Science Monitor*, 9 de septiembre de 1970, citado por Loren C. Dunn en *Liahona*, mayo de 1971, pág. 26.) ■

Empecemos

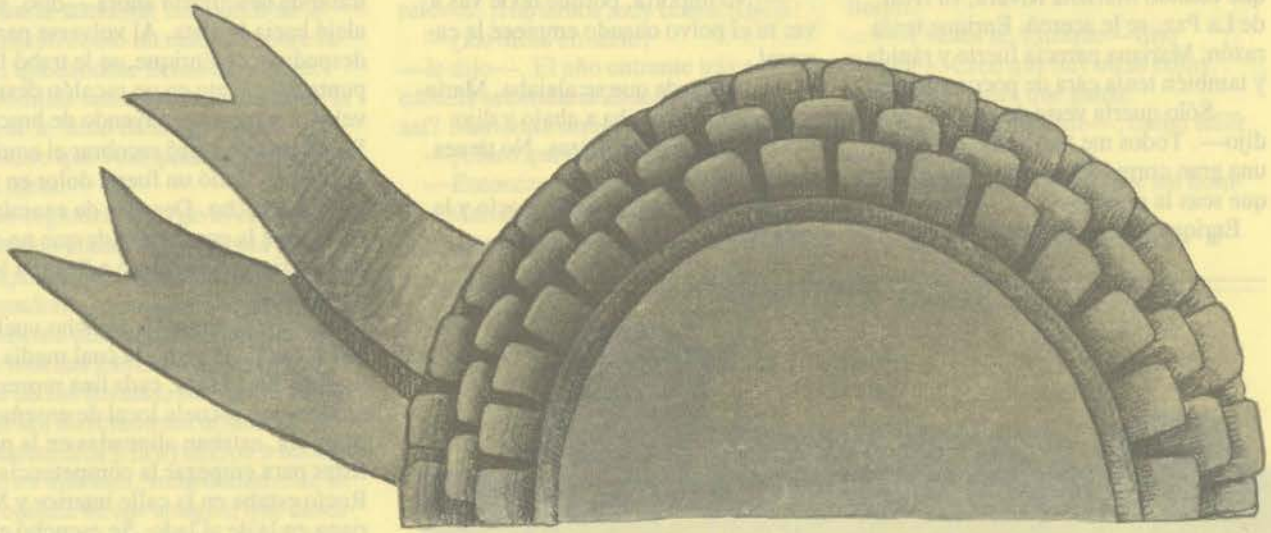
Una vez que haya leído este artículo, lo siguiente podría serle de provecho para aplicarlo a su familia:

1. Si usted tiene un hijo rebelde, considere la forma en que él puedo haber interpretado su preocupación o su falta de interés hacia él. ¿Qué puede hacer para mostrar más interés en él? ¿Qué puede hacer esta misma semana? ¿Cuáles tradiciones puede establecer con él para lograr un acercamiento?

2. Examine cuidadosamente sus acciones. ¿Pudo alguna de ellas haber influído en la rebeldía de su hijo? ¿Qué puede hacer para cambiarlas?

3. ¿Cuáles intereses, pasatiempos y amigos tiene su hijo? ¿Cuáles programas de televisión le gusta ver? ¿Qué música le gusta escuchar? ¿Podría alguno de estos factores afectarlo negativamente? Analice algunas maneras en que puede contrarrestar ese efecto negativo.

4. ¿Ha orado por su hijo? ¿Ha ayunado al respecto? ■



LA GANADORA

Margaret M. Robinson

Cuando Rocío Mora compitió en la carrera de tres kilómetros, pensó que no tenía probabilidades de ganar. Había corrido toda su vida, pero nunca en una competencia formal, sino porque le gustaba hacerlo. Los alumnos y maestros habían estado hablando acerca de esa competencia desde que Rocío se había inscrito en la clase de sexto grado de la Escuela La Patria, hacía tres meses, así que sabía que iban a competir los mejores corredores. Casi no podía creerlo cuando cruzó la meta mucho antes que todas las otras niñas. Y cuando todos en la escuela de pronto se dieron cuenta de su capacidad, y hasta los maestros se detenían en los pasillos para conversar con ella, no podía evitar sentirse complacida.

—¡Rápido, Rocío, rápido! —gritaban los alumnos cuando cruzaba la meta antes que las demás durante las prácticas.

El rival más peligroso de La Patria era el Colegio La Paz. Durante los últimos cinco años la ganadora de la competencia había sido elegida al ganar la carrera de los tres kilómetros, y cada vez el Colegio La Paz había ganado el trofeo. Pero este año había mucho entusiasmo en la Escuela La Patria y las esperanzas de todos estaban en Rocío. A ella no le había parecido muy importante ganar, pero ahora quería salir victoriosa, no por ella, sino por sus compañeros, maestros y por su escuela.

Cuando sus padres se enteraron de la competencia, se emocionaron tanto como ella.

—Por seguro estaremos ahí —le dijo su madre—. ¡Estamos tan orgullosos de ti!

—Cuando tu abuelito se entere de la competencia —dijo su padre—, me imagino que hará un viaje especial sólo para verte competir.

Enrique, su hermanito de ocho años de edad, la miró con los ojos medio cerrados, como si le costara trabajo mirar.

—Bueno, espero que ganes, pero el sábado pasado vi al equipo de La Paz y su corredora parece ser fuerte, y corre como un puma —le dijo.

La advertencia de Enrique sólo sirvió para aumentar el deseo de ganar de Rocío. Todas las tardes, después de salir de la escuela, se encaminaba a la pista de atletismo de una escuela secundaria cercana y se entrenaba hasta que su castaño cabello se le humedecía por la transpiración y los músculos de las piernas le dolían.

Rocío se sentía bien la mañana de la carrera. Se paró en la parte superior de las gradas para los espectadores, bajo el sol tibio, y miró hacia la pista.

—Será mejor que te vayas a sentar con mamá, papá y el abuelito —le dijo Rocío a su hermano, quien la había estado siguiendo toda la mañana—. Yo tengo que ir a los vestidores para

LA GANADORA

prepararme para la carrera.

Todavía estaba hablando con Enrique cuando Mariana Rivera, su rival de La Paz, se le acercó. Enrique tenía razón; Mariana parecía fuerte y rápida, y también tenía cara de pocos amigos.

—Sólo quería verte de cerca —le dijo—. Todos me han dicho que eres una gran corredora, pero no me parece que seas la gran cosa.

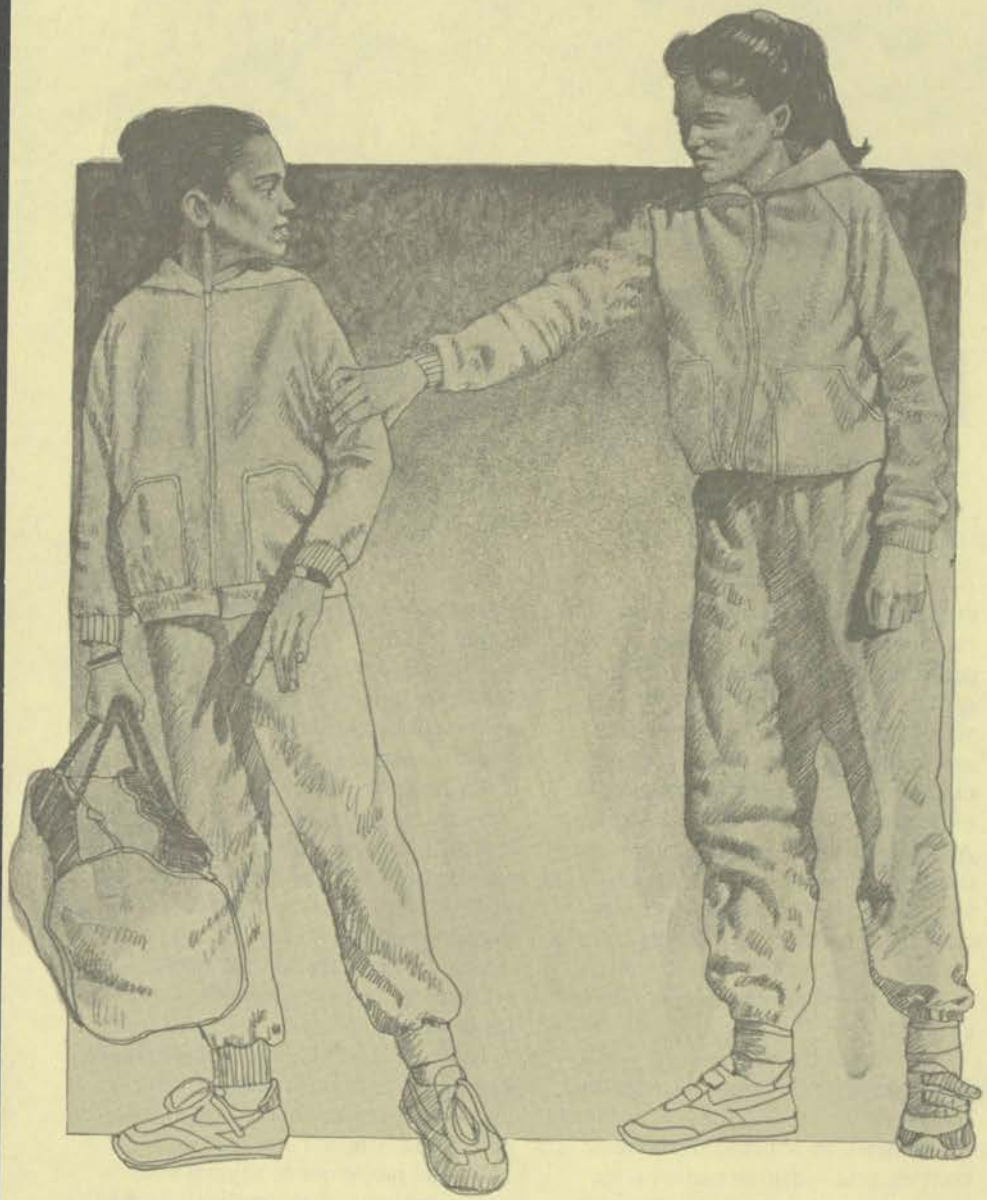
Enrique se subió a una silla para quedar cara a cara con Mariana y le dijo con ojos centelleantes:

—¡No importa, porque no le vas a ver ni el polvo cuando empiece la carrera!

Al tiempo de que se alejaba, Mariana los miró de arriba a abajo y dijo:

—Te voy a hacer trizas. No tienes necesidad de ganar.

Enrique se volvió hacia Rocío y le preguntó:



Ilustrado por Scott Greer

—¿Qué quiso decir con eso?

—No sé, y no tengo tiempo para tratar de descifrarlo ahora —dijo, y se alejó hacia la pista. Al volverse para despedirse de Enrique, se le trabó la punta del zapato en un escalón desnivelado, y tropezó, cayendo de bruces. Rápidamente logró recobrar el equilibrio, pero sintió un fuerte dolor en el tobillo derecho. Después de examinarlo, llegó a la conclusión de que no era nada serio y se apresuró a llegar a los vestidores.

La carrera consistía de ocho vueltas alrededor de la pista, la cual medía 400 metros. Seis niñas, cada una representando a una escuela local de enseñanza primaria, estaban alineadas en la pista, listas para empezar la competencia. Rocío estaba en la calle interior y Mariana en la de al lado. Se escuchó el disparo que anunciaba el inicio de la carrera, e instantáneamente Mariana se puso a la delantera.

Rocío midió su velocidad, concentrándose en la respiración. *Relájate,* se dijo a sí misma. *Respira hondo y uniformemente.*

Al final de la segunda vuelta, dos chicas se le habían adelantado: Mariana y Eugenia Solís, de la Escuela Simón Bolívar. Rocío continuó corriendo al mismo paso. Sabía que la escuela entera contaba en ella, y no tenía ninguna intención de defraudarlos. Al iniciar la tercera vuelta, sólo Mariana se interponía entre Rocío y la victoria. Pero el pequeño accidente en las gradas había sido más serio de lo que se había imaginado, y el golpear los pies contra la dura superficie de la pista le estaba afectando el tobillo. Cada paso le causaba un dolor insoportable. *¡Tienes que ganar!* pensó. *Olvídate del dolor. ¡Corre, corre, corre.*

Rocío vio su oportunidad de ganar cuando se encontraba a la mitad de la última vuelta, ya que Mariana mostraba señales de fatiga. Rocío aumentó la velocidad, cerrando la brecha, hasta que las dos quedaron lado a lado. Mariana le lanzó una mirada fría y dura. Una cosa era segura y es que no iba a ser fácil para ella perder.

Solamente faltaban 45 metros para llegar a la meta cuando Rocío sintió que un dolor extremadamente intenso

LA GANADORA

le corría por la pierna; sintió que el tobillo se le doblaba y que su cuerpo caía hacia adelante; las manos se le resbalaron como un rastrillo sobre la pista, quedándole llenas de sangre. Las rodillas también le sangraban y la boca se le llenó de arena y polvo al momento que veía que Mariana cruzaba la meta.

Los organizadores de la competencia habían planeado una fiesta para agasajar a todos los competidores, tanto ganadores como perdedores, inmediatamente después del evento. Rocío tenía muchas ganas de ir, así que, a pesar de sus heridas, sus padres la llevaron ahí directamente al salir de la clínica médica y la ayudaron a acomodarse en una silla. Inmediatamente se vio rodeada de sus amigos, que deseaban consolarla y alegrarla. Enrique estaba a su lado, mientras que sus padres y el abuelo conversaban con otros padres y algunos maestros.

—¿Te duele mucho? —le preguntó Enrique cuando se quedaron solos por un momento.

—No, no mucho —dijo Rocío—. El doctor dice que voy a estar bien dentro de una semana o dos. Sólo tengo que dejarla descansar.

Enrique fue el primero que divisó a Mariana que se acercaba a ellos.

—Creo que vamos a tener problemas —susurró.

Rocío esperaba que Mariana se burlara de ella, pero ésta tenía un semblante serio.

—Siento mucho lo de tu pierna —le dijo—. Yo quería ganar, pero no de esta forma.

—No fue tu culpa —respondió Rocío—. Me ganaste limpiamente; eres la ganadora.

—¿De veras? Mira a tu alrededor. —Mariana señaló a los padres, maestros y alumnos que se encontraban en el salón—. Toda tu familia está aquí . . . ¡y tantos amigos! No les importa que hayas perdido. ¡Te siguen apoyando! —Y suspiró con tristeza—. Pensé que sería diferente si ganaba, pero no es así. Mis compañeros de clase sólo vinieron porque íbamos a recibir el trofeo, ¡y mis padres ni siquiera vinieron!

Mariana se volvió para alejarse, y Rocío la asió por el brazo. —Espera

—Yo también; si quieres, quizás podemos formar parte del equipo de relevos. ¡Haríamos muy buena pareja!

—¿Lo dices en serio? —le dijo—. El año entrante irás a la escuela secundaria Zaragoza, ¿no es así? Mariana asintió.

—¡Claro que sí! —dijo Rocío.

—Entonces ya tienes tu pareja —dijo Mariana con una sonrisa leve, con los ojos aún llenos de lágrimas.

—No comprendo —dijo Enrique—. Ella es la ganadora, y los ganadores no lloran.

—A veces sí, Enrique —dijo Rocío—. Creo que hay otras cosas más importantes que ganar.

—Sí —contestó éste—, como tener un hermano.

Rocío le pasó el brazo por los hombros y le dijo:

—Sí, como tener un hermano. ■

Isaac y Rebeca

En los tiempos de Abraham, se acostumbraba que los padres eligieran cónyuge para sus hijos. Este deseaba encontrar una buena esposa para su hijo Isaac, lo cual era algo difícil. Abraham vivía en Canaán y no quería que Isaac se casara con una mujer cananea, porque los de ese pueblo adoraban a dioses falsos. Abraham deseaba que su hijo se casara con una mujer justa y digna que le ayudara a mantenerse fiel al Dios viviente y les enseñara a sus hijos la verdad. Esta era la única manera en que el sacerdocio podía permanecer con los descendientes de Abraham, ya que sin él, no podrían recibir las bendiciones que el Señor les había prometido.

Abraham llamó al criado que le había servido por más años y le pidió que buscara esposa para Isaac. Le dijo: "Quiero que jures por Jehová, el Dios de los cielos y de la tierra, que no elegirás como mujer para Isaac una cananea, sino que irás a mi tierra de Mesopotamia, y elegirás esposa para él dentro de mi parentela".

El fiel criado sabía que ésta era una asignación seria e importante, y preguntó: "Y si la mujer elegida no deseara venir conmigo a esta tierra, ¿llevaré a Isaac para que la mujer y su familia lo aprueben?"

Abraham contestó: "Guárdate de no llevar a Isaac contigo".

Abraham no deseaba que Isaac fuera a otra tierra donde pudiera sentir la tentación de quedarse. El Señor había dado a Abraham y a su familia la tierra de Canaán como herencia, y él deseaba permanecer allí.

Abraham le dijo al criado: "El Señor enviará su ángel delante de ti, y te ayudará a encontrar esposa para Isaac".

Con ese entendimiento, el criado le dio la mano a Abraham y le prometió bajo juramento[1] que haría como se le había instruido.

El criado emprendió su jornada con una caravana de diez camellos y varios hombres para que le ayudaran. Viajó hacia Mesopotamia, ciudad donde vivía Nacor. Al llegar a su destino, hizo que los camellos se arrodillaran fuera de la ciudad, junto a un pozo de agua. Era de tarde, y junto al pozo había muchas mujeres que sacaban agua. El criado no conocía a nadie, ni sabía cómo encontrar la mujer que el Señor había elegido como esposa para Isaac. Necesitaba ayuda, de modo que oró, diciendo: "Oh Jehová, Dios de mi señor Abraham, dame, te ruego, el tener hoy buen encuentro, y haz misericordia con mi señor Abraham. He aquí yo estoy junto a la fuente de agua, y las hijas de los varones de esta ciudad salen por agua. Sea, pues, que la doncella[2] a quien yo dijere: Baja tu cántaro, te ruego, para que yo beba, y ella respondiere: Bebe, y también daré de beber a tus camellos; que sea ésta la que tú has destinado para tu siervo Isaac."

Antes de terminar su oración, se le acercó una mujer cuyo nombre era Rebeca. No solamente era hermosa, sino también virtuosa y encantadora; amaba al Señor y trataba de guardar sus mandamientos, por lo que fue bendecida por el Señor.

Cuando Rebeca hubo llenado su cántaro, el criado corrió hacia ella y le dijo: "Déjame beber un poco de agua de tu cántaro."

"Bebe, señor mío", respondió ella. Y al darle de beber, agregó: "También sacaré agua para tus camellos." Esta fue la señal por la cual el criado había orado, de modo que supo que Rebeca era la mujer que el Señor había escogido como esposa para Isaac.

Cuando los camellos acabaron de beber, el criado le preguntó a Rebeca: "¿De quién eres hija? Te ruego que me digas: ¿hay en casa de tu padre lugar donde posemos?"

La respuesta de ésta le causó gran regocijo, porque ella le respondió que era hija de Betuel, y nieta de Nacor. El criado sabía que Nacor era hermano de Abraham y se dio cuenta de que había sido guiado hacia la casa de los familiares de Abraham, por lo que inclinó la cabeza y agradeció al Señor en oración.

Cuando Rebeca lo oyó orar, supo que él era el siervo de su tío abuelo Abraham, y con gran regocijo corrió hacia su casa para comunicarlo a su familia, la que recibió la noticia con el mismo entusiasmo que ella. El hermano de Rebeca, Labán, corrió hacia donde estaba el criado que se encontraba junto al pozo de agua, y le dijo: "Ven, bendito de Jehová; he preparado la casa, y el lugar para los camellos".

Después, Labán invitó al criado a comer, pero éste respondió: "No comeré hasta que haya dicho mi mensaje." Entonces el criado dijo a la familia la razón por la que Abraham lo había enviado a Mesopotamia. También les dijo que había sido guiado por el Señor y que había orado junto al pozo por una señal que le ayudara a saber cuál mujer habría de ser la esposa de Isaac. Luego agregó que Rebeca era la que el Señor había elegido. El criado pidió permiso al padre y al hermano de Rebeca para llevarla a Canaán para ser esposa de Isaac.

La familia de Rebeca era una gente buena, y por medio de su respuesta demostraron su gran fe y confianza en el Señor. Dijeron: "De Jehová ha salido esto . . . tómala y vete, y que sea la esposa de Isaac, como lo ha dicho Jehová".

Cuando el siervo de Isaac oyó esto, se volvió a inclinar para agradecer a Dios. Entonces sacó alhajas de plata y de oro, y vestidos, y los dio a Rebeca. También dio cosas preciosas a la ma-

dre y al hermano de Rebeca.

El criado se sintió aliviado después de haber hecho los arreglos tan importantes, y comió y pasó la noche con la familia de Rebeca.

A la mañana siguiente dijo: "Enviadme a mi Señor."

La madre y el hermano de Rebeca se sentían apesadumbrados por tener que verla partir tan pronto, y suplicaron: "Permita que se quede unos días más con nosotros y después irá".

Pero el criado replicó: "No me detengáis. El Señor me ha ayudado a tener éxito; despedidme para poder regresar a mi señor."

"Preguntémosle a Rebeca", dijeron ellos, y la llamaron y le preguntaron: "¿Irás tú con este varón?"

A causa de su gran fe Rebeca sabía que el Señor la bendeciría, y respondió: "Sí, iré". Rebeca abandonaba a la familia que amaba; se dirigía a una tierra extraña para casarse con un hombre al que nunca había conocido, pero sin embargo, sabía que era lo que debía hacer.

La familia de Rebeca sabía en cuanto a las grandes promesas que se le habían hecho a Abraham y a sus descendientes; sabían que al casarse con Isaac, Rebeca tendría una misión especial que cumplir ya que sería la madre de muchas naciones. Cuando se despidieron de ella, la bendijeron y dijeron: "Hermana nuestra, sé madre de millares de millares".

Montando en los camellos, Rebeca y sus doncellas siguieron al siervo de Abraham.

En la tierra de Canaán, Isaac esperaba las noticias; sabía que el Señor guiaría al criado para poder encontrar la mujer que había de ser su esposa. Una tarde salió al campo a meditar, y al levantar los ojos, vio la caravana que regresaba de Mesopotamia y corrió a su encuentro.

Al acercarse, Rebeca lo vio y le preguntó al criado: "¿Quién es este varón que viene por el campo hacia nosotros?"

El criado respondió: "Es Isaac".

Rebeca rápidamente se cubrió la cara con el velo[3] y bajó del camello para saludarlo. Se sentía emocionada porque estaba a punto de conocer al hombre que Dios había elegido para que fuese su esposo.

Isaac y Rebeca habían confiado en el Señor, y El vio la manera de unirlos como marido y mujer. ■

(Este relato se encuentra en Génesis 24.)

---

1. *Juramento:* una promesa sagrada.

2. *Doncella:* es una mujer joven o soltera, generalmente de nacimiento noble.

3. *Velo:* En los tiempos de Rebeca las mujeres lo usaban para cubrirse el rostro, especialmente en presencia de un hombre al cual no conocían.

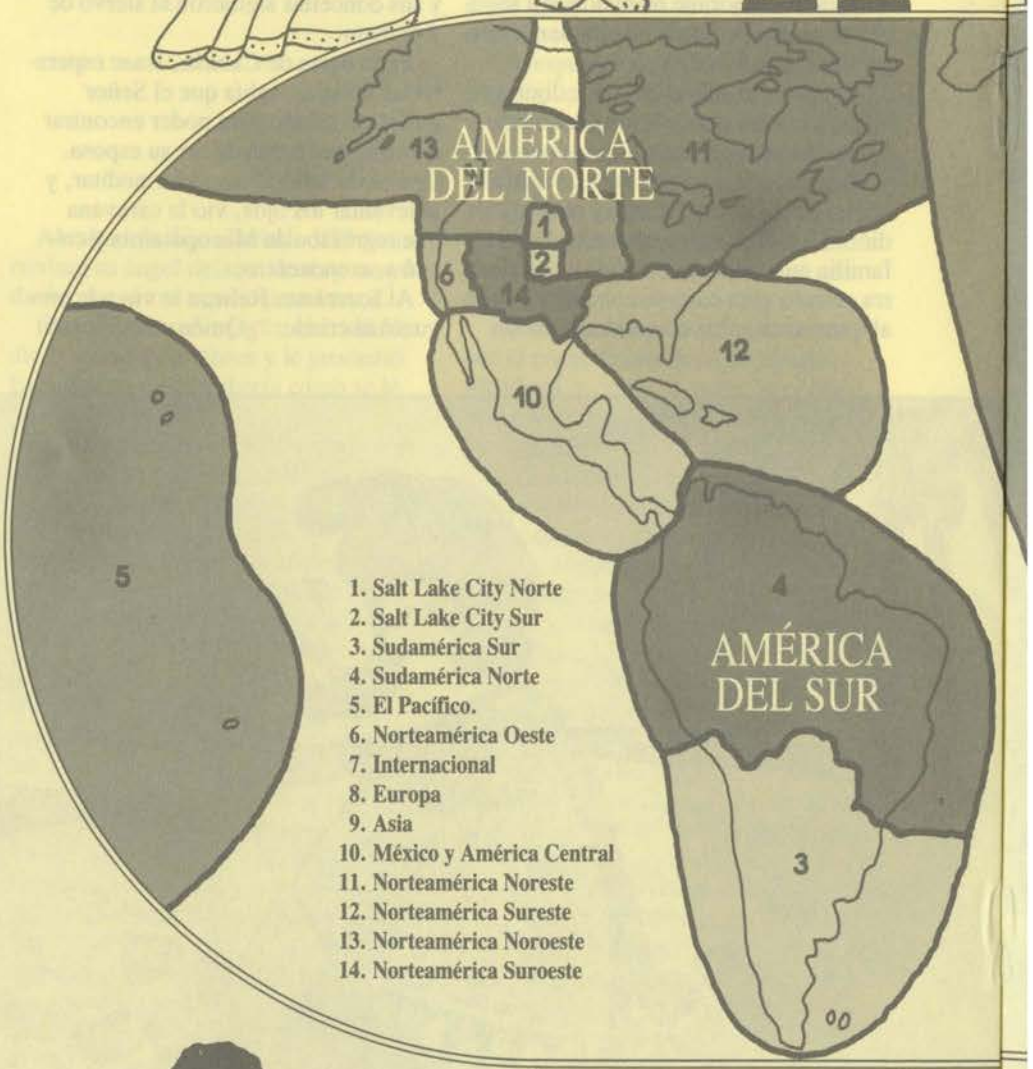
Tiempo para compartir

¡Feliz cumpleaños, Primaria!

por Pat Graham

Y todos tus hijos serán enseñados por Jehová; y se multiplicará la paz de tus hijos (Isaías 54:13). Cierto día del año 1878, se reunieron 224 niños en una capilla edificada con roca en Farmington, Utah, para asistir a la primera reunión de la Primaria, y para aprender todas las cosas buenas y cómo comportarse correctamente. Hoy día, más de 825,000 niños en todo el mundo asisten a la Primaria y aprenden que son hijos de Dios. La cantidad de niños que asiste a la Primaria está aumentando, y cada día más niños están progresando en el evangelio.

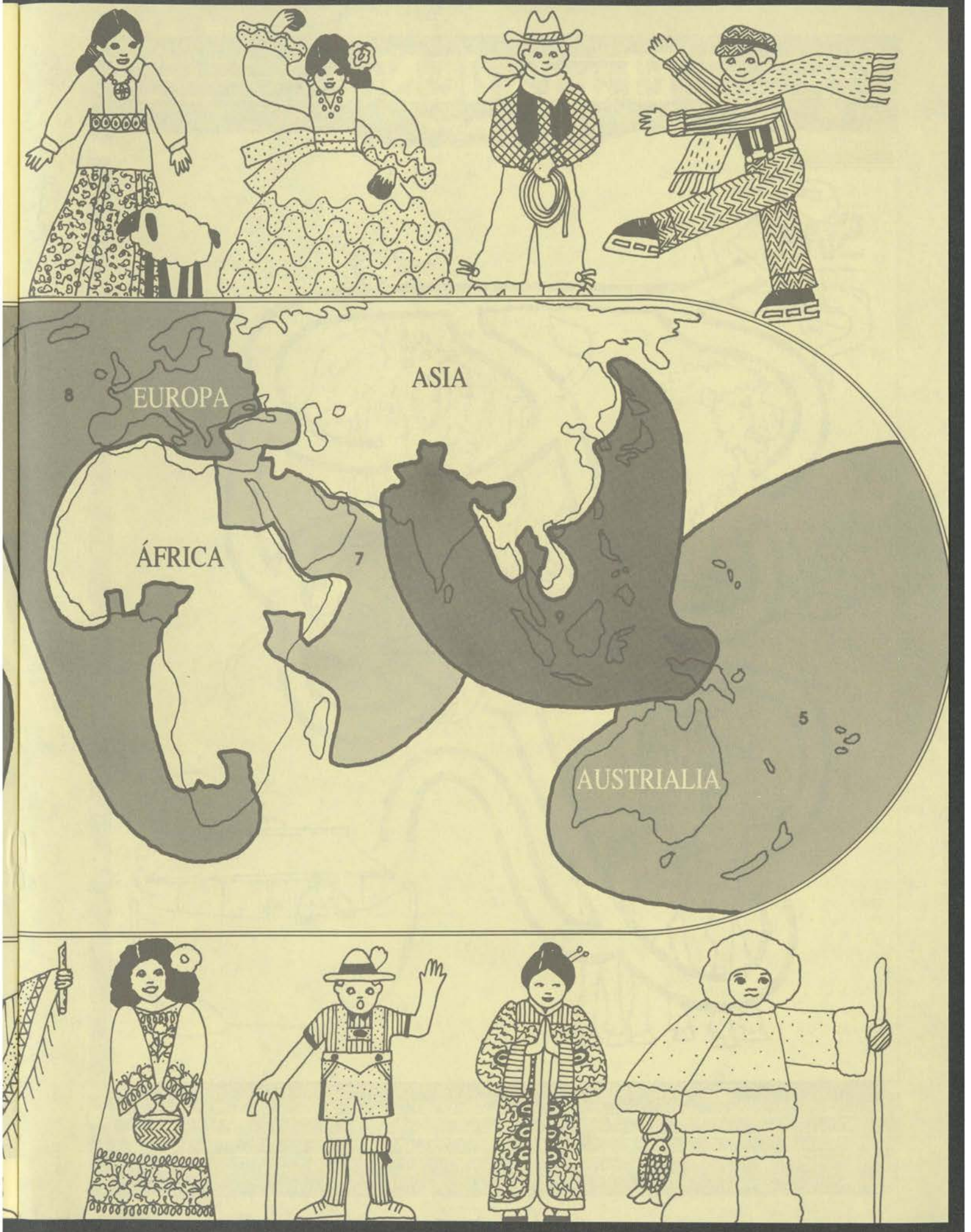
Por motivo de que la Iglesia ha crecido tan rápidamente, los líderes de la misma han dividido el mundo en catorce áreas geográficas para estar más al tanto de las necesidades de los miembros. Observa con mucho cuidado a los niños que se encuentran en estas páginas vestidos con trajes típicos. Coloréalos y traza una línea que vaya de cada niño al área/país que creas que representa. ¡Es emocionante pertenecer a una organización que está creciendo tanto y que cuenta con miembros en todo el mundo! ■



1. Salt Lake City Norte
2. Salt Lake City Sur
3. Sudamérica Sur
4. Sudamérica Norte
5. El Pacífico.
6. Norteamérica Oeste
7. Internacional
8. Europa
9. Asia
10. México y América Central
11. Norteamérica Noreste
12. Norteamérica Sureste
13. Norteamérica Noroeste
14. Norteamérica Suroeste

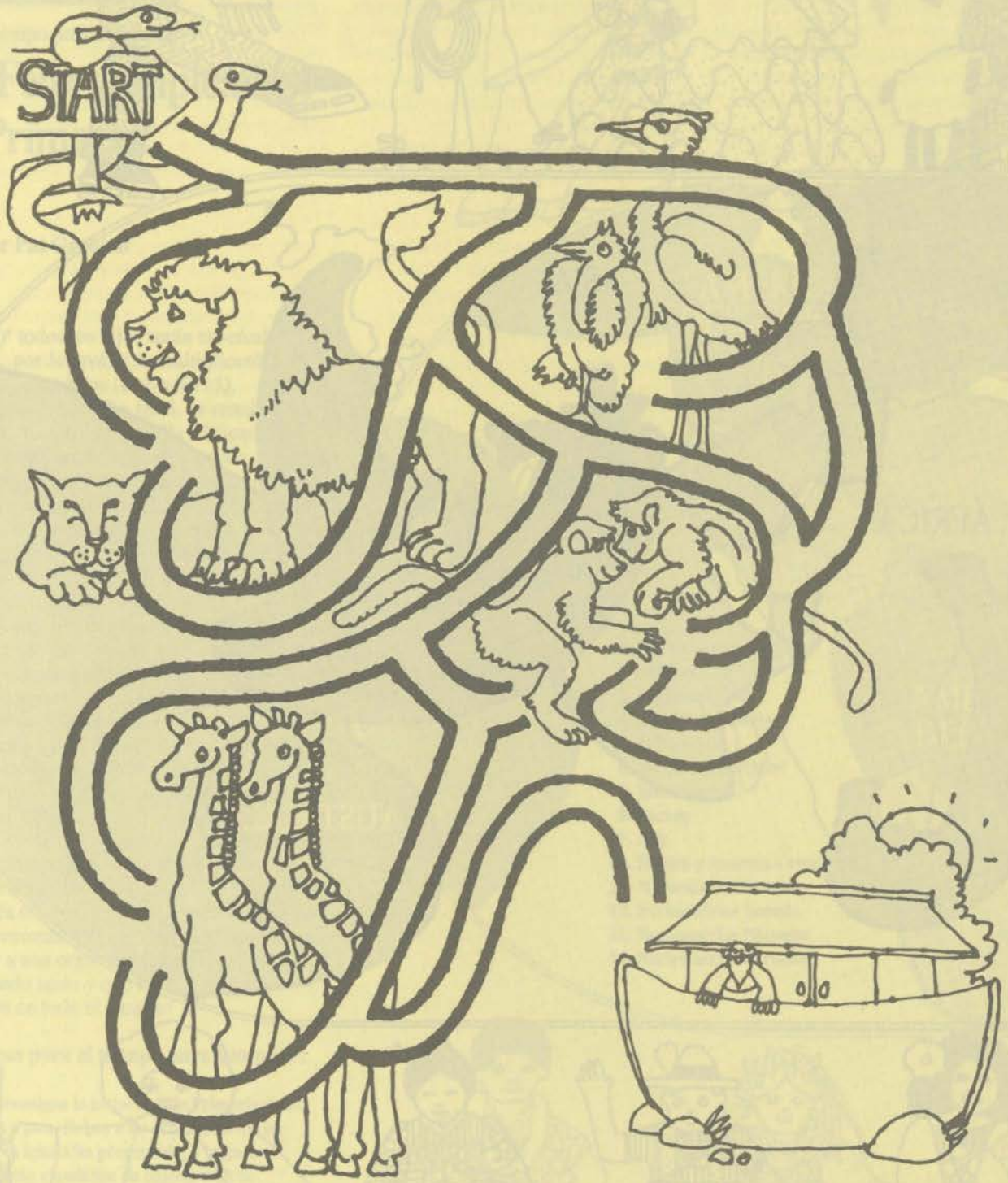
Ideas para el tiempo para compartir

1. Investigue la historia de la Primaria de su área o país. Relate a los niños la forma en que la Iglesia ha progresado, y haga una pequeña exposición de objetos u otros recuerdos locales relacionados con la historia de la Primaria.
2. Pida a los niños que escriban una carta a los niños de la Primaria en otro lugar.
3. Planeen una celebración de cumpleaños para la Primaria.


ASIA
8
EUROPA
ÁFRICA
7
5
AUSTRIALIA

El arca de Noé

por Angele Fitzgerald



Una tarde en MAUÍ

por Kris Mckay

El ruido es lo que Gordon Daniels recuerda más vívidamente. El implacable choque de las olas, algunas de 3 a 5 metros de altura, las cuales se estrellaban contra las rocas y llenaban la atmósfera con una húmeda llovizna hacía que ésta fuera casi líquida. Era imposible hablar con aquel ruido ensordecedor.

Ese día el cielo estaba nublado, no con nubes esponjadas que flotaban suavemente en el azul celeste, sino nubes obscuras y siniestras, y el viento aullaba a lo largo de los acantilados.

Aquella tarde, veinticuatro jovencitos se encontraban visitando el litoral norte de la parte oeste de la isla de Mauí en Hawai, después de haber estado cosechando piñas (ananás) por más de dos meses. Era su último día libre antes de la semana final de trabajo; luego disfrutarían de una gira de una semana por las islas cercanas, para después volver a sus respectivos hogares en los Estados Unidos. La mayoría de los jóvenes a los que Gordon supervisaba ya tenían sus cheques de viajero en el bolsillo. Habían oído que había un respiradero formidable, por donde el oleaje entraba con fuerza, como una fuente, a través de una abertura en la roca, la cual daba hacia la costa. El respiradero se encontraba en medio de una meseta lisa de roca al otro lado de la isla y los muchachos habían expresado su deseo de verlo.

Se llevaron una gran sorpresa. La región norte estaba desolada; no había el verdor ni la frondosidad del Hawai que conocían. El terreno les recordaba las fotografías de la superficie de la luna. Por ningún lado había una hojita de césped, ni un árbol u otra clase de vegetación, ni siquiera un granito de arena por la playa. Lo único que se podía apreciar eran rocas de lava, filosas y escabrosas, que bajaban gradualmente hasta desaparecer en el agua.

Dos grupos de doce jóvenes, cada uno con su propio supervisor, llegaron en un camión y en un microbús.

Los muchachos a cargo de Doug Carlsen llegaron al lugar señalado dos o tres minutos antes que el grupo de Gordon. Avanzando lentamente por la ladera del acantilado hacia la superficie plana de la meseta de roca, Gordon y los muchachos de su grupo se dieron cuenta de que seis o siete de sus amigos ya se encontraban sentados alrededor del agujero, colgando los pies hacia el interior del mismo.

Nadie consideró aquello como una situación particularmente peligrosa. Parecía un juego muy divertido el sacar apresuradamente los pies segundos antes de que brotara el agua. Cada 35 o 40 segundos otra ola chocaba contra las rocas que estaban al fondo y arrojaba por el agujero un chorro de agua el cual, impulsado por una tremenda presión, se elevaba unos quince metros, se detenía un instante y volvía a descender estrepitosamente por el agujero de un metro de diámetro. Era verdaderamente emocionante.

Toda esa área estaba húmeda y resbalosa y, a medida que los muchachos de Gordon se apresuraban para reunirse con sus amigos, se daban mutuas advertencias de no acercarse al agujero por el lado que daba al mar. Les daba escalofríos el sólo pensar en resbalarse por el acantilado, pero era sólo una remota posibilidad. Nadie esperaba que llegara a suceder.

Entonces, sin ninguna advertencia, un chorro mucho más potente que los demás explotó con tal fuerza que hizo que los muchachos retrocedieran casi ocho metros hacia la orilla de las rocas. Inmediatamente uno de ellos exclamó:

—¿Dónde está Mike?

Y alguien contestó con voz temerosa:

—¡Me pareció verlo caer en el respiradero!

Qué raro nos parece el ruido de los elementos después de que se han convertido en la voz del enemigo. Lo que segundos antes había parecido algo emocionante se había convertido en terror indescriptible.

Los dos aterrorizados líderes se agacharon para ver en las profundidades del respiradero, pero había una oscuridad total. Ahuyentados casi instantáneamente por el siguiente borbollón, volvieron para buscar en vano la terrible oscuridad donde Mike había desaparecido.

Llenos de pánico, gritaron su nombre, pero no obtuvieron ninguna res-

puesta. Tres veces tuvieron que retroceder a causa del chorro de agua, y las tres veces regresaron para continuar llamándole en las profundidades en contra de la oposición del viento.

Entre la tercera y la cuarta erupción, se oyó una respuesta, y fue extraordinariamente clara:

—Sí, estoy aquí, y creo que estoy bien.

El alivio que sintieron los hizo experimentar una gran debilidad. Cada vez que el agua brotaba con tanta fuerza, habían esperado ver los restos del cuerpo destrozado del muchacho.

Todos los muchachos se quitaron los pantalones y los ataron para formar un cordón. Mike dejó de responder a los llamados de sus compañeros, quienes bajaron el cordón hacia la oscuridad y le gritaron para que lo agarrara.

Pero las olas —esas olas constantes y frustrantes— se estrellaban contra las rocas, y la interminable acción borboteante continuaba. Dos veces bajaron el cordón, y las dos veces el agua lo devolvió con gran fuerza.

Uno de los mejores amigos de Mike se ofreció a bajar, pero rápidamente se descartó la idea. Por siglos, las corrientes que subían y bajaban habían erosionado la roca de tal manera que no había ningún lugar para apoyarse. Pese a su valentía, la idea nunca habría dado resultado.

Doug Carlsen, con la cara pálida, se sentó encorvado, con la vista fija en el hoyo.

—¿Qué voy a hacer? *¡Tenemos* que salvarlo!

En ese momento, alguien vio un objeto que flotaba en la bahía. ¡Era Mike! Flotaba como un corcho de botella, y era obvio que estaba inconsciente, pero, aunque parezca extraño, permanecía con la cabeza bastante erguida y fuera del agua.

Doug se puso de pie, gritando:

—¡Tengo que ir a salvarlo!

—¿Sabes nadar? —le gritó Gordon.

—No muy bien, pero es uno de mis muchachos y tengo que hacer algo.

—Yo sé nadar —exclamó Greg Parker por encima del ruido ensordecedor de las olas—. Soy Scout Aguila; llené los requisitos para ser salvavidas y estoy seguro de que puedo hacerlo.

Así que, bien parecido, con cuerpo atlético y con suficiente confianza en sí mismo, Greg caminó cuidadosamente por las rocas y descendió al agua mientras que Mike flotaba cada vez más cerca de las afiladas orillas de un grupo de rocas de lava. Con poderosas brazadas Greg pudo llegar hasta donde estaba Mike y lo arrastró de nuevo hacia mar abierto. Mike se encontraba en shock, y Greg, asiéndolo con un brazo, trató de nadar de costado.

Pero ¿hacia dónde podrían dirigirse? Si nadaban hacia la costa, las poderosas olas los estrellarían contra las rocas. El agua continuamente los cubría, y era imposible no tragar un poco cada vez. El agua salada de mar, cuando se traga, produce vómitos involuntarios, robándole fuerza incluso al nadador más fuerte, y todo el sistema de Greg se vio afectado.

Para ese entonces nuevamente se encontraban muy cerca de las peligrosas rocas. Los desvalidos espectadores apenas pudieron comprender las palabras de Greg:

—¡No puedo! ¡Necesitamos ayuda!

—¡Greg es mi mejor amigo! —exclamó Steve Dudley. Y antes de que alguien pudiera evitarlo, se lanzó a las furiosas aguas. Ahora, en lugar de tener que preocuparse por uno, tenían que preocuparse por tres.

Pero logró llegar a donde estaban los otros dos en el momento en que Mike empezaba a recobrar el conocimiento.

Pudo recordar la horrorosa experiencia de ser succionado por el agua que bajaba por el agujero, la cual lo dejó en una saliente de roca a unos tres o cuatro metros debajo de la superficie. Logró asirse a la roca, pero sólo por unos instantes. El torrente de toneladas de agua lo obligó a soltarse y lo arrastró por un túnel horizontal hacia el mar.

Greg y Steve, uniendo sus esfuerzos, alejaron a Mike de las rocas, y por el momento estuvieron como quien dice a salvo. Gordon le dijo al otro líder de grupo:

—Tengo que estar a solas por un momento; volveré dentro de un minuto.

Se fue detrás de una roca inmensa, donde pudo estar solo, y ofreció una poderosa plegaria al Señor. Le prometió todo lo que tenía o que llegaría a tener; todo lo que Dios quisiera de él, se lo daría gustoso, si sólo le ayudaba a salvar a esos muchachos.

Al regresar de la barrera rocosa, Gordon divisó una pequeña bahía como a doce metros a la derecha. Era también rocosa, pero un poco más resguardada. Quizás los muchachos pudieran llegar hasta allí y aguantar hasta que pudieran llamar a un helicóptero. Habían estado luchando contra las olas durante veinte minutos y Gordon podía darse cuenta de que se estaban cansando rápidamente. Por encima del ruido del viento y de las olas les oyó orar:

—¡Dios, por favor, ayúdanos!

Los muchachos que se encontraban en la costa formaron un círculo y se arrodillaron para orar. Gordon permaneció de pie a un lado, y a su mente acudió un pensamiento que casi parecía una voz que le decía: *Tienes que calmar el mar.*

Su primera reacción fue de asombro ante la presunción de hacer uso de esa clase de poder. Moisés había separado las aguas, pero él era solamente Gordon Daniels. El simple hecho de pensar en hacer algo semejante, algo tan lejos de su límite de comprensión, lo atemorizaba.

Por segunda y tercera vez recibió la misma impresión: *Tienes que calmar el mar.* Tal sentimiento se apoderó de su mente y lo hizo olvidar todo lo demás, con excepción de la siguiente preocupación: *¿Tendré que responder algún día por haber abusado del poder del sacerdocio?*

Levantó el brazo hacia el cielo y, en el nombre de Jesucristo, mandó que las olas se calmaran hasta que pudieran rescatar a los jóvenes. Los que oraban en el círculo se dispersaron y los jóvenes se reunieron alrededor de Gordon a medida que éste repetía el mandato por segunda vez.

Inmediatamente, las olas que habían estado azotando tan implacablemente se calmaron. Luego se formaron dos olas gigantes que llegaron de lados opuestos —desde los cuales no se había originado ninguna ola— y se unieron en un ángulo en el lugar en donde los cuerpos débiles y casi sin vida de los jóvenes luchaban por mantenerse a flote. Estas dos olas alzaron y empujaron levemente a los jóvenes unos catorce metros más cerca de la pequeña bahía.

Uno de los jóvenes espectadores había ido corriendo al camión para conseguir un cojín de esponja; lo tiró con toda su fuerza hacia los nadadores en el preciso momento en que otras dos olas convergían de la misma manera que las anteriores y los empujaban el trecho restante. Se encontraban ahora

puesta. Tres veces tuvieron que retroceder a causa del chorro de agua, y las tres veces regresaron para continuar llamándole en las profundidades en contra de la oposición del viento.

Entre la tercera y la cuarta erupción, se oyó una respuesta, y fue extraordinariamente clara:

—Sí, estoy aquí, y creo que estoy bien.

El alivio que sintieron los hizo experimentar una gran debilidad. Cada vez que el agua brotaba con tanta fuerza, habían esperado ver los restos del cuerpo destrozado del muchacho.

Todos los muchachos se quitaron los pantalones y los ataron para formar un cordón. Mike dejó de responder a los llamados de sus compañeros, quienes bajaron el cordón hacia la oscuridad y le gritaron para que lo agarrara.

Pero las olas —esas olas constantes y frustrantes— se estrellaban contra las rocas, y la interminable acción borboteante continuaba. Dos veces bajaron el cordón, y las dos veces el agua lo devolvió con gran fuerza.

Uno de los mejores amigos de Mike se ofreció a bajar, pero rápidamente se descartó la idea. Por siglos, las corrientes que subían y bajaban habían erosionado la roca de tal manera que no había ningún lugar para apoyarse. Pese a su valentía, la idea nunca habría dado resultado.

Doug Carlsen, con la cara pálida, se sentó encorvado, con la vista fija en el hoyo.

—¿Qué voy a hacer? ¡*Tenemos* que salvarlo!

En ese momento, alguien vio un objeto que flotaba en la bahía. ¡Era Mike! Flotaba como un corcho de botella, y era obvio que estaba inconsciente, pero, aunque parezca extraño, permanecía con la cabeza bastante erguida y fuera del agua.

Doug se puso de pie, gritando:

—¡Tengo que ir a salvarlo!

—¿Sabes nadar? —le gritó Gordon.

—No muy bien, pero es uno de mis muchachos y tengo que hacer algo.

—Yo sé nadar —exclamó Greg Parker por encima del ruido ensordecedor de las olas—. Soy Scout Aguila; llené los requisitos para ser salvavidas y estoy seguro de que puedo hacerlo.

Así que, bien parecido, con cuerpo atlético y con suficiente confianza en sí mismo, Greg caminó cuidadosamente por las rocas y descendió al agua mientras que Mike flotaba cada vez más cerca de las afiladas orillas de un grupo de rocas de lava. Con poderosas brazadas Greg pudo llegar hasta donde estaba Mike y lo arrastró de nuevo hacia mar abierto. Mike se encontraba en shock, y Greg, asiéndolo con un brazo, trató de nadar de costado.

Pero ¿hacia dónde podrían dirigirse? Si nadaban hacia la costa, las poderosas olas los estrellarían contra las rocas. El agua continuamente los cubría, y era imposible no tragar un poco cada vez. El agua salada de mar, cuando se traga, produce vómitos involuntarios, robándole fuerza incluso al nadador más fuerte, y todo el sistema de Greg se vio afectado.

Para ese entonces nuevamente se encontraban muy cerca de las peligrosas rocas. Los desvalidos espectadores apenas pudieron comprender las palabras de Greg:

—¡No puedo! ¡Necesitamos ayuda!

—¡Greg es mi mejor amigo! —exclamó Steve Dudley. Y antes de que alguien pudiera evitarlo, se lanzó a las furiosas aguas. Ahora, en lugar de tener que preocuparse por uno, tenían que preocuparse por tres.

Pero logró llegar a donde estaban los otros dos en el momento en que Mike empezaba a recobrar el conocimiento.

Pudo recordar la horrorosa experiencia de ser succionado por el agua que bajaba por el agujero, la cual lo dejó en una saliente de roca a unos tres o cuatro metros debajo de la superficie. Logró asirse a la roca, pero sólo por unos instantes. El torrente de toneladas de agua lo obligó a soltarse y lo arrastró por un túnel horizontal hacia el mar.

Greg y Steve, uniendo sus esfuerzos, alejaron a Mike de las rocas, y por el momento estuvieron como quien dice a salvo. Gordon le dijo al otro líder de grupo:

—Tengo que estar a solas por un momento; volveré dentro de un minuto.

Se fue detrás de una roca inmensa, donde pudo estar solo, y ofreció una poderosa plegaria al Señor. Le prometió todo lo que tenía o que llegaría a tener; todo lo que Dios quisiera de él, se lo daría gustoso, si sólo le ayudaba a salvar a esos muchachos.

Al regresar de la barrera rocosa, Gordon divisó una pequeña bahía como a doce metros a la derecha. Era también rocosa, pero un poco más resguardada. Quizás los muchachos pudieran llegar hasta allí y aguantar hasta que pudieran llamar a un helicóptero. Habían estado luchando contra las olas durante veinte minutos y Gordon podía darse cuenta de que se estaban cansando rápidamente. Por encima del ruido del viento y de las olas les oyó orar:

—¡Dios, por favor, ayúdanos!

Los muchachos que se encontraban en la costa formaron un círculo y se arrodillaron para orar. Gordon permaneció de pie a un lado, y a su mente acudió un pensamiento que casi parecía una voz que le decía: *Tienes que calmar el mar*.

Su primera reacción fue de asombro ante la presunción de hacer uso de esa clase de poder. Moisés había separado las aguas, pero él era solamente Gordon Daniels. El simple hecho de pensar en hacer algo semejante, algo tan lejos de su límite de comprensión, lo atemorizaba.

Por segunda y tercera vez recibió la misma impresión: *Tienes que calmar el mar*. Tal sentimiento se apoderó de su mente y lo hizo olvidar todo lo demás, con excepción de la siguiente preocupación: *¿Tendré que responder algún día por haber abusado del poder del sacerdocio?*

Levantó el brazo hacia el cielo y, en el nombre de Jesucristo, mandó que las olas se calmaran hasta que pudieran rescatar a los jóvenes. Los que oraban en el círculo se dispersaron y los jóvenes se reunieron alrededor de Gordon a medida que éste repetía el mandato por segunda vez.

Inmediatamente, las olas que habían estado azotando tan implacablemente se calmaron. Luego se formaron dos olas gigantes que llegaron de lados opuestos —desde los cuales no se había originado ninguna ola— y se unieron en un ángulo en el lugar en donde los cuerpos débiles y casi sin vida de los jóvenes luchaban por mantenerse a flote. Estas dos olas alzaron y empujaron levemente a los jóvenes unos catorce metros más cerca de la pequeña bahía.

Uno de los jóvenes espectadores había ido corriendo al camión para conseguir un cojín de esponja; lo tiró con toda su fuerza hacia los nadadores en el preciso momento en que otras dos olas convergían de la misma manera que las anteriores y los empujaban el trecho restante. Se encontraban ahora

Ilustrado por Dick Brown

a menos de tres metros de distancia de la protección de la bahía. Steve tomó el cojín y lo colocó debajo de Mike, y en cuestión de segundos los tres se encontraban al alcance de sus amigos.

El problema que quedaba sin resolver era que la costa en esa región protegida no era diferente al del resto de aquel trecho frío y prohibido. Había grandes rocas, y existía la posibilidad de que de la misma manera que se habían formado aquellas olas milagrosas que los habían arrastrado hacia ese lugar, se formaran otra vez, estrellándolos contra la roca.

Gordon empezó a correr en el instante en que vio que las olas se empezaban a formar. Tenía que llegar a la bahía antes que los exhaustos jóvenes.

Se metió al agua, la cual le llegaba a la mitad del muslo de la pierna, y agarró a Mike. En ese preciso instante las olas pegaron otra vez y una gran oleada los cubrió completamente. Con las manos en alto, contuvo la respiración y entregó a Mike a las manos de sus compañeros que esperaban sobre las rocas de más arriba, e hizo lo mismo con Greg. Steve dejó escapar el cojín y fue arrojado contra las rocas antes de que Gordon pudiera llegar hasta él, sufriendo bastantes raspones en las costillas y los costados.

Mike estaba delirando, pero los tres estaban fuera del agua y estaban vivos.

Todos se sentían completamente exhaustos. Habían pasado aproximadamente cuarenta y cinco minutos llenos de angustia desde el momento en que alguien había preguntado por Mike. Se reclinaron contra el punto de apoyo más cercano que pudieron encontrar, esperando descansar lo suficiente para continuar. Pero Gordon sentía la terrible urgencia de sacarlos inmediatamente de ahí, de modo que empezaron a escalar la roca.

Uno de los jóvenes se acordó de los cheques de viajero que todos tenían en los bolsillos de los pantalones que habían dejado atados en las rocas cerca del respiradero. Iba a devolverse para recuperarlos, pero Gordon le gritó:

—¡No, déjalos! ¡Tenemos que irnos de aquí!

Llevaron a Mike en brazos, y Gordon fue el último en subir. Se volvió para dar una última mirada, justo en el instante en que un rayo de sol se abría paso entre las nubes. Eran casi las cinco de la tarde; se sentía exhausto, pero agradecido.

Al mirar hacia el mar, un nuevo tipo de ola se formó y avanzó hacia él. No era encrespada como las otras, sino suave. Observó fascinado cómo se abría un agujero negro en la cresta de la ola; la parte más negra se curvó y cayó precisamente encima de los pantalones (el lugar en el que todos habían estado segundos antes, y en donde hubiera estado por lo menos uno de ellos si se le hubiera permitido regresar). Cuando el agua retrocedió hacia el mar, las rocas quedaron desnudas; todos los vestigios de los pantalones habían desaparecido; el agua se los había tragado como si nunca hubieran existido.

Cargaron a Mike cuesta arriba tan alto hasta donde les fue posible, y allí se detuvieron para envolverlo en toallas antes de regresar al campamento. Causaron una gran conmoción cuando entraron en el campamento vestidos solamente con ropa interior empapada.

Los bomberos locales trasladaron a Mike, Greg y Steve a un hospital cercano. Las únicas heridas fueron algunas cortadas en las costillas de Steve y un poco de agua salada en los pulmones de Mike. Los médicos mantuvieron a Mike hospitalizado aquella noche, para tenerlo en observación, y estaban sorprendidos de que hubiera vivido para contar lo sucedido. Otras personas habían caído antes en el respiradero, pero nadie había salido con vida.

Steve y Greg recibieron un tributo del alcalde del Condado de Maui, en reconocimiento por su heroísmo excepcional.

En cuanto a Gordon, aún siente escalofríos al pensar en lo terrible de aquella tarde en las desoladas costas de Mauí, y también se maravilla por el hecho de que se le haya permitido tomar parte en el milagro. Hasta la fecha no ha olvidado su promesa. ■

Estas respuestas se dan como ayuda y orientación para los miembros, y no como pronuniamiento de doctrina de la Iglesia

Preguntas y respuestas

Cuando cometo un error al pronunciar la oración sacramental, ¿es preciso empezar de nuevo, o puedo solamente repetir esa frase?

Mark E. Hurst, Secretario Ejecutivo del Comité General de los Hombres Jóvenes

La Santa Cena es una de las ordenanzas más sagradas en las cuales pueden participar los miembros de la Iglesia. Mientras que la ordenanza en sí es muy sencilla, su significado para aquellos que participan de ella —tanto los que la reciben como los que ofician— es esencial. La renovación semanal de los convenios hechos anteriormente, en el momento del bautismo, permite a los participantes volver a hacer las promesas de vivir de acuerdo con el ejemplo de Jesucristo.

Como oficiantes en la mesa sacramental, los presbíteros o los poseedores del Sacerdocio de Melquisedec dignos, a quienes se ha dado esta asignación, se encuentran en la posición única de realzar la experiencia espiritual de los participantes en la ordenanza.

Puesto que las oraciones sacramentales son en realidad pasajes de las Escrituras (Moroni 4:3; Moroni 5:2; D. y C. 20:77, 79), el Señor nos ha dado instrucciones específicas concernientes a la forma de bendecir el pan y el agua. La manera digna y reverente de ofrecer estas oraciones puede constituir la diferencia entre si la ordenanza de la Santa Cena es sumamente espiritual o simplemente superficial y mecánica. Los cursos de estudio del Sacerdocio Aarónico para los jóvenes en edad de ser presbíteros recomiendan la memorización de estas oraciones. El estudio y la comprensión del propósito de la Santa Cena y el significado de las oraciones pueden mejorar grandemente la eficacia de aquellos a quienes se ha asignado que lleven a cabo la ordenanza. Como en la mayoría de las cosas, la preparación y la práctica disminuirá las probabilidades de cometer errores al repetir las oraciones. Pese a que las oraciones se deben leer de las tarjetas (o directamente de las Escrituras), el hecho de que esté familiarizado con ellas y que las haya memorizado le dará al joven la confianza y el conocimiento que necesita para ofrecerlas con reverencia y espiritualidad.

Sin embargo, todos cometemos errores de vez en cuando, y el saber que pueden corregirse fácilmente nos da mayor confianza y disminuye las probabilidades de que erremos. Si el que oficia comete un error pero lo corrige inmediatamente, no es necesario que se repita toda la oración. Si éste no corrige el error, es responsabilidad del obispo indicarle, con tacto y sin avergonzarlo, que es necesario repetir la oración.

Uno de los propósitos principales de la reunión sacramental es participar de la Santa Cena. Además de la importancia de la ordenanza en sí, sirve también para crear un ambiente espiritual para el resto de la reunión. Prepara a los asistentes para estar en armonía con el Espíritu y a sacar más provecho de las enseñanzas del evangelio que recibirán. Los que ofician en la mesa sacramental deben hacerlo con un profundo sentimiento de reverencia por ser instrumentos en hacer llegar las bendiciones a aquellos que participan de la Santa Cena. ■

Preguntas y respuestas

Como diácono, me gustaría saber si existe algún significado particular en el orden en que se administran el pan y el agua durante la Santa Cena. Si entre los asistentes hay alguien que no recibió el pan, ¿sería correcto que tomara el agua primero o debo regresar a buscar el pan para ofrecérselo y después el agua?

Kent E. Pulsipher, obispo, Barrio 20 de Sandy, Estaca Sandy Utah Este.

Ha hecho una pregunta muy importante con respecto a un tema sumamente sagrado. Eso indica que, como diácono, usted considera con visión e inspiración el oficio y deberes al cual ha sido ordenado. Es maravilloso cuando los poseedores del Sacerdocio Aarónico se dan cuenta de la importancia del llamamiento del Señor que ahora desempeñan.

Los jóvenes hermanos del Sacerdocio Aarónico que en forma adecuada preparan, reparten y bendicen los emblemas del sacramento pueden ser una inspiración para los miembros más jóvenes de la Iglesia. El Señor Jesucristo instituyó esta ordenanza personalmente durante la Ultima Cena (Mateo 26:26–28). Este notable acontecimiento precedió brevemente su crucifixión y resurrección. Se dio fin a las ofrendas de sacrificios, reemplazándolas la ofrenda de un corazón quebrantado y un espíritu contrito. Se instituyeron nuevos convenios, los cuales se llevarían a cabo después del arrepentimiento y el bautismo, siendo renovados al participar cada semana del pan y del agua (D. y C. 20:71–74). Estos convenios incluyen el reconocimiento del sacrificio de Cristo, al derramar su sangre y sufrir en la carne; el tomar sobre nosotros el nombre de Jesucristo, y testificar que siempre nos acordamos de El y guardamos los mandamientos que nos ha dado (D. y C. 20:76–79). La promesa subsiguiente es: "para que siempre tengan su Espíritu consigo".

Con relación a la reunión sacramental, ocasión en que se administra la Santa Cena, el presidente Joseph Fielding Smith dijo: "A juicio mío, la reunión sacramental es la *más sagrada,* la *más santa* de todas las reuniones de la Iglesia" (*Doctrinas de Salvación*, 2:320).

Durante la conferencia general de abril de 1983, el élder David B. Haight habló sobre la Santa Cena y reflexionó acerca de la importancia de cantar el himno sacramental como parte del proceso de cambio para mejorar nuestra vida. "En la niñez aprendíamos que para sentir el Espíritu debíamos cambiar nuestros sentimientos y estar en armonía con el sagrado momento, lo que requería que cantáramos el himno sacramental. Al pronunciar las palabras, nuestras almas estaban mejor preparadas para comprender esta ordenanza sagrada" ("El Sacramento de la Santa Cena", *Liahona,* julio de 1983, pág. 14).

Con respecto al procedimiento que se debe seguir, en 3 Nefi:18 el Señor proporciona algunos detalles relacionados con el orden y la estructura de la ordenanza:

"Y aconteció que Jesús mandó a sus discípulos que le llevasen pan y vino.

". . .Tomó el pan y lo partió y lo bendijo; y dio a los discípulos y les mandó que comiesen.

"Y cuando hubieron comido y fueron llenos, mandó que dieran a la multitud.

". . .Mandó a sus discípulos que tomaran del vino de la copa y bebieran de él, y que dieran también a los de la multitud para que bebiesen (3 Nefi 18:1, 3, 4, 8).

Aunque se ha dado énfasis a la renovación de nuestras almas y al hecho de hacer convenios, se debe seguir el orden y el procedimiento delineado por el Señor. "Y siempre procuraréis hacer esto, tal como yo he hecho" (3 Nefi 18:6). El profeta José Smith hizo hincapié en el orden perfecto de la ordenanza cuando recibió, por revelación, el conocimiento del día "preciso" en el cual habrían de organizar la Iglesia (D. y C. 20, prefacio). En esta sección, y en otros versículos de las Escrituras, podemos encontrar las palabras exactas de las oraciones sacramentales (D. y C. 20:77, 79; Moroni 4:3, 5:2) y el orden en el cual debían administrarse el pan y el vino (que después fue reemplazado por el agua). Quizás la pequeña diferencia en las palabras de las dos oraciones sugiere un compromiso progresivo. La bendición del pan dice: "que están dispuestos a tomar sobre sí

Preguntas y respuestas

el nombre de tu Hijo". La bendición del agua dice: "que siempre se acuerdan de él".

Esta parte de nuestra experiencia de adoración, si se lleva a cabo en forma adecuada, no sólo bendecirá la vida de los jóvenes, sino que también nos preparará para las ordenanzas y los convenios "precisos" los cuales se han de experimentar en los templos del Señor y nos identificarán como "discípulos de Cristo". ■

¿Cómo puedo llevarme mejor con mi compañero de misión?

Joe J. Christensen, ex presidente del Centro de Capacitación Misional en Provo, Utah

Uno de los logros más importantes que usted debe alcanzar durante su misión es indudablemente el llevarse bien con sus compañeros. A continuación se encuentran algunas sugerencias que pueden ayudarle a mejorar su asociación con su compañero:

1. Haga el propósito de servir a su compañero. Una de las mejores formas de desarrollar amor por nuestro prójimo es brindando servicio en forma muy personal. Dos compañeros de misión que habían tenido algunas dificultades descubrieron este principio cuando uno de ellos enfermó y tuvo que permanecer en cama durante un día. El élder Blake hizo todo lo posible por ayudar a su compañero enfermo. El élder Waite estaba muy sorprendido cuando despertó y se dio cuenta de que durante el tiempo que había estado con fiebre y durmiendo, el élder Blake le había lustrado sus zapatos y también se había asegurado de que todo se encontraba en orden en el apartamento. "Empecé a darme cuenta", dijo el élder Waite, "de que necesitaba hacer más por mi compañero. Desde aquel día se desarrolló entre nosotros un aprecio mutuo y una gran amistad."

2. Estudien y oren juntos todos los días. Hay una gran fortaleza en el mensaje del evangelio. Si los compañeros en la misión estudian diariamente las Escrituras y los principios del evangelio, con una actitud devota, es mucho más fácil vencer las diferencias que puedan surgir. Cuando usted ore individualmente, y especialmente con su compañero, agradezca a nuestro Padre Celestial el privilegio de servir con una persona que posee tantas cualidades como su compañero. Ore también para poder vencer sus diferencias y llevarse bien.

3. Aprenda a hablar en una forma positiva con respecto a sus diferencias. Recuerde que todos tenemos defectos y algunas peculiaridades que pueden dificultar que otras personas se ajusten a nuestro modo de ser. Solamente ha habido una persona perfecta en este mundo, y es, naturalmente, el Salvador. Todos los demás somos imperfectos. Debemos reconocer desde el principio que habrá algunas diferencias y que necesitaremos estar listos para trabajar diligentemente para vencerlas. Se aconseja a los misioneros que regularmente lleven a cabo un "inventario de compañeros", durante el cual deben expresar, de manera muy positiva y abierta, las maneras en que podrían mejorar su asociación mutua. Una buena pregunta que con frecuencia deberían hacerle a su compañero es la siguiente: "¿Qué puedo hacer para ser un mejor compañero?"

4. Propóngase a vivir de acuerdo con todo lo que se espera de un misionero. Si usted está viviendo de acuerdo con principios correctos, su compañero nunca tendrá ninguna excusa para tener sentimientos negativos hacia usted porque no está obedeciendo las reglas misionales. Un misionero cuyo compañero no esté dedicado completamente a la obra puede sentirse bastante presionado. En una de sus cartas a sus padres un misionero escribió lo siguiente: "Las cosas no andan muy bien por aquí últimamente porque no puedo lograr que mi compañero se levante temprano y trabaje duro". Asegúrese de que sus compañeros nunca tengan motivo para decir algo semejante acerca de usted, y sus lazos de amistad se fortalecerán.

Los misioneros que aprenden a llevarse bien con sus compañeros desarrollan la habilidad de ajustarse a una gran variedad de personalidades. Esta experiencia no sólo les ayuda a ser buenos misioneros, sino que mucho después de la misión esta habilidad les ayudará a lograr éxito en el trabajo, en el servicio a la Iglesia y especialmente en su vida matrimonial y familiar.

Todos se benefician cuando los misioneros aprenden a llevarse bien entre sí. Recuerde que el Espíritu no estará presente en una atmósfera de contención y oposición, y que sin el Espíritu los misioneros no tendrán éxito. ■

Éstos son vuestros días

por el élder Neal A. Maxwell
del Quórum de los Doce

El desear haber vivido en otra época, aunque es a veces comprensible, por lo general no es algo muy útil. Un personaje de la época del Libro de Mormón escribió: "Sí, si hubiesen sido aquellos días los míos, entonces mi alma se habría regocijado en la rectitud de mis hermanos" (Helamán 7:8). Sin embargo, ese líder llegó a saber cómo el llamamiento de Dios para servir en un período de tiempo en particular es tanto una parte de Su llamado como lo es llevar a cabo ciertos deberes en nuestros días.

Por lo tanto, juventud de la Iglesia, por llamamiento divino, ¡éstos son vuestros días! Viviréis en una época en que se están cumpliendo profecías, donde se está haciendo historia, de promesas especiales, de marcados contrastes, y de afirmaciones benditas.

En calidad de generación naciente, podréis, en mi opinión, evitar el error de algunos jóvenes de la antigüedad: "Y se levantó después de ellos otra generación que no conocía a Jehová, ni la obra que él había hecho por Israel" (Jueces 2:10).

Y de la misma manera, evitaréis el triste resultado que experimentó otra generación, acerca de la cual leemos: "Porque he aquí, tenían muchos hijos que crecieron y aumentaron en años hasta actuar por sí mismos, y unos . . . los indujeron . . . a unirse a esos ladrones de Gandiantón" (3 Nefi 1:29).

En igual forma veréis a algunos de vuestros amigos en la Iglesia, quienes han recibido la misma instrucción que vosotros, perderse, volverse disidentes, "olvidándose enteramente del Señor su Dios" (véase Alma 47:36).

Cuando tenía 18 años, fui, casi directamente de la graduación de la escuela secundaria, a la Segunda Guerra Mundial, y llevé conmigo una copia de carbón de mi bendición patriarcal, la cual se puso muy borrosa. La leía para recibir consolación y seguridad constantes cuando era un joven y temeroso soldado de infantería durante el combate de la Isla de Okinawa, en el Pacífico. Poco antes de esa experiencia, había sufrido una crisis en la escuela secundaria en lo relacionado con mi amor propio. El haber criado cerdos como parte de un proyecto de un club agropecuario no me ayudó mucho en mi vida social; tampoco lo hizo el hecho de tener severos problemas de acné; y como si eso fuera poco, por motivo de mi corta estatura, tampoco pude llegar a formar parte del equipo de baloncesto. Todas estas cosas se habían combinado para producir una intensa decepción personal, justo antes de partir hacia la guerra.

Pero a medida que me alejaba del hogar de mis padres, amorosos y buenos, sabía quién era y podía darme una idea de lo que el futuro me deparaba. Sabía, también, que el Señor me amaba, aunque en otros aspectos me encontraba inseguro y precupado.

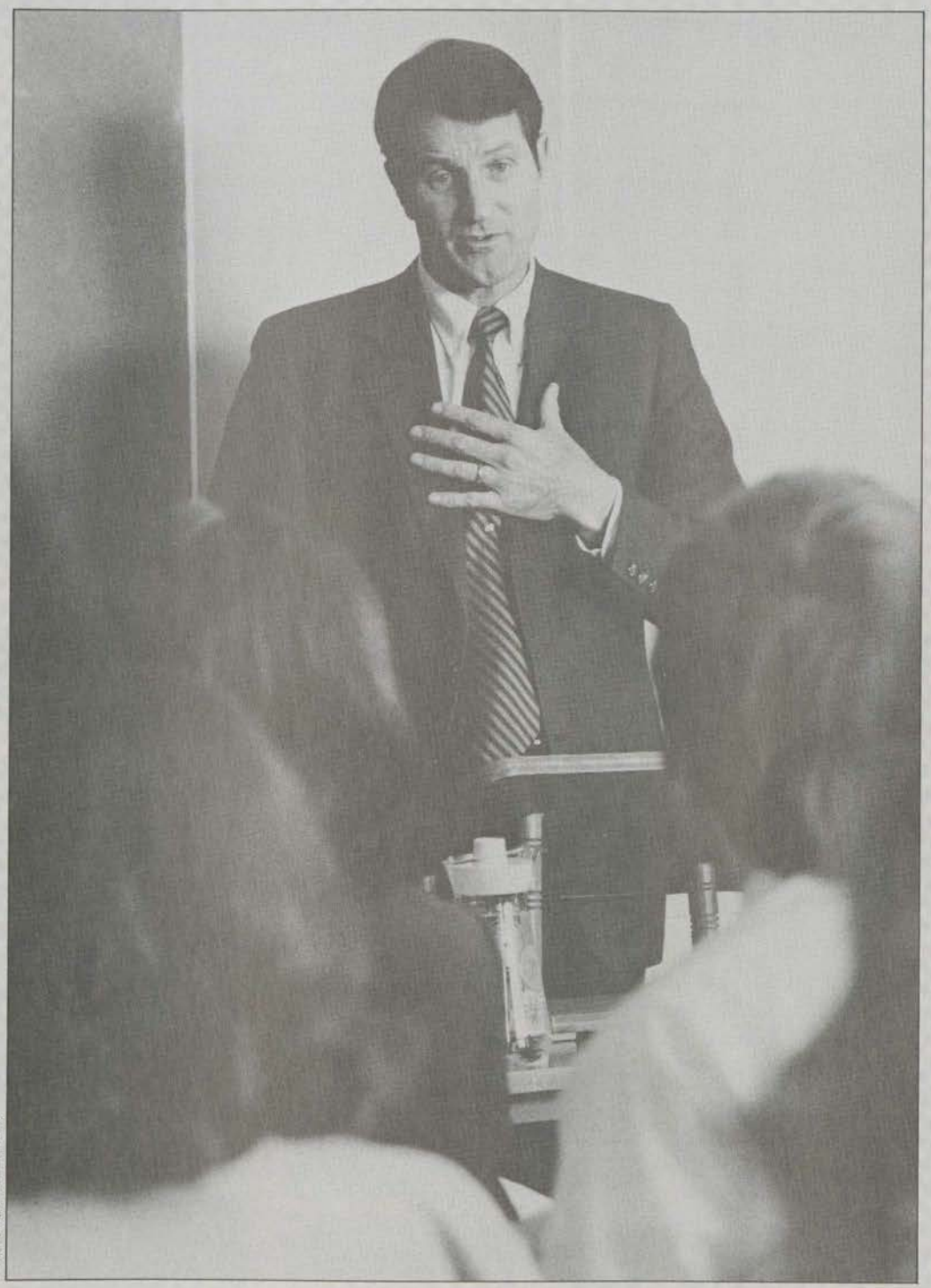
Algunos de vosotros, jóvenes que formáis parte de la creciente generación de los Santos de los Ultimos Días, me dais la impresión de estar espiritualmente más adelantados, y de tener algunas de las cualidades de tres jóvenes llamados Sadrac, Mesac y Abednego. Estos jóvenes discípulos se negaron a postrarse y a adorar el ídolo de oro del rey Nabucodonosor. Cuando se encontraron ante la posibilidad de perder la vida en el incinerador, dieron una de las respuestas clásicas de toda la historia humana. Su fe incondicional y su confianza estaban completamente en el Señor . . . quien podría o no salvarlos, pero no importaba.

"He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, o rey, nos librará.

"*Y si no,* sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado" (Daniel 3:17–18, cursiva agregada).

El Señor estará con vosotros a medida que hagáis frente a vuestros hornos de fuego. Y podéis estar seguros de

Mirad hacia un futuro claro y brillante.
Estáis en esta época y en estas circunstancias por llamamiento divino.
Dios os conoce y sabe lo que sois capaces de hacer



Fotografía por Grunt Heaton.

Viviréis en una época en que la paz habrá sido quitada de la tierra. Pero podéis tener la paz de Dios en vuestros corazones y hogares.

que tales experiencias se presentarán, tal como lo dijo Pedro:

"Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese" (1 Pedro 4:12).

Entre las sugerencias que quiero haceros en éstos, vuestros días, están las siguientes:

1. Aprended a desarrollar reflejos correctos, los cuales os ayudarán al enfrentar cada nueva tentación. Aquellos que tienen que decidir cada vez que se enfrentan a las tentaciones no solamente pierden tiempo, sino que hasta pueden perder sus almas.

2. Aprended a distinguir entre el gozo y el placer. Por ejemplo, no dejéis que la risa del mundo os engañe; se trata solamente de un grupo solitario que trata de reconfortarse.

3. Guardad la fe, y la fe os guardará.

4. Divertíos sanamente, pero aprended la sobriedad del gozo.

5. Sed diferentes del mundo para poder hacer la diferencia en él.

6. Aprended a ver las drogas, el alcohol, la pornografía y la inmoralidad como lo que en realidad son: ataques directos y audaces en contra de vuestra libertad personal y de vuestras probabilidades de ser felices. Estas cosas destruyen el cuerpo y la mente; reducen a cenizas el discernimiento del alma. El celebrar malamente vuestra capacidad de sentir destruirá tal capacidad.

7. No permitáis que vuestros estados de ánimo ataquen vuestras creencias. Lo que está escrito en el Libro de Mormón es cierto, sin importar lo que tengáis en vuestro calendario social.

8. El tiempo sigue su marcha en vuestra vida, aunque seáis jóvenes. A medida que maduráis, las semanas se vuelven días, los meses semanas, y los años meses. Tarde o temprano diréis con Jacob, "nuestras vidas también han pasado como si fuera un sueño" (Jacob 7 :26). Más aún, el tiempo pasa más rápidamente cuando nos encontramos felices y ansiosamente dedicados a algo: "Así sirvió Jacob por Raquel siete años; y le parecieron como pocos días, porque la amaba" (Génesis 29:20).

9. Podéis saber por vosotros mismos que Jesús vive, que ésta es su Iglesia y que Su evangelio es verdadero. Pero hay sólo una forma, y no hay atajos ni caminos más fáciles: "El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta" (Juan 7:17).

10. No siempre podréis explicar lo que os está pasando personalmente o lo que está pasando a vuestro alrededor. De allí la necesidad de una fe y una confianza profundas en nuestro Padre Celestial. Podéis aprender a decir con Nefi: "Sé que ama a sus hijos; sin embargo, no sé el significado de todas las cosas" (1 Nefi 11:17). Esto es todo lo que a veces podemos saber, ¡y sin embargo es suficiente!

Dios os ha llamado y puesto en la tierra en esta época y en estas circunstancias, y os conoce mejor que vosotros mismos y sabe lo que sois capaces de hacer. Sin embargo, Dios no se contentará con que permanezcáis como sois ahora, aunque seáis muy buenos, ¡porque El sabe lo que podéis llegar a ser!

Tendréis suficientes desafíos y vuestros días serán como los días de Noé (véase Mateo 24:37–42). Pero ésta también será una época en que la Iglesia progresará y sus miembros estarán diseminados por toda la faz de la tierra (véase 1 Nefi: 4:14).

Se establecerán más y más estacas de la Iglesia, así como también más templos.

Sí, viviréis en una época en que la paz habrá sido quitada de la tierra (D. y C. 1:35). Pero podéis tener la paz de Dios en vuestros corazones y hogares —la cual sobrepasa todo entendimiento (véase Juan 14:27; Filipenses 4:7).

Sí, viviréis en una época en la cual, por motivo de la iniquidad, el amor de muchos se enfriará (véase Mateo 24:12). Pero aún podréis tener amor en vuestros corazones y en vuestros hogares.

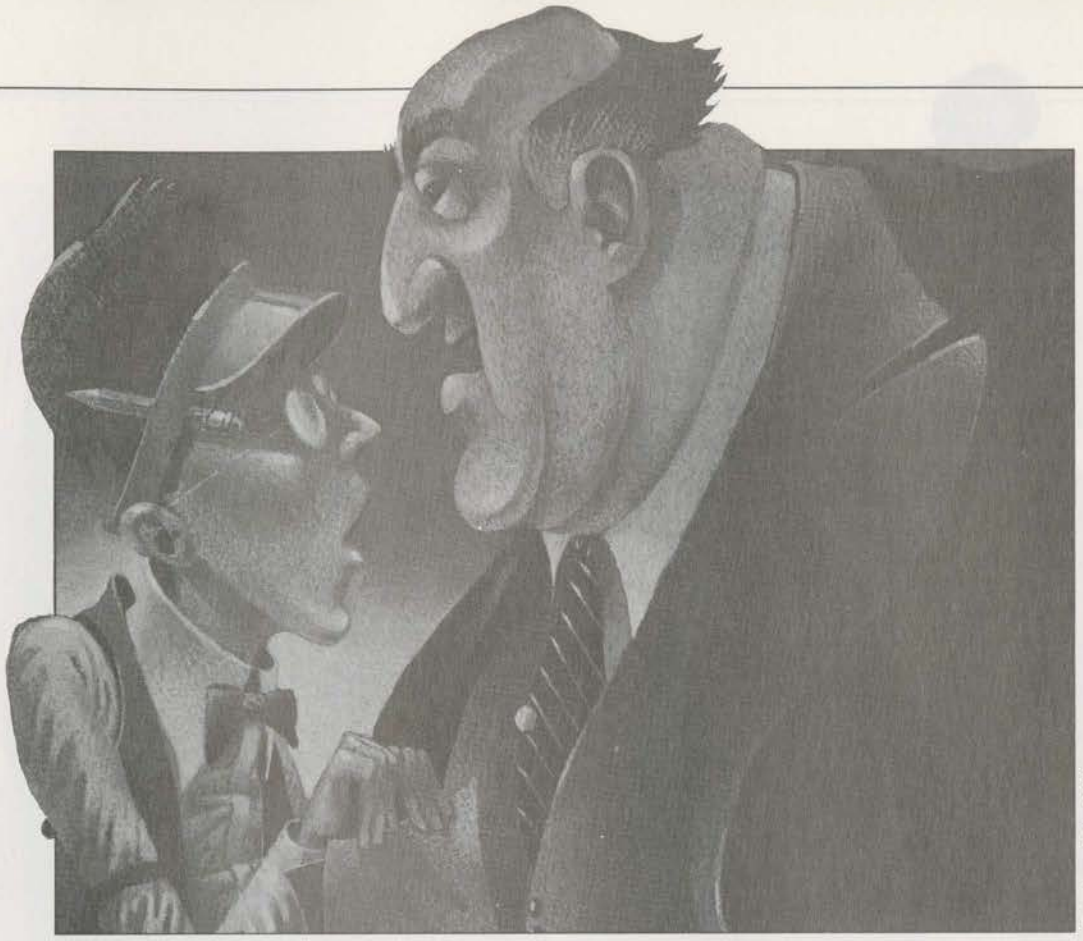
Sí, viviréis en una época en la cual muchos, por causa de la iniquidad, se desesperarán por las circunstancias de la humanidad (véase Moroni 10:22). Pero podéis contaros entre el pueblo de Dios, que tendrá "por armas la justicia y el poder de Dios en gran gloria" (1 Nefi 14:14). El Señor estará en medio de todo su pueblo; lo guiará y a vosotros también.

"Y no podéis llevar ahora todas las cosas; no obstante, tened buen ánimo, porque yo os guiaré. De vosotros son el reino y sus bendiciones, y las riquezas de la eternidad son vuestras" (D. y c. 78:18).

"Y habrá grandes tribulaciones entre los hijos de los hombres, mas preservaré a mi pueblo" (Moisés 7:61).

Sí, viviréis en una época en la cual a muchos no les importarán las sagradas Escrituras (véase Moisés 1:41); pero veréis cómo las Escrituras —tanto antiguas como modernas— crecerán juntamente (véase 2 Nefi 3:12), especialmente a medida que aprendáis a usarlas.

Sí, también viviréis en una época en la cual más y más gente considerará a Jesús como "cosa de ningún valor" (1 Nefi 19:9); algunos lo considerarán como un simple hombre (véase Mosíah 3:9); pero vosotros podéis considerarlo como vuestro Pastor y Modelo. Por otra parte, Su mandamiento para vosotros es que lleguéis a ser "aun como yo soy" (3 Nefi 27:27). ■



Ilustrado por Richard Hull

Bolsillos llenos de piedras

por Larry Hiller

Malcolm Tento era todavía muy joven cuando empezó a ponerse piedras en los bolsillos. Todo empezó un día cuando su jefe, el señor Gump, se enojó con él por algo de lo que no había tenido la culpa. No pudo contestarle mal al jefe porque podía perder su trabajo; de hecho, no había nada que pudiera hacer, excepto guardar el rencor para sí mismo.

Pero nunca olvidaré esto, pensó.

En camino a casa esa noche, después de bajar en la parada del autobús, pensó: *Tengo que acordarme de lo enojado que estoy. No quiero que para mañana se me olvide.* De pronto se le ocurrió una idea. Sobre la acera estaba tirada una pequeña piedra; la recogió y se dijo suavemente: *Guardaré esta piedra en el bolsillo para que me recuerde de lo injusto que fue mi jefe.*

Y así lo hizo. Esa noche puso la piedra sobre la cómoda, junto con sus llaves y el peine. A la mañana siguiente, cuando se vistió para ir al trabajo, se metió la fea piedra gris en el bolsillo.

Todo ese día y el siguiente, el pesado bulto que llevaba en el bolsillo le recordó que debía estar enojado con éste. Como cosa rara, parecía que el señor Gump había olvidado el incidente. Pero no Malcolm Tento; eso sí que no. De hecho, durante las dos semanas siguientes, el señor Gump lo hizo enojar muchas otras veces, y éste decidió que sería mejor meterse una piedra en el bolsillo por cada vez que lo hacía enojar para poder llevar cuenta.

Fue de esa manera que los pantalones de Malcolm Tento empezaron a tener un aspecto abombado y extraño. Pero al menos le recordaban que no debía perdonar al señor Gump, ni ser amable ni nada por el estilo.

Quizás si Malcolm hubiera recogido piedras solamente cuando se enojaba con el señor Gump, el asunto se habría olvidado y acabado. Pero no; también estaba el taxista que no quiso parar y lo había dejado parado bajo la lluvia. A su bolsillo añadió una piedrecita lisa y resbalosa que encontró en el pavimento. (Por supuesto, Malcolm no tenía idea de quién era el taxista, pero no importaba.) Después se enojó con el dependiente del supermercado por no

haberle dado el cambio correcto. Y no hay que olvidar al muchacho que repartía periódicos y que tiró el de Malcolm en un charco. Además estaba el vecino que tenía un perro que ladraba hasta altas horas de la noche. Y . . . bueno, Malcolm descubrió que el mundo estaba lleno de gente y de cosas que le hacían la vida imposible.

Y hablando de descubrimientos, Malcolm también descubrió que cuando uno trae los bolsillos llenos de piedras, es muy difícil que el cinturón pueda sostenerle los pantalones. (Hizo este descubrimiento cuando llevaba paquetes con comestibles en ambos brazos.) Así que confeccionó un resistente par de tirantes de cuero para que le sostuvieran los pantalones.

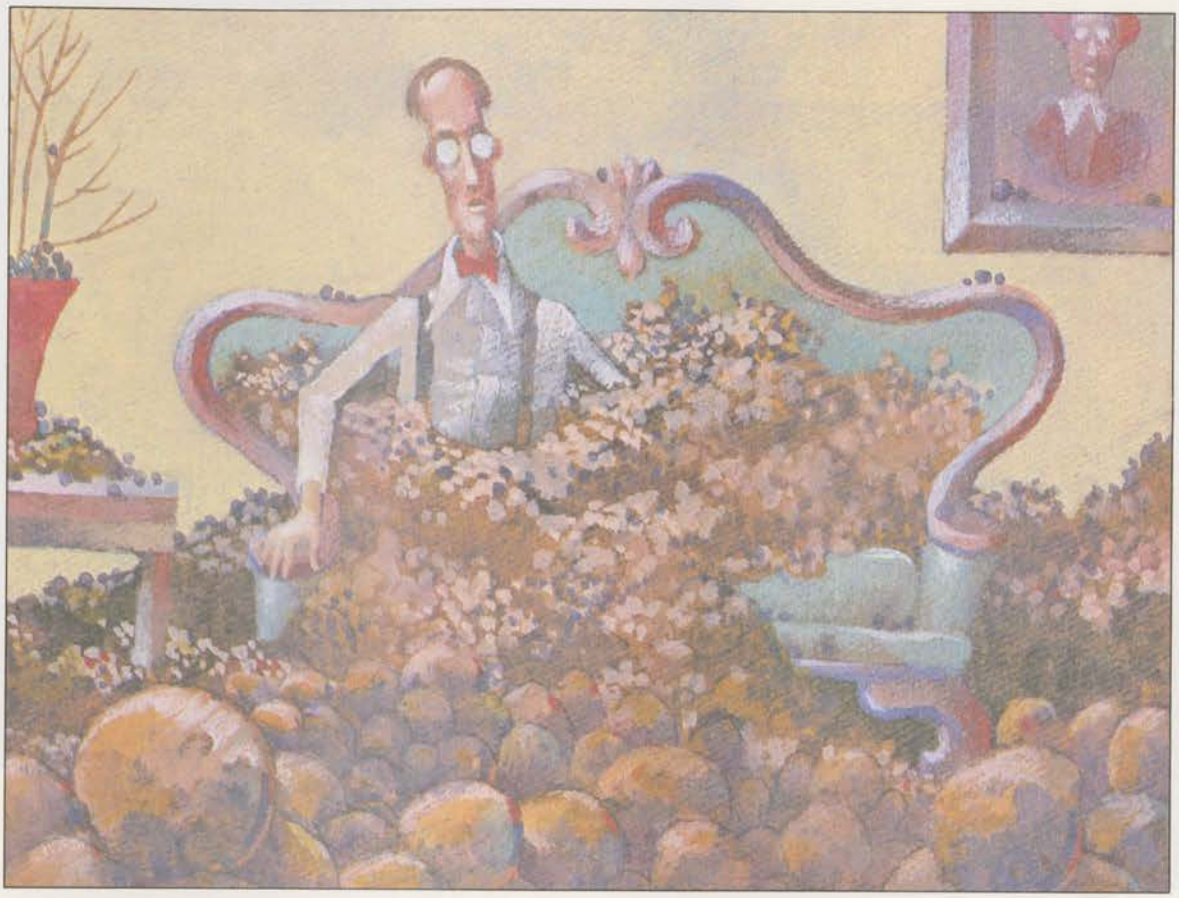
Pero pronto llegó el día en que ya no tuvo suficientes bolsillos en los pantalones, así que tenía que llevar puesta una chaqueta a todos lados a donde iba —una con muchos bolsillos. Y pronto la chaqueta empezó a lucir tan extraña como sus pantalones, con el mismo olor a polvo, y que se puso más pesada aún porque tenía más bolsillos.

Cualquiera se hubiera dado por vencido al llegar a este punto, pero no Malcolm, quien compró una valija de esas muy durables que usan los vendedores ambulantes. Después de todo, cuando uno empieza a buscar cosas que le molestan en la vida, es muy fácil encontrarlas. Y cuando uno está muy cansado de cargar tantas piedras todo el día, se enoja más fácilmente.

Pasaron los años, y su colección de piedras que le servían de recordatorios se empezó a desbordar desde sus bolsillos y valija hasta su casa. Tenía piedras en el lavadero de la cocina, en los armarios y en todo el piso. Algunas veces hasta llegó a poner una piedra sobre su cama para que le recordara que debía estar enojado durante la noche.

La verdad es que Malcolm se había convertido en un hombre extraño y desagradable. Y la mayoría de la gente no quería tener nada que ver con él, lo que le enfadaba aún más. Las piedras no son muy buena compañía; son duras y polvorientas, y en el invierno son sumamente frías.

Ahora, Malcolm bien hubiera podido llegar a ser un viejo despreciable y cubierto totalmente de piedras. Pero un día recibió una llamada telefónica



de un profesor de geología de la universidad local. El doctor Igneo había oído hablar de Malcolm y su gran colección de piedras (¿y quién no había oído hablar de ella?), y deseaba llevar a sus alumnos para que la vieran.

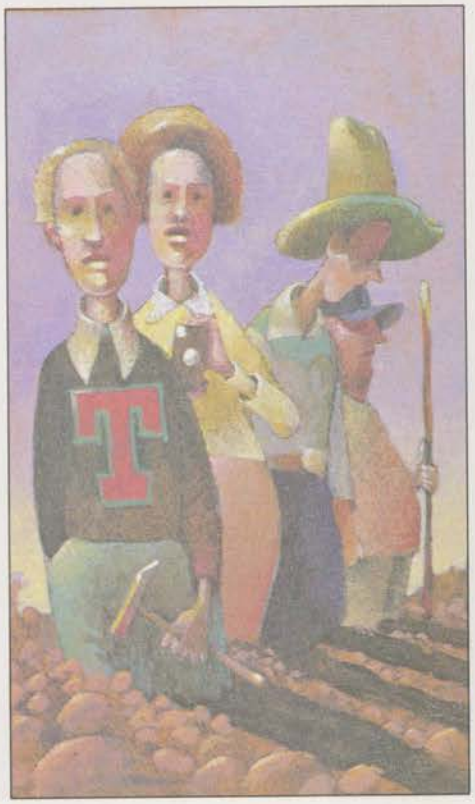
Bueno, por fin hay alguien a quien le interesan mis piedras. Sólo que esperen hasta ver todos estos recordatorios de las veces que alguien me ha hecho un mal, pensó Malcolm. Así que hicieron una cita para el sábado siguiente y Malcolm se pasó toda la semana limpiando y ordenando.

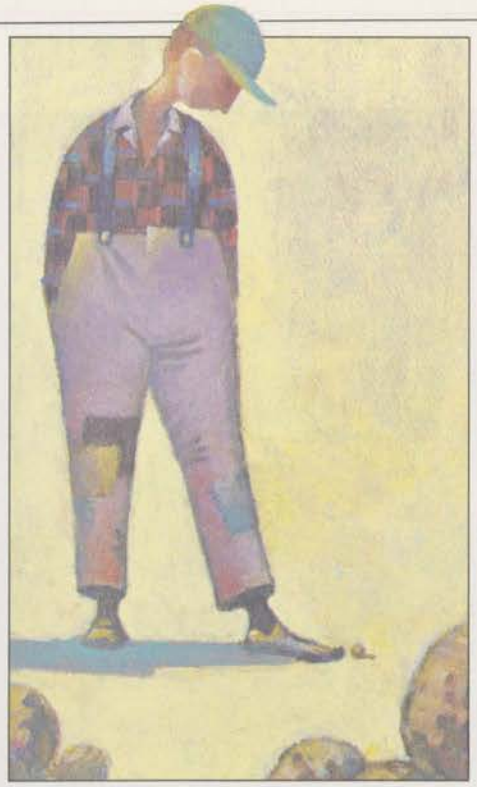
Por fin llegó el día esperado, y a las dos de la tarde sonó el timbre de la puerta. Allí, en el porche, se encontraba el profesor Igneo con siete de sus mejores alumnos, todos ataviados con sus mejores vestidos de excursión. Algunos traían martillos especiales para quebrar piedras, los cuales les colgaban de sus cinturones, y uno o dos llevaban cámaras fotográficas. Y todos llevaban cuadernos y lápices.

El profesor Igneo tenía un aspecto común, pero tenía una amplia sonrisa y su piel estaba bronceada por haber pasado tantos años trabajando bajo el sol. De hecho, había algo en sus ojos que lo hacía diferente: eran profundos y obscuros, pero tenían una chispa que indicaba que disfrutaba de la vida. Y cuando miraba a las personas, lo hacía de la misma forma en que miraba a las formaciones de piedras y a las montañas, es decir, como si quisiera traspasarlas con la vista. Era un científico a quien le gustaba la gente tanto como sus rocas.

Cuando el profesor y los alumnos entraron a la sala llena de piedras, Malcolm esperaba escuchar expresiones de admiración, como las que se escuchan durante una exhibición de fuegos artificiales. En vez de ello, todos guardaron un silencio que le hizo sentir incómodo. Los visitantes sólo permanecieron de pie, pateando suavemente algunas de las piedras. Los alumnos dirigieron la mirada al maestro, esperando que dijera algo. Después de todo, no se trataba de la colección de piedras preciosas y minerales que habían esperado, sino de pedazos ordinarios de piedra caliza, arenisca y cuarzita. ¡Incluso había trozos de asfalto y concreto!

—Ejem —dijo por fin el profesor Igneo, aclarándose la garganta—.





¿Quisiera ser tan amable de explicarnos la naturaleza de su colección, señor Tento? A decir verdad, le aseguro que nunca hemos visto una igual.

Todos los alumnos asintieron con la cabeza, apoyando la opinión del profesor.

Bueno —dijo Malcolm, nervioso—. Yo, ejem . . . quiero de cir. . .

Hacía tanto que no le dirigía la palabra a nadie.

El profesor podía darse cuenta del nerviosismo de Malcolm. El pobre tragaba saliva continuamente y la nuez de la garganta le subía y bajaba sin cesar. (Algunos de los alumnos pensaron que se estaba tragando una de las piedras.)

Con la intención de ayudarle, el profesor dijo:

—¿Por qué no comienza por decirnos *por qué* escogió usted *estas* piedras? —Tomó una piedra grisácea y ordinaria que se parecía a todas las demás—. ¿Por qué eligió este trozo de piedra caliza para su colección?

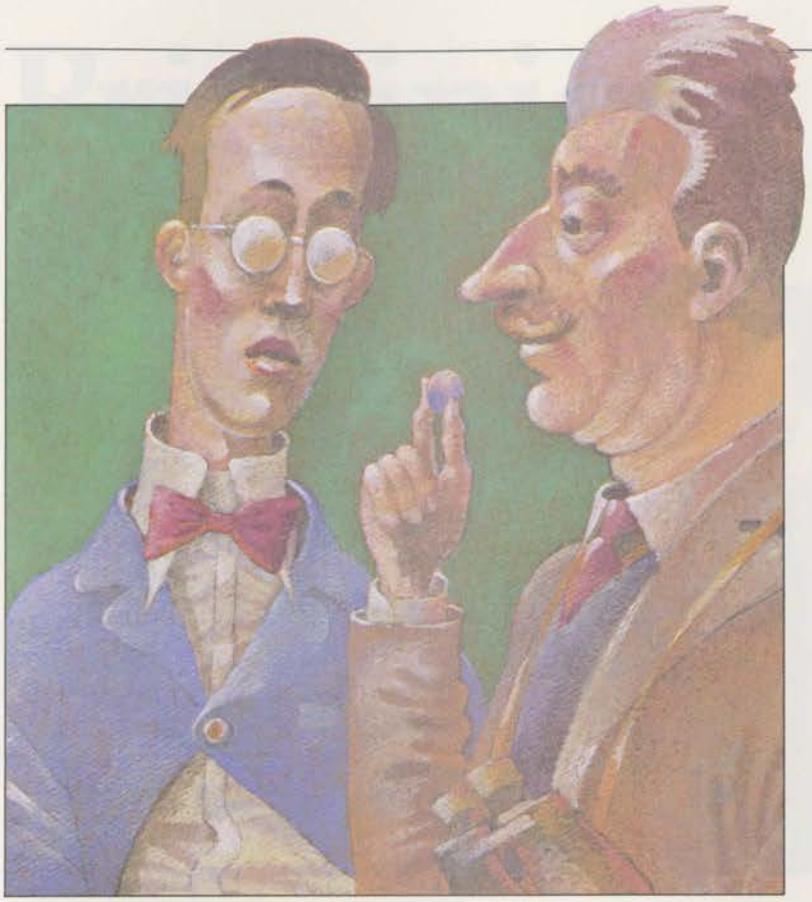
—Oh, ¿*así* se llama? Bueno, creo que esa la recogí cuando en la lavandería no tenían listas mis camisas. ¡No, esperen! Creo que fue cuando cancelaron mi programa favorito de televisión. ¿O fue cuando entré corriendo en la casa para contestar el teléfono y habían marcado el número equivocado? O. . .

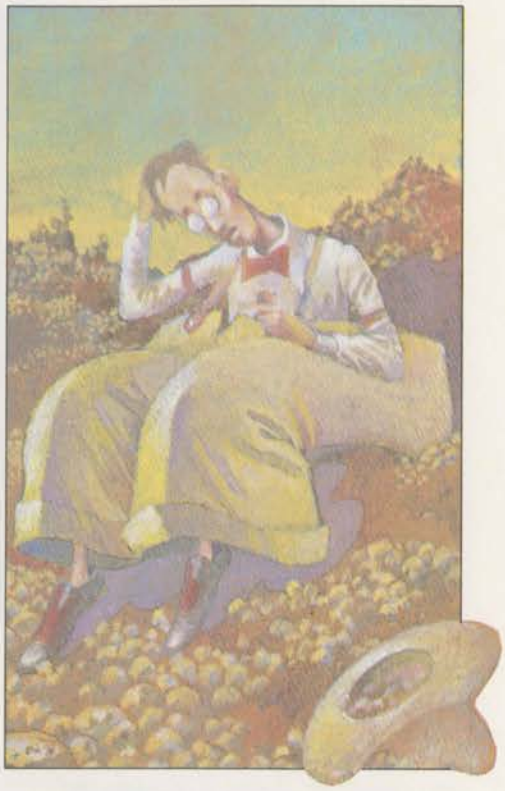
Hizo una pausa para hacer memoria. ¡Tenía tantas piedras! Y todas se parecían; eran grises, frías, duras y polvorientas. De pronto, Malcolm se dio cuenta de que eso era todo lo que el profesor Igneo y sus alumnos podían apreciar en ellas. Para todas las demás personas, éstas eran piedras comunes y corrientes; Malcolm tenía que explicarles su situación para que comprendieran.

—Estas piedras representan mucho más de lo que ustedes se imaginan. Cada una representa la ocasión que alguien me hizo enojar, o no fue muy amable conmigo, o hirió mis sentimientos. Las recogí como un recordatorio de todas esas cosas.

El profesor y los alumnos no salían de su asombro. Todos empezaron a hablar al mismo tiempo: "Nunca oí de tal cosa." "¿Cuánto hace que se dedica a ello?" "¿Puedo tomarle una foto con sus piedras?" "¡Qué excursión tan educativa!"

El profesor Igneo tomó de nuevo la





palabra y todos guardaron silencio.

—Bueno, señor Tento —dijo pausadamente—, debo admitir que usted es la primera persona que he conocido que colecciona piedras por esa razón. —Pausó y miró a su alrededor—. Ha sido muy amable en invitarnos a su hogar y no queremos quitarle demasiado tiempo. Pero, ¿piensa que ya que nos encontramos aquí podríamos ver su otra colección?

Malcolm tenía una expresión de desconcierto.

—No tengo otra colección —dijo.

—Ya veo. Pensé que tal vez habría coleccionado algo que le recordara las cosas buenas que alguien haya hecho o dicho de usted. Pero, bueno, no importa.

Quizás ya es hora de que nos retiremos. Muchas gracias por permitirnos venir a su casa; creo que mis alumnos han aprendido algo muy importante.

El profesor reunió a sus alumnos y se encaminaron hacia la puerta. Entonces, dirigiéndose hacia Malcolm una vez más, le dijo:

—Todavía tenemos algo de tiempo. ¿Podría ser tan amable de indicarnos en dónde podemos encontrar a algunas de las otras personas que tienen colecciones similares a la suya?

Una vez más, Malcolm se encontraba sin palabras, pero se las arregló para decir:

—No conozco a nadie que tenga una colección como la mía.

—Oh, pensé que quizás algunas de las personas que usted conoce habrían coleccionado algo cada vez que usted . . . es decir . . . si es que usted alguna vez . . . uh . . . les molestó o hirió sus sentimientos.

Entonces, rápidamente, agregó:

—Bueno, adiós y muchas gracias otra vez.

Sin esperar respuesta, el profesor y sus alumnos salieron hacia la calle y se alejaron.

Mucho después de que se habían ido, Malcolm permaneció inmóvil, como una de sus piedras —frías, grises e impasibles. Las palabras del profesor resonaban en su interior. A su alrededor la casa permanecía en silencio; a decir verdad, estaba demasiado silenciosa. De pronto se dio cuenta de lo agradable que había sido escuchar la amena conversación de los alumnos.

¡Hacía tanto tiempo que no tenía una conversación amigable con nadie! Y ahora que se daba cuenta, ¿tenía todavía algún amigo?

Entonces, antes de que pudiera evitarlo, acudió a su mente el siguiente pensamiento: *Me estoy volviendo como mis piedras*. Mientras se encontraba solo en la obscuridad, por fin se dio cuenta de que las piedras no eran compañía muy agradable, y cuán desagradable había . . . bueno, algunos pensamientos son difíciles de pensar, ni se diga el expresarlos en voz alta.

Por varios días, durante largas horas, Malcolm permaneció inmóvil como una roca, pensando en su dura situación. Cualquiera habría pensado que se había llegado a petrificar. Pero, en lo profundo de su ser, algo estaba despertando y empezando a germinar, al igual que una semilla en terreno primaveral.

Si alguien supone que es difícil encontrar un hogar para una camada de gatos u otros animalitos, debería tratar de encontrar a alguien que quiera un montón de piedras grisáceas, ordinarias y polvorientas. De hecho, que sólo trate de recogerlas cuando se encuentran regadas por todas partes. Malcolm trató de contratar a alguien para que hiciera la limpieza, pero todos le dijeron lo mismo:

—¡No lavo ventanas ni recojo piedras!

Un rótulo que decía "Se regalan piedras" tampoco le dio resultado. Finalmente se dio cuenta de que era algo que tendría que hacer por sí mismo.

Los vecinos aún se acuerdan del día en que Malcolm alquiló un enorme vagón para transportar las piedras, y de la nube de polvo que se levantó cuando las echaba en el vagón con una pala. También comentan acerca del cambio en la apariencia de Malcolm, de cómo su ropa le queda mejor (¿será que ha bajado de peso?), y de que ahora hasta sonríe.

Los vecinos también señalan orgullosos hacia el atractivo jardín, con árboles, flores y arbustos por todos lados. No tienen ninguna explicación por su repentino interés en la jardinería. Pero una de las vecinas se dio cuenta de que, después de que ella le llevó un trozo de pastel, Malcolm salió al jardín y sembró una sola semilla. ■

Principios

Por el élder Boyd K. Packer
del Quórum de los Doce

La esencia verdadera de la función del sacerdocio no consiste en los procedimientos, sino en el conocimiento y la enseñanza de los principios y la doctrina.

La siguiente es una versión editada de un discurso pronunciado en el Seminario de Representantes Regionales como parte de las actividades de la conferencia general, el 6 de Abril de 1984.

Recibí la asignación de hablar acerca del llamamiento de misioneros. El Señor nos ha mandado predicar el evangelio. Las escrituras repiten ese mensaje más de ochenta veces —más de 80 veces: "Predicad el evangelio a toda nación, tribu, lengua y pueblo", y esa es razón suficiente para hacerlo. Quisiera añadir otra razón para llamar misioneros. Creo que si tan sólo comprendiéramos, si pudiéramos captar el significado de ello, nos impulsaría a tomar una mayor determinación de asegurarnos de que todo joven se encuentre digno de recibir un llamamiento misional. Salvo aquellos que tengan algún serio impedimento, todo joven debe ser lo suficientemente digno para recibir un llamamiento misional.

Ahora, considerando como es el mundo, no hacemos el mismo hincapié en que las hermanas reciban un llamamiento misional. Por un lado, el número de lugares seguros a donde se pueden asignar hermanas es muy limitado en cada misión. Tenemos algunas misiones en donde casi predomina el número de hermanas. No es que debamos dejar de llamar a hermanas para que sirvan en el campo misional; sino llamar a un número cada vez mayor de élderes.

Si pudieseis comprender lo que quiero comunicaros acerca del llamamiento de misioneros, comprenderíais que éste no sólo es esencial para el *crecimiento* de la Iglesia sino también para su *seguridad*. Supongo que el mejor título para lo que quiero decir sería la palabra sencilla: *Principios*. Es mi intención expresar ideas acerca de los principios fundamentales del gobierno del sacerdocio, y luego presentar algunos ejemplos de cuán esenciales son en el gobierno de la Iglesia, y finalmente aplicarlos a la obra misional. Estos principios, por supuesto, se aplican a todos los aspectos de la obra de la Iglesia.

Sabemos que la tarea de los líderes locales del sacerdocio es interminable. Aun si dedicaran todo su tiempo, no lo podrían hacer —y por supuesto, tienen que proveer para sus familias y ser ciudadanos responsables. Si ese es el caso, ¿cómo pueden elegir lo correcto? De todo lo que tienen que hacer, ¿cómo pueden sabiamente discernir cuáles son las tareas que pueden delegar? Las responsabilidades de los líderes locales se pueden colocar en las siguientes categorías:

Tenemos que mantener una *organización*, con el problema constante de buscar personal.

Tenemos que dirigir *programas*.

Tenemos que apegarnos a una serie de *normas y procedimientos*.

Tenemos que administrar reglas oficiales.

Por último, tenemos que honrar y enseñar *principios*.

La organización, los programas, los procedimientos, las normas, y *los principios* son todos de gran importancia, pero no de igual importancia. Bien se podría pasar tiempo y dinero en cosas que no son de vida o muerte y desatender los asuntos más cruciales.

Permitidme dar dos ejemplos, uno referente al aspecto más espiritual de nuestro ministerio y otro referente al aspecto temporal.

El primero está relacionado con los tribunales de la Iglesia. Es nuestra responsabilidad disciplinar a los miembros cuando haya habido una transgresión muy grave. En el Manual General de Instrucciones se encuentra detallada la manera de *organizar* un tribunal y los *procedimientos* que se deben de seguir.

No obstante, a menos que se esté familiarizado con los *principios* relacionados con tales casos, se podría llevar a cabo un tribunal de la Iglesia que se ajuste a todas las indicaciones del manual y se siga el procedimiento adecuado, y sin embargo, herir en lugar de sanar al miembro descarriado. Si no conocéis los *principios* —con esto me refiero a los principios del evangelio, a la doctrina, a las revelaciones— si no conocéis lo que las revelaciones dicen acerca de la justicia o la misericordia, o lo que revelan acerca de la reprensión o el perdón, ¿cómo podéis tomar decisiones inspiradas en aquellos casos difíciles que requieren vuestro fallo?

Existe en el manual de instrucciones un elemento espiritual que va más allá de los procedimientos; le pertenece al

Si existe alguna manera mejor para que un joven miembro de la Iglesia obtenga un conocimiento profundo del evangelio, es sirviendo en una misión. La misión es una combinación casi perfecta del estudio y la aplicación de los principios a medida que se van aprendiendo.

sacerdocio y trae implícitos poderes divinos. A menos que estéis familiarizados con él, a menos que los obispos y presidentes de estaca estén familiarizados con él, *podrán* implantar programas y aún así no redimir a los Santos.

Otro ejemplo: en las revelaciones está claro que debemos cuidar de los pobres dignos. ¿Cómo se debe hacer? Hemos de colectar las ofrendas de ayuno, y están los programas de bienestar, los cuales ya conocemos. Los manuales de instrucciones especifican la manera de administrar estos programas. Sin embargo, cada caso es diferente. Sin un conocimiento de los principios del evangelio, podríais actuar en técnico apego con las instrucciones, y degradar en vez de exaltar al miembro. Suponed que no sabéis nada en cuanto a la independencia, la frugalidad y la autosuficiencia.

No se trata de la dedicación, ya que nunca pondríamos eso en tela de juicio. Se trata más bien del orden de prioridades; es un asunto de visión.

Los principios del evangelio rigen cada aspecto de la administración de la Iglesia. Su explicación no aparece en los manuales de instrucciones; sino en las Escrituras. Son la sustancia y el propósito de la revelación.

Los procedimientos, programas, la política administrativa y aun algunos esquemas de organización están sujetos a cambios. Es más, es nuestra libertad y nuestro deber alterarlos de vez en cuando. Pero los *principios* y la *doctrina* nunca cambian.

Podéis errar si ponéis demasiado énfasis en los programas y procedimientos que *pueden* cambiar, cambiarán y que por fuerza deben cambiar, y no comprendéis los principios fundamentales del evangelio, los cuáles nunca cambian.

Ahora, prestad mucha atención. Con esto no quiero decir que debéis hacer caso omiso a los manuales; ni por un momento lo diría. Lo que sí digo es lo siguiente: hay un elemento espiritual que no aparece en los manuales pero que debéis incluir en vuestro ministerio si deseáis agradar al Señor.

Si conocéis el evangelio sentiréis una lealtad para con las instrucciones del manual que de otro modo no podríais tener. Mediante ello, evitaréis las innovaciones que no pueden dar resultado.

Por motivo del crecimiento acelerado de la Iglesia, existe la tendencia a querer solucionar problemas modificando los límites geográficos, alterando programas, reorganizando a los líderes o proveyendo edificios más cómodos. Lo que realmente nos hace falta es una simplificación, un avivamiento de los principios básicos del evangelio en la vida de todo Santo de los Ultimos Días. La verdadera esencia del gobierno del sacerdocio no consiste en procedimientos, sino en principios y doctrina.

El profeta José Smith nos dio la clave. Refiriéndose a la administración, dijo: "Les enseño principios correctos y ellos se gobiernan a sí mismos".

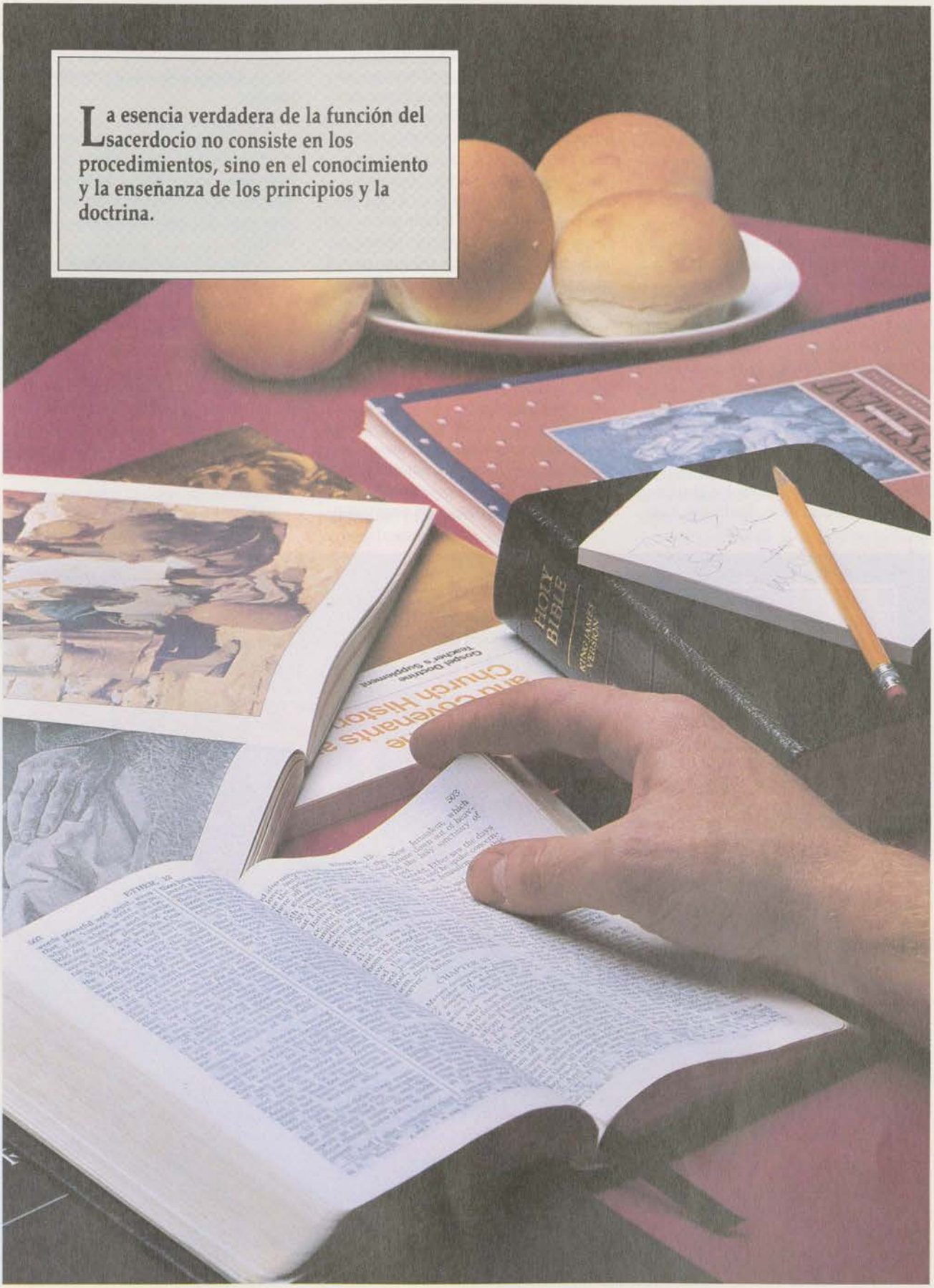
Hace un tiempo entrevisté a un joven obispo en Brasil; tenía 27 años de edad. Me impresionó el hecho de que poseía todos los atributos de un próspero líder de la Iglesia: humildad, testimonio, buena presentación, inteligencia, espiritualidad. He aquí, pensé, un joven con un futuro brillante en la Iglesia.

Al verlo me pregunté "¿Cómo será su futuro? ¿Qué *haremos* por él? Me puse a pensar como serían los años futuros.

Será obispo aproximadamente seis años, teniendo para entonces 33 años de edad; luego servirá como miembro del sumo consejo de estaca ocho años y cinco años como consejero en la presidencia de estaca. A los 46 años será llamado como presidente de estaca; al cabo de seis años será relevado para llegar a ser Representante Regional, cargo que desempeñará durante cinco años. Lo cual quiere decir que habrá pasado treinta años como un ideal, un ejemplo, la imagen, el líder. No obstante, en todo ese tiempo, no habrá asistido a tres clases consecutivas de Doctrina del Evangelio ni habrá participado en tres clases de los quórumes del sacerdocio.

Hermanos, ¿podéis veros en este ejemplo? A menos que haya sabido los

La esencia verdadera de la función del sacerdocio no consiste en los procedimientos, sino en el conocimiento y la enseñanza de los principios y la doctrina.



Fotografías por Marty Mayo y Wes Taylor.

principios fundamentales del evangelio antes de su llamamiento, casi no dispondrá de tiempo para aprenderlos después. Las reuniones, compromisos, presupuestos y otros asuntos que atañen a las capillas le consumirán su tiempo. Estas cosas por lo general no se dejan de lado.

Pero sí se dejan de lado los principios: el evangelio se deja de lado, la doctrina se deja de lado. Cuando eso sucede, ¡corremos un gran peligro! Tenemos evidencias de ello en la Iglesia hoy día.

¡Quisiera alzar mi voz con una solemne y seria amonestación! Vivimos en tiempos de gran oposición, no solamente en los Estados Unidos, sino en todo el mundo. Crece de día y de noche en todos lados. Los enemigos de afuera, quienes, apoyados por los apóstatas de adentro, ponen a prueba la fe de los miembros de la Iglesia. Pero no son los programas los que desafían; por el contrario, les tienen cierta admiración. Son en las doctrinas donde enfocan; son las doctrinas las que reciben sus ataques, y notamos que muchos líderes se encuentran perdidos ante preguntas sobre temas doctrinales. He estado relacionado con el programa de Comunicaciones Públicas de la Iglesia y recibimos diariamente llamadas de todas partes: "Necesitamos ayuda; ¿qué hacemos? Están poniendo la doctrina en tela de juicio". Si nuestros miembros no están al tanto de las doctrinas, corremos peligro, pese a programas eficaces y edificios funcionales.

Ahora bien, no deseo subestimar nuestros esfuerzos. Puedo ver manifestaciones de los principios del evangelio en todas partes. Permitidme presentaros un ejemplo.

En las reuniones de liderazgo de estaca, con frecuencia le pregunto a algún joven presidente del quórum de élderes acerca del procedimiento que se emplea para llamar a un nuevo consejero. ¿En qué forma llamaría usted a un nuevo consejero? Lo que ocurre a continuación, me complace informaros, es típico de lo que generalmente sucede:

El presidente dice:

—Bueno, primero, repaso mentalmente la lista de los nombres de los miembros del quórum y selecciono al que me impresiona que debe ser mi consejero. Después oro acerca de mi decisión.

—¿Por qué ora al respecto?

—Para recibir la guía del Señor.

—¿Qué clase de guía?

—Para saber si es correcta o no.

—¿Quiere decir usted revelación?

—Sí.

—¿Cree que es posible recibir revelación cuando se trata de una cosa como ésta?

—Sí.

—¿Está seguro?

—Sí.

—Pero usted es un joven común y

Pero a pesar de las cosas que están escritas, siempre se ha concedido a los élderes de mi iglesia desde el principio, y siempre será así, dirigir todas las reuniones conforme los oriente y los guíe el Espíritu Santo. (D. y C. 46:2.)

corriente; ¿en verdad cree que puede recibir revelación de Dios?

—¡Sí!

—¿La ha recibido anteriormente?

—Sí.

—Creo que no podré convencerlo de lo contrario, ¿o sí?

—¡No!

¡Imaginaos! Un presidente de quórum de élderes común y corriente sabe lo que es la revelación y cómo obtenerla. Un joven común y corriente sabe cómo dirigirse al Señor a través del velo y recibir instrucciones por medio de la revelación.

Esa es la esencia, la esencia misma del gobierno del sacerdocio. Es un principio del evangelio. Es una ley de Dios que El revelará su voluntad a sus siervos, no sólo a los profetas y Apóstoles, sino a sus siervos por todo el mundo. Es un valioso principio que se debe guardar y nutrir, pero cuando tenemos que estar al tanto de demasiados programas, tendemos a sofocarlo.

Ahora bien, si este joven presidente está familiarizado con las Escrituras, nunca seguirá a falsos líderes. En Doctrina y Convenios habrá leído lo siguiente:

"Asimismo, os digo que a ninguno le será permitido salir a predicar mi evangelio o edificar mi iglesia, a menos que sea ordenado por alguien que tenga autoridad, y sepa la iglesia que tiene autoridad, y que ha sido debidamente ordenado por las autoridades de la Iglesia." (D. y C. 42:11.)

Tampoco estará organizado tan mecánicamente como para no reconocer la inspiración. En la sección cuarenta y seis de Doctrina y Convenios habrá leído lo siguiente:

"Pero a pesar de las cosas que están escritas, siempre se ha concedido a los élderes de mi iglesia desde el principio, y siempre será así, dirigir todas las reuniones conforme los oriente y los guíe el Espíritu Santo." (D. y C. 46:2.)

Es tan sumamente importante que todo miembro, y particularmente todo líder, comprenda y conozca el evangelio.

No es fácil encontrar tiempo para estudiar el evangelio. Es difícil para un presidente de estaca el poder hacerlo y aún mucho más difícil para un obispo, pero es necesario y es posible. Los hermanos deben asistir a las clases tan a menudo como les sea posible; los obispos y presidentes de estaca deben buscar la manera de asistir por lo menos a una buena porción de las clases de Doctrina del Evangelio y las lecciones de los quórumes correspondientes.

Debemos asegurarnos de que las generaciones que nos siguen aprendan los principios del evangelio. Es nuestro deber enseñarles y entregarles intactos los principios y las ordenanzas del evangelio y la autoridad del sacerdocio.

Fomentad aquellos programas que se han diseñado para enseñar el evangelio. La Primaria, la Escuela Dominical (dicho sea de paso, he oído decir que algunos líderes locales han recomendado que se descontinúe la Escuela Dominical; eso ciertamente sería una tontería), las lecciones del sacerdocio y de las organizaciones auxiliares, las lecciones de Vida Espiritual de la Sociedad de Socorro, el programa del Sacerdocio Aarónico y las Mujeres jóvenes, y las reuniones sacramentales pueden ser herramientas poderosas si las empleamos para predicar el evangelio. Las reuniones sacramentales deben tratar temas del evangelio. Y no veo cómo un obispo o presidente de estaca podría descansar hasta que el programa de seminario para sus jóvenes estuviera funcionando apropiadamente y el programa de capacitación para maestros, el cual hace que estos programas sean de la mejor calidad, reciba la debida atención. Todos estos aspectos merecen cuidado y ratificación.

Para concluir, solamente quiero mencionar un punto más: ¿Qué tiene que ver todo esto con el llamamiento de misioneros? Tiene *todo* que ver.

Si existe alguna manera mejor para que un joven miembro de la Iglesia obtenga un conocimiento profundo del evangelio, es sirviendo en una misión. La misión es una combinación casi perfecta del estudio y la aplicación de los principios a medida que se van aprendiendo. Nada se le puede comparar.

El llamamiento de misionero le requiere ser capaz de enseñar los principios básicos del evangelio todo el día, durante todos los días. Enseña el plan de salvación una y otra vez.

El Señor es nuestro ejemplo. Sería difícil describir a Jesucristo como un ejecutivo. Permitidme repetirlo: sería difícil describir a Jesucristo como un ejecutivo. ¡El fue un *maestro!* Ese es el ideal, el modelo.

Los misioneros son maestros. Ningún alumno aprende tanto al escuchar una lección como el maestro que la prepara.

Imaginaos lo que sería tener un período de estudio diario de las Escrituras de dos horas con un compañero. ¿Os gustaría? El misionero estudia las Escrituras como nunca lo ha hecho y como nunca podrá hacerlo después, especialmente si recibe un llamamiento para servir como líder.

Se le da una base en la verdadera esencia del evangelio; se le enseñan los principios fundamentales del gobierno del sacerdocio. El futuro de la Iglesia dependerá en que él sepa eso.

Pregunta: ¿En dónde suponéis que ese joven presidente del quórum de élderes obtuvo su cimiento en los principios del evangelio, el orden de la revelación? ¿En dónde suponéis que aprendió acerca de la revelación? Indudablemente lo hizo durante su misión.

La seguridad de la Iglesia en generaciones futuras yace en el éxito que tengamos al llamar misioneros. Si nos preocupa el futuro de esta obra, no descansaremos hasta que cada joven capaz llegue a ser digno y tenga el deseo de recibir el llamamiento para servir en una misión.

Ahora bien, al principio solamente mencioné el hecho de que *se nos manda* predicar el evangelio. Se nos manda que lo hagamos, ya sea que por ello recibamos o no beneficios y bendiciones adicionales. ¿Por qué? *¡Porque es nuestro deber!* Ese es un principio, ¡un *principio imperativo!*

Los procedimientos y los programas, las normas y la organización, los presupuestos y los edificios son importantes en su debido lugar. Debemos de llevarlos a cabo, pero no a expensas de las cosas más importantes.

Debemos seguir adelante. Ahora mismo podríamos establecer seis misiones nuevas si tuviésemos suficientes misioneros. De modo que nuestro consejo e instrucción para todos los líderes es que sigan adelante, que renueven con gran urgencia el llamamiento de jóvenes y a un número menor pero suficiente de hermanas, para que salgan a predicar el evangelio a toda nación, tribu, lengua y pueblo, en respuesta al mandamiento que se nos ha dado, en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

"La obra más importante del Señor que podáis hacer en ocasión alguna, será la obra que efectuéis dentro de los muros de vuestro proprio hogar."

Harold B. Lee